

Juan Crisóstomo

SOBRE LA VIRGINIDAD

1. La virginidad de los herejes no tiene recompensa

1. Los judíos detestan la belleza de la virginidad, y no es extraño, ya que deshonraron al mismo Cristo, nacido de la Virgen. Los griegos, por el contrario, la admiran y reverencian, pero es sólo la Iglesia de Dios la que la imita. Yo no llamaría a las de los herejes vírgenes, porque, en primer lugar, no son castas. En efecto, no están unidas a un solo hombre, tal y como pretende el bienaventurado amante de Cristo cuando dice: *Os he desposado con un solo varón para presentaros a Cristo como una virgen casta*¹. Aunque lo expresado se dijo de toda la Iglesia, no obstante, también concierne a aquéllas. ¿Cómo podrían ser castas las que no se contentan con un solo hombre sino que añaden a éste otro que no es Dios?

2. En primer lugar –y por lo ya dicho– no serían vírgenes. El segundo motivo es que, despreciado el matrimonio, se abstuvieron de él. Juzgan una práctica perversa las nupcias, y así, y de antemano, se privan de las recompensas de la virginidad.

Lo justo es que los que evitan el mal no sean coronados, sino únicamente no castigados. Cualquiera podrá verlo reflejado en nuestras leyes, y también en las de los paganos. *El que cometa asesinato* –dice [la ley]– *sea condenado*, pero no añade «el que no cometa asesinato sea honrado». *El ladrón sea castigado*²; no ordena, sin embargo, que reciba un premio quien no perjudique los bienes ajenos. Los que castigan con la muerte al adúltero³ no creen que sea digno de honra quien no arruina los matrimonios ajenos. Y es completamente natural, ya que ser objeto de alabanza y de admiración es propio de quienes hacen el bien y no de quienes evitan el mal. Para éstos últimos es honor suficiente no sufrir ningún daño.

3. De ahí que nuestro Señor amenazara con el tormento si alguno se irrita con su hermano en vano, sin razón y lo llama loco⁴. No prometió el reino de los cielos a los que, no sin motivo, se encolericen o se abstengan de insultos, sino que exigió algo más y más importante cuando dijo: *Amad a vuestros enemigos*⁵. Deseoso de mostrarnos cuán mezquino, ruin e indigno de estima es conformarse con no aborrecer a los hermanos, luego de proponer algo más importante, esto es, amarlos y quererlos, señaló que ni siquiera eso es suficiente para ser merecedores de cierto honor. ¿Cómo podría ser cuando, ni siquiera en este aspecto, somos superiores a los gentiles?

De esta suerte, necesitamos otro mérito mucho mayor que éste si pretendemos reclamar una recompensa. No creas merecer coronas por el hecho de que no te condene al tormento, cuando te abstienes del insulto y de la irritación contra el hermano. Yo no reclamo sólo esa generosidad, sino que, aunque, lejos de insultarlo, digas quererlo, todavía estás en un nivel muy bajo y te colocas a la altura de los publicanos⁶. Si deseas

ser perfecto y digno de los cielos, no te detengas allí, asciende más arriba y concibe pensamientos que superen la naturaleza misma. Esto es lo que significa amar a los enemigos.

4. Ya que estamos de acuerdo en este punto, que los herejes dejen de lamentarse inútilmente, porque no recibirán ninguna recompensa. Y no porque el Señor sea injusto –¡lejos de mí este pensamiento!–, sino porque ellos son ignorantes y malvados. ¿De qué se trata? Ha quedado demostrado que ningún don está reservado a sólo evitar los vicios. Ellos rechazaron el matrimonio por considerarlo un mal. ¿Cómo podrían exigir una recompensa por haber evitado un vicio? De la misma forma que nosotros no pensamos que somos dignos de merecer una corona por no vivir impúdicamente, así tampoco ellos por no casarse. El que juzga les dirá en aquel día: Yo no he instituido los honores sólo para los que evitan los pecados –esto es algo insignificante a mis ojos– sino para los que han practicado la virtud; a éstos los introduzco en la herencia eterna de los cielos. Si consideráis el matrimonio como una acción impura y execrable, ¿cómo por haberlo apartado de vosotros reclamáis los trofeos reservados a los que hacen buenas acciones?

5. De ahí que Cristo coloque a los corderos a su derecha⁷, los alabe y los conduzca al reino, y no por no haber arrebatado el bien del prójimo, sino por haber repartido el suyo entre los demás. Acoge con agrado al que recibió cinco talentos⁸, y no porque hubiera gastado esa cantidad, sino porque aumentó lo recibido y lo devolvió duplicado. ¿Hasta cuándo dejaréis de correr en vano, de esforzaros inútilmente, de luchar a la ligera y de golpear al aire⁹? ¡Ojalá sólo fuera inútilmente! No es pequeño asunto, en lo referente al castigo, encontrarse entre los deshonorados cuando es el momento de los honores, después

de haber trabajado mucho y de haber esperado grandes beneficios por el esfuerzo realizado.

II. Los herejes son castigados por practicar la virginidad

1. No es esto ahora sólo lo terrible, no beneficiarse de lo que provoca su castigo, sino padecer otras cosas mucho más terribles que éstas: el fuego inextinguible, el gusano que no muere¹⁰, tinieblas exteriores¹¹, angustia, dificultad. De esta suerte, necesitaríamos miles y miles de bocas y la capacidad de los ángeles para que pudiésemos dar gracias a Dios dignamente por su Providencia para con nosotros. Incluso así no sería posible. ¿Cómo, entonces? El esfuerzo que exige la virginidad es igual para nosotros que para los herejes, quizá mayor para ellos, si bien el fruto del esfuerzo no es igual. A ellos los esperan cadenas, lágrimas, gemidos y castigos eternos; a nosotros, en cambio, el destino de los ángeles, lámparas deslumbrantes y lo más importante de todos los bienes: la intimidad con el Esposo.

2. ¿Por qué, a iguales esfuerzos, son tan distintas las recompensas? Porque aquéllos escogieron la virginidad para oponerse a la ley de Dios, y nosotros, en cambio, la practicamos para someternos a su voluntad. Dios desea que todos los hombres se abstengan del matrimonio, como testifica el que tiene a Cristo en su interior, quien afirma: *Deseo que todos los hombres sean como yo*¹², esto es, continentes. El Señor, que es compasivo con nosotros y sabe *que el espíritu está pronto, pero que la carne es flaca*¹³, no dio a la continencia el carácter obligatorio de un precepto, sino que lo dejó a la elección de nuestras almas. En efecto,

si se tratara de un mandato y una ley, los que la observaran no se beneficiarían del honor que lleva consigo, sino que oirían las palabras: *Lo que teníais que hacer lo hicisteis*¹⁴, y, por su parte, los que la hubieran transgredido no podrían obtener perdón, sino que sufrirían el castigo de los que contravienen la ley. Mas ahora, cuando dijo: *Quien pueda entender, entienda*¹⁵, no juzgó a los que no pueden, sino que puso de manifiesto el importante y extraordinario combate de los que sí pueden. Por este motivo también Pablo, tras las huellas del Maestro, dice: *No doy un precepto del Señor, pero sí un consejo*¹⁶.

III. Detestar el matrimonio es una falta diabólica de humanidad

Ni Marción, ni Valentín, ni Mani¹⁷ tuvieron esta moderación. No tenían dentro de sí a Cristo que habla, que se apiada

de sus propias ovejas y da su vida por ellas¹⁸, sino al destructor del género humano y padre de la mentira. Por esto, a los persuadidos por ellos los pierden a todos, en esta vida los cargan con trabajos inútiles e insostenibles¹⁹, y en la otra los arrastran consigo al fuego a ellos destinado.

IV. Respecto a la virginidad, los herejes son más desgraciados que los griegos

1. ¡Cuánto más desgraciados sois vosotros que los griegos! En efecto, a los griegos, aun cuando los aguardan los tormentos del infierno, sin embargo en esta vida contraen matrimonio y disfrutan, gozan de las riquezas y del resto de los placeres de la vida. A vosotros, no obstante, os esperan sufrimientos y tormentos aquí y allá: aquí voluntariamente, allá contra vuestra voluntad. A los griegos, por el ayuno y por la virginidad, nadie les dará una recompensa ni les impondrá un castigo; a vosotros, en cambio, por aquello por lo que esperabais alabanzas, recibiréis el castigo extremo, y con todos los demás oiréis estas palabras: *Apartaos de mí, al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles*²⁰, porque ayunasteis, porque observasteis la virginidad.

2. El ayuno y la virginidad no son un bien o un mal en sí mismos, sino que son una cosa u otra en función de la intención de los que los observan. Para los griegos esta virtud no tiene ningún fruto, apartan de ellos la recompensa porque no la practican por temor de Dios. Vosotros [herejes], por el contrario, puesto que lucháis contra Dios y calumniáis sus obras, no sólo no apartáis de vosotros la recompensa, sino que además seréis castigados. Por lo que a la doctrina se refiere, seréis contados

entre aquéllos, porque, al igual que ellos, además de rechazar al verdadero Dios, habéis admitido el politeísmo. Por lo que se refiere a la conducta, aquéllos saldrán mejor librados que vosotros. En efecto, para ellos el castigo se limitará a no recibir ningún beneficio; sin embargo vosotros recibiréis castigos. A ellos les ha sido posible disfrutar de todo en esta vida; vosotros, en cambio, estaréis privados de esto como de aquello.

3. ¿Existe castigo más terrible que recibir tormentos como recompensa de los esfuerzos y sudores? El adúltero, el codicioso, el despilfarrador de lo ajeno, el ladrón del prójimo tienen un consuelo relativo, aunque breve, y al final son castigados por aquello por lo que gozaron en esta vida. Mas el que abraza voluntariamente la pobreza a fin de enriquecerse en el cielo, el que soporta las pruebas de la virginidad para allí formar parte de los coros de los ángeles, si, de repente y contra toda esperanza, es castigado por aquello por lo que esperaba gozar de bienes innumerables, es imposible expresar el dolor que experimentará al tener que sufrir todo lo contrario a lo que esperaba. Pienso que es atormentado por su conciencia, como por el fuego, cuando se da cuenta de que los que han soportado las mismas pruebas que él están en compañía de Cristo, que él sufre un castigo extremo por aquello mismo por lo que ellos gozan de bienes inefables, y experimenta, pese a una vida de austeridad, mayores sufrimientos que los libertinos y lujuriosos.

V. La virginidad de los herejes es más impura que el adulterio

La continencia de los herejes es peor que cualquier libertinaje²¹. Ésta limita su injusticia a los hombres, aquélla²² lucha

contra Dios y ofende su inefable sabiduría. Tales son las trampas que el diablo tiende a los que lo adoran. Que la virginidad de los herejes sea una invención perfecta de su malicia, no soy yo quien lo dice, sino aquel que no ignora sus designios. ¿Qué dice? *El Espíritu claramente anuncia que en los últimos tiempos apostatarán algunos de la fe, mientras escuchan al espíritu del error y las enseñanzas de los demonios, predicadores hipócritas de falsedades con la conciencia cauterizada, que prohíben el matrimonio y la abstinencia de los alimentos creados por Dios para ser compartidos*²³. ¿Cómo puede ser virgen la que apostata de la fe, la que presta oídos a los embaucadores, la que obedece a los demonios y honra la mentira? ¿Cómo podría ser virgen la que tiene cauterizada su conciencia? La virgen, si va a recibir al Esposo Divino, debe ser pura en el cuerpo y en el alma. Pero aquella, con lacras semejantes, ¿cómo podría ser pura? Si es necesario eliminar las preocupaciones terrenas de esta cámara nupcial, porque con ellas no es posible estar convenientemente dispuesta, ¿cómo podrá poner a salvo la belleza de la virginidad cuando un pensamiento sacrílego se agita en su interior?

VI. Los herejes que practican la virginidad no sólo mancillan las almas sino también los cuerpos

1. Aunque permaneciese puro en el cuerpo, sin embargo, lo más importante del alma, los pensamientos, está corrompido. ¿Para qué sirve que queden en pie los muros si el interior del templo está destruido? ¿Qué ventaja hay en que el lugar donde se yergue el trono esté inmaculado si el trono está lleno de inmundicia? Ni siquiera el cuerpo está libre de impureza. La blasfemia y la imprecación tienen su origen en el interior,

mas no permanecen en el interior del alma, sino que manchan la lengua al ser proferidas por la boca, mancillan el oído que las escucha y, como letal veneno vertido en el alma misma, corroee la raíz con más violencia que cualquier insecto, y con ella destruye el resto del cuerpo. Ahora bien, si la definición de virginidad es la santidad de alma y cuerpo, ésta [persona hereje] –que es impía y está mancillada en cuerpo y alma–, ¿cómo podría ser virgen? Muestra, no obstante, un rostro pálido, miembros extenuados, vestido tosco y mirada modesta. ¿Qué importa esto cuando el ojo interior es impúdico? ¿Qué podría ser más procaz que aquella mirada que persuade a los ojos exteriores a emplear las obras de Dios como si fueran malas?

2. *Toda la gloria de la hija del rey está en el interior*²⁴. Ésta, no obstante, invirtió el orden de la sentencia y, revestida en el exterior de gloria, tiene en su interior toda deshonra. Eso es lo terrible, que manifieste ante los hombres modestia, y delante de Dios, que la creó, suma insensatez. Y la que no se atreve a dirigir la mirada a un hombre –si es que existe entre ellas este tipo de mujer–, mira con ojos impúdicos al Señor de los hombres y profiere múltiples ofensas. Tienen rostros de boj²⁵, semejantes a un cadáver. Por eso son dignas de lágrimas y gemidos, porque no en vano, sino para su ruina, aceptaron tales sufrimientos, que se vuelven contra ellas.

VII. Hay que adornar la virginidad en el alma, no con un atuendo externo

1. El atuendo es vulgar, pero la virginidad no está en los vestidos ni en los colores, sino en el alma y en el cuerpo. ¿No sería absurdo que si al filósofo no lo juzgamos por la melena,

por el báculo y por la túnica, sino por su conducta y alma, y al soldado no por el manto y el cinto, sino por su fuerza y valor, juzguemos a la virgen –tan admirable y que supera todo lo humano– por su pelo descuidado, por el pudor manifestado en su rostro y sus vestidos oscuros? ¿Consideraremos así, con tanta simpleza y superficialidad, su virtud sin descubrir su alma y sin conocer exactamente su disposición interior?

2. No lo permite, sin embargo, el que dispuso las leyes de esta competición. Establece que estimemos a los que emprenden este combate no por sus vestidos, sino por sus convicciones y alma. *El que lucha –dice– se abstiene de todo*²⁶, esto es, de lo que daña la salud del alma. *Nadie es coronado si no ha luchado según las reglas*²⁷. ¿Cuáles son las reglas de este combate? Escucha de nuevo sus palabras, o, por mejor decir, a Cristo mismo, que instituyó este combate: *La virgen, para que sea santa de cuerpo y espíritu*²⁸, y además: *El matrimonio sea honrado y el tálamo sin mancha*²⁹.

VIII. Perjudica a la virgen despreciar a los casados

1. ¿Qué me importa esto a mí, que prescindí del matrimonio? Esto, desgraciada, es lo que te ha perdido, que creíste no tener nada que ver con esta prescripción. De ahí que, al despreciarlo, ultrajas la sabiduría de Dios y calumnias a toda la creación. En efecto, si el matrimonio es impuro, impuros son todos los seres nacidos de él e impuras sois también vosotras, por no hablar de la naturaleza de los hombres. ¿Cómo puede ser virgen la que es impura? Esta es la segunda o, por mejor decir, la tercera clase de corrupción e impureza: las que rehuís el matrimonio como algo maldito. Por esto mismo, por apartaros

de él, os habéis convertido en los seres más despreciables al inventar una virginidad más abominable que la fornicación.

2. ¿Dónde os situaremos? ¿Con los judíos? No lo consienten, ya que honran el matrimonio y lo admiran como creación de Dios. ¿Con nosotros, acaso? Mas no queréis escuchar a Cristo, que, a través de Pablo, os dice: *El matrimonio sea honrado por todos y el tálamo sin mancha*³⁰. Os queda sumaros a los griegos, mas también éstos os rechazarán como más impíos que ellos. Platón dice: *Era bueno el que hizo todo esto, y En el bueno no surge la envidia para con nadie*³¹. Tú, en cambio, lo llamas perverso y creador de cosas funestas. Pero no temas: tienes al diablo y a sus ángeles como compañeros de tu doctrina. Es más, ni siquiera a estos, porque, aunque te condujeron a tamaña locura, no creas que ellos están en esa situación. Que saben que Dios es bueno, óyelos clamar: *Sabemos quién eres, ¡el Santo de Dios!*³². Y, en otra ocasión, dicen: *Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, que nos anuncian el camino de la salvación*³³.

3. ¿Recordaréis la virginidad y os jactaréis por ello? Mas ¿con un cambio de actitud, no lloraréis por vosotros mismos y lamentaréis vuestra locura merced a la cual el diablo os condujo como cautivos al fuego del infierno? ¿No te uniste en

matrimonio? De ninguna manera así se es virgen. Yo diría que es virgen aquella que, libre de contraer matrimonio, lo rechaza. Mas, cuando afirmas que ese proceder es uno de los prohibidos, esa buena acción ya no procede de la libre elección, sino de la obligatoriedad de la ley. Por eso admiramos a los persas, que no cometen incesto, pero no a los romanos. A aquellos les parece algo execrable, mientras que, entre estos, la impunidad de los que osan algo semejante ha hecho que sean alabados los que se abstienen de esas uniones.

4. Es preciso examinar el matrimonio de acuerdo con este razonamiento. A todos nosotros nos es posible contraer matrimonio, admiramos por eso a quienes no lo contraen. En cambio vosotros, luego de incluirlo entre lo más vil, ya no podríais reclamar alabanzas por ello. Evitar lo prohibido no es propio de almas egregias y audaces. La perfección de la virtud no está en no hacer aquello que, de hacerlo, nos granjearía la reprobación de todos, sino en destacar en aquello en lo que, los que no lo hacen, no sean por ello recusados. Los que esto abrazan y practican quedan al margen de esa nefasta reputación, y los incluye en el grupo de los hombres excelentes.

5. Por lo que a la virginidad se refiere, nadie alabaría a los eunucos porque no contraen matrimonio³⁴; así tampoco vosotros merecéis ser alabados. Lo que para estos es una imposición de la naturaleza, para vosotros es una elección de una conciencia perversa. La mutilación física arrebató a los eunucos la gloria de lo que hace a este caso; en cambio a vosotros es el diablo el que, aunque vuestra naturaleza permanezca íntegra, luego de mutilar vuestros criterios rectos y conduciros a la obligación de permanecer célibes, os abruma con dificultades e impide que seáis honrados. ¿Prohíbes el matrimonio? Por no haber

contraído matrimonio no alcanzarás recompensa, sino suplicio y castigo.

IX. No puede exhortar a la virginidad quien prohíbe el matrimonio

1. «¿Tú no lo prohíbes?». «¡Dios me libre! ¡Ojalá no comparta esa locura!». «¿Por qué exhortas al celibato?». «Porque creo que la virginidad es con mucho más estimable que el matrimonio, pero no por eso incluyo el matrimonio entre las cosas perversas; por el contrario, lo elogio. Para los que hacen buen uso de él, es remanso de castidad e impide que la naturaleza se embrutezca. Pone como contra un dique la legítima unión del matrimonio, contiene así las olas de la concupiscencia, procura bonanza y da seguridad³⁵. Algunos, sin embargo, no requieren esta protección. Con ayunos, vigiliass, durmiendo en el suelo y con otras austeridades semejantes doman la furia de la naturaleza. A estos les sugiero no casarse, aunque no les prohíbo el matrimonio».

2. Entre una cosa y otra hay gran distancia, tanta como de la obligación a la libre elección. El que aconseja permite que el que escucha sus consejos sea libre de escoger lo que propone, mientras que, el que prohíbe, priva de esa libertad. Cuando exhorto, no repruebo ni culpo al que no se deja persuadir. Tú, en cambio, que lo calumnias, que dices que es despreciable y asumes la tarea del que legisla y no la del que aconseja, es natural que odies a los que no obedecen. Yo admiro a los que se enrolan en este combate, pero no acuso a los que permanecen fuera de esa competición³⁶.

3. La acusación sería justa cuando alguien practicara lo que unánimemente es reconocido como malo. Ahora bien, el que tiene un bien inferior y no escoge el mejor se priva junto con este de ser alabado y admirado, y no sería justo, no obstante, censurarlo por ello. ¿Cómo voy a prohibir el matrimonio sin condenar a los que lo contraen? La fornicación y el adulterio es lo que prohíbo, jamás el matrimonio. Castigo a los que osan cosas semejantes y los expulso del cuerpo de la Iglesia, mas a los que lo contraen, si son castos, no dejo de alabarlos. De allí derivan dos ventajas: la primera, no calumniar la obra de Dios; y la segunda, no destruir la dignidad de la virginidad, sino mostrarla, con mucho, más venerable.

X. El que condena al matrimonio perjudica la virginidad

1. El que condena el matrimonio también menoscaba la gloria de la virginidad, mientras que, el que lo alaba, realza la admiración a ésta debida y la hace más resplandeciente. Lo que por comparación con algo peor parecería un bien, no sería un gran bien, pero lo que es mejor que lo que se considera un bien, en verdad sí que es un bien. Y esto es lo que nosotros afirmamos es la virginidad. Los que condenan el matrimonio perjudican los elogios que merece la virginidad, pero el que aleja del matrimonio la calumnia, no ensalza más a éste que a la virginidad. Por lo que hace a los cuerpos, son superiores no aquellos que están mutilados, sino los que están bien conformados y no tienen defecto. Éstos decimos que son hermosos.

2. ¿El matrimonio es un bien? Por eso la virginidad es admirable, porque es mejor que un bien, y es mejor en la misma medida en la que el capitán supera a los marineros y el general a los soldados. Lo mismo que hundirías el navío si en el barco prescindieras de los remeros, y entregarías en manos de los enemigos al general maniatado si en la guerra retiraras a los soldados, de la misma forma, si arrojaras al matrimonio de su

alto rango, traicionarías la gloria de la virginidad y la abocarías al más extremo de los males.

3. ¿La virginidad es un bien? Estoy de acuerdo. Pero ¿es mayor que el matrimonio? También esto lo confirmo. Si lo deseas, señalo en qué medida es mayor: lo que es el cielo respecto a la tierra, lo que son los ángeles respecto a los hombres. Y si posible fuera decir algo más contundente, diría que es con mucho más grande todavía. Los ángeles no desposan y no son desposados³⁷, no están formados de carne y sangre, no viven en la tierra, no sufren los vaivenes de las pasiones, no necesitan comer y beber; una dulce melodía no puede ablandarlos, ni un hermoso aspecto o algo semejante hacerles flaquear; y de la misma forma que puede verse el cielo limpio al mediodía sin que ninguna nube lo impida, así es necesario que permanezca la naturaleza de los ángeles: transparente y brillante, sin que ninguna pasión lo impida.

XI. La virginidad, si la viven realmente, transforma a los hombres en ángeles

1. El género humano, inferior por su naturaleza a esos [ángeles] bienaventurados, violenta sus fuerzas y, en la medida de sus posibilidades, pone todo el esfuerzo en igualarse a ellos. ¿Cómo? Los ángeles no desposan ni son desposados, y tampoco la virgen. Constantemente están en presencia y al servicio de Dios, y esto mismo hace la virgen. De ahí que Pablo las aparte de toda preocupación, para que sean constantes y estén sin interrupción a su servicio³⁸. Aunque todavía no pueden subir al cielo como aquellos, ya que la carne se lo impide, al menos tienen el gran consuelo de recibir al mismo Señor del cielo si son santas en el cuerpo y en el espíritu.

2. ¿Ves la dignidad de la virginidad? ¿Cómo a los que viven en la tierra les hace llevar una vida semejante a los que habitan en los cielos? Impide que los que están revestidos de cuerpo sean inferiores a las potencias incorpóreas y, aunque hombres, los hace imitadores de los ángeles. Nada de esto se refiere a vosotros, que habéis ultrajado algo así, calumniáis al Señor y lo calificáis de perverso. Os aguarda el castigo del siervo malvado³⁹, en tanto que a las vírgenes de la Iglesia les serán reservados muchos y grandes bienes que exceden al ojo, al oído y al entendimiento humano. Dejemos a aquellos [herejes] –ya se ha dicho bastante de ellos– y hablemos en adelante de los hijos de la Iglesia.

XII. Cuando Pablo dijo: «A los demás yo les hablo, no el Señor», no expresaba un consejo humano

1. ¿Por dónde es mejor comenzar el discurso? Por las palabras del Señor transmitidas a través del bienaventurado Pablo. Es preciso creer que su exhortación es la exhortación del Señor. En efecto, cuando dice: *A los que están casados mando, no yo, sino el Señor*⁴⁰, y de nuevo: *A los demás yo les hablo, no el Señor*⁴¹, no dice que sus palabras tengan un sentido y las del Señor otro distinto. El que tenía a Cristo que hablaba en su interior, el que no se ocupaba en vivir de suerte que Cristo viviera en él⁴², el que posponía todo al amor de Cristo, el reino, la vida, los ángeles, los poderes y cualquier otra criatura⁴³, ¿cómo podría decir, o incluso pensar, algo que no agradara a Cristo y dar esta ley?

2. ¿Qué significa lo que está diciendo: «yo» y «no yo»? Cristo nos dio las leyes y los dogmas, unas Él mismo, otras a través de sus apóstoles. Que no dispuso todo Él mismo, escucha cómo lo dice: *Muchas cosas tengo que deciros todavía, pero ahora no podéis entenderlas*⁴⁴. Aquello de «La mujer no se separe de su marido»⁴⁵ lo había promulgado Él en persona, cuando estaba en la tierra, en su condición humana. Por eso Pablo dice: *A los que están casados les mando, no yo, sino el Señor*⁴⁶. Pero, en lo que a los paganos se refiere, no nos dijo nada Él mismo, sino que, luego de inspirar el espíritu de Pablo en ese sentido, legisló con las palabras siguientes: *Si uno tiene una mujer pagana y consiente en vivir con él, que no la despi-da. Y si una mujer tiene un marido pagano y consiente en vivir con ella, que no lo despida*⁴⁷.

3. De ahí que dijera: *No el Señor, sino yo*, no porque deseara clarificar que cuanto decía tuviera un origen humano —¿cómo podría ser?—, sino que no había dado este precepto cuando estaba presente entre los discípulos, sino ahora [lo decía] a través de él. De la misma forma que las palabras: *El Señor, no yo* no manifiestan una oposición al mandato de Cristo, así las palabras «yo, no el Señor» no expresan una opinión personal contraria al parecer de Dios, sino que evidencian que ahora el precepto es dado a través de él.

4. Efectivamente, al referirse a la viuda dijo: *A mi parecer, mas feliz será si permanece así*⁴⁸. Y para que, al oír *a mi parecer*, no creas que es una opinión humana, evitó las sospechas y dijo: *Creo que yo tengo el espíritu de Dios*⁴⁹. De la misma forma

que afirma ser su opinión lo que enuncia en nombre del Espíritu, y no por ello diremos que es una declaración humana, así también cuando ahora dice: *Yo digo, no el Señor*, no creas que es la palabra de Pablo. Llevaba a Cristo que hablaba en su interior⁵⁰, y no se hubiera atrevido a proponer esa doctrina si no pretendiera darnos esta ley.

5. Alguno podría haberle dicho: «Yo, que soy fiel, no soporto estar con una mujer infiel; yo, que soy puro, no soporto estar con una mujer impura». Te adelantaste a decir que eras tú el que lo afirmabas, no el Señor. ¿Qué garantía y certeza puedo tener? Pablo le habría respondido: «No temas. Dije que tengo a Cristo, que habla dentro de mí, y que creo tener el espíritu de Dios a fin de que no sospeches que hay algo humano en mis palabras. Si no hubiera sido así, jamás habría atribuido a mis sentencias tanta autoridad». *Los pensamientos humanos son inseguros y sus cálculos osados*⁵¹. La Iglesia universal muestra la fuerza de esta ley y la guarda con rigor, y no la observaría si no hubiera creído con seguridad que estas palabras son mandato de Cristo.

6. ¿Qué dice Pablo inspirado por Dios? *Respecto de lo que me habéis escrito, es bueno para el hombre no tocar mujer*⁵². En este punto alguno podría alabar a los corintios porque, sin haber recibido de su maestro ningún consejo relativo a la virginidad, ellos se adelantan y preguntan. De este modo manifiestan la acción de la gracia operada en ellos. En el Antiguo Testamento no había ninguna duda con respecto al matrimonio: todos, incluidos los levitas, los sacerdotes y el mismo Pontífice Máximo, tenían en gran estima el matrimonio⁵³.

XIII. Por qué los corintios le escribieron sobre la virginidad, si él no les había hablado de ello antes

1. ¿Cómo llegaron a esta pregunta? Con perspicacia y claridad supieron que era necesario alcanzar un grado mayor de virtud, ya que habían sido considerados dignos del mayor don. Es interesante examinar por qué nunca les había aconsejado a este respecto. Si hubieran oído hablar de ello, no le habrían escrito una vez más para preguntar sobre el asunto. En efecto, también aquí es posible observar la profunda sabiduría de Pablo. No en vano y por azar evitó exhortarles, sino que aguardó a que primero lo quisieran, que tuvieran algún conocimiento del tema, a fin de que, al dirigirse a almas ya familiarizadas con la virginidad, sembrara con eficacia las palabras relativas a ella. La buena disposición de los oyentes hacía que su exhortación fuese bien acogida; manifestaba, además, la grandeza e importancia de la empresa.

2. Si no hubiera sido así, no habría esperado a que lo desearan, sino que él mismo se habría adelantado, no como mandato y precepto, sino como exhortación y consejo. Que se contuviera y no tomara la iniciativa pone de relieve que la virginidad exige esfuerzo y lucha. En este punto siguió el ejemplo de nuestro Señor: sólo habló de la virginidad cuando los discípulos le preguntaron.

3. Cuando dijeron: *Si tal es la condición del hombre y la mujer, no trae cuenta casarse*, responde: *Hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor al reino de los cielos*⁵⁴.

Cuando se trata de un acto virtuoso –que, por eso mismo, no presenta el carácter obligatorio de un precepto– es de esperar que lo quieran aquellos que pretenden alcanzarlo y, sin que duden, conviene preparar su ánimo y avivar su deseo. Así actuó Cristo. No despertó en ellos el deseo de la virginidad con palabras acerca de la virginidad; sólo se refirió al matrimonio, puso de manifiesto sus dificultades y, aunque sus palabras llegaron sólo hasta ese punto, les dirigió con sabiduría de suerte que, sin haber oído hablar de abstenerse del matrimonio, ellos, por sí mismos, le dijeron: *No trae cuenta casarse*⁵⁵.

4. Por eso Pablo –el imitador de Cristo– dijo: *Acerca de lo que me escribisteis*⁵⁶. Se justifica y les dice: yo no me atrevía a conducirlos a tan alta cima porque es difícil de alcanzar, mas, ya que os habéis adelantado a escribirme, con confianza os doy mi consejo: que es bueno para el hombre no tocar mujer. ¿Por qué, cuando ellos le habían escrito sobre otros muchos temas, no añadió en ninguna parte esto mismo? Por ningún otro motivo que el que ahora he señalado: recuerda las cartas que ellos le habían enviado para que nadie interpretara mal su exhortación. Incluso entonces no se aprovecha de la oportunidad que la ocasión le ofrece, no recurre a una exhortación vehemente, sino a un tono suave, e imita también a Cristo en este punto. En efecto, el Salvador, después de concluir su razonamiento acerca de la virginidad, añadió: *El que pueda en-*

*tender, que entienda*⁵⁷. Ahora bien, ¿qué dice? *Acerca de lo que me escribisteis, es bueno para el hombre no tocar mujer*⁵⁸.

XIV. Objeción de los que rechazan la virginidad y refutación

1. Quizás alguno podría objetar: si es bueno no tocar a la mujer, ¿para qué existe el matrimonio en esta vida? ¿Para qué servirnos de la mujer si no es útil para el matrimonio ni para engendrar hijos? ¿Qué impedirá que el género humano desaparezca, cuando la muerte, día a día, lo devore y golpee, cuando no es posible –según esa sentencia– que otros nazcan en el lugar de los que han perecido? Si todos imitáramos este consejo y no tocáramos a la mujer, todo desaparecería: ciudades, casas, campos, artes, animales vivos y plantas. Derribado el caudillo, es del todo natural que las filas del ejército se desmoronen. De igual forma, si, por no contraer matrimonio, desaparece el hombre que reina sobre todo lo que existe en la tierra, nada permanecerá seguro y ordenado, y ese buen consejo llenará el orbe de males infinitos.

2. Si esta objeción sólo la hicieran los enemigos y los infieles, yo la consideraría insignificante. Sin embargo, la repiten muchos que parecen pertenecer a la Iglesia. Por la debilidad de su voluntad, se alejan de los esfuerzos que conlleva la virginidad, hacen reproches y la menosprecian, encubren su indolencia para que no parezca que huyen de estos embates por negligencia, sino por un recto dictamen de la razón. Por tanto, dejados a un lado los enemigos –*el hombre de vida puramente natural no acepta las cosas del Espíritu, son locura para él*⁵⁹– a los que fingen estar con nosotros, mostrémosles ambas cosas:

que la virginidad no es algo despreciable, sino algo útil y necesario, y que una acusación semejante no quedará impune, sino que los pondrá en tanto riesgo cuanta recompensa y alabanza alcanzarán los que la observan.

3. Después de que fuera creado el universo y dispuesto cuanto contribuyera a nuestro descanso y provecho, Dios hizo al hombre, para el que había creado el mundo⁶⁰. Formado éste, permaneció en el paraíso y no se mencionó el matrimonio. Necesitó una ayuda y la tuvo, pero, aun así, no parecía necesario el matrimonio. No existía todavía, no lo requerían en el paraíso, estaban como en un cielo, dichosos y gozosos del trato con Dios. Lejos de sus almas estaba el deseo de la unión carnal, los dolores de parto, la concepción y la lascivia. Como el arroyo transparente que fluye de una fuente cristalina, así estaban en aquel lugar adornados por la virginidad.

4. No había entonces hombres en la tierra, algo que ahora temen los que se interesan tanto por ella, los que se manifiestan tan solícitos por lo ajeno y no piensan en lo suyo. Temerosos por el género humano a fin de que no desaparezca, se desprecupan del alma, como si les fuera algo ajeno, pero habrán de dar cuenta exacta de ésta incluso en lo más nimio, y en cambio, no habrán de dar razón alguna por la falta de hombres.

5. Entonces no había ciudades, ni arte, ni casas, y ahora este asunto os preocupa sin razón. Nada de esto había, y sin embargo no dificultaba ni perturbaba su bienaventurada vida, mejor, con mucho, que ésta. Después de que desobedecieron a Dios y quedaron convertidos en tierra y ceniza, perdieron con aquella feliz existencia la belleza de la virginidad, que, juntamente con Dios, los abandonó y se alejó. Mientras estuvieron apartados del diablo, adoraron a su Señor, la virginidad estaba con ellos y

los adornaba mucho más que a los reyes la corona y los vestidos de oro. Después de caer cautivos, despojados de su vestidura regia y desnudos de este ornato celeste, quedaron sujetos a la corrupción de la muerte, a la maldición, al sufrimiento y a una vida miserable. Fue entonces cuando se añadió a todo lo anterior el matrimonio, esa vestidura mortal y servil.

6. *El casado se preocupa de las cosas del mundo*⁶¹. ¿Ves dónde tuvo su origen el matrimonio? ¿Ves por qué pareció necesario? Por la desobediencia, por la maldición, por la muerte. Donde hay muerte, allí hay matrimonio; si no existe ésta, el matrimonio no aparece como consecuencia. La virginidad no tiene este séquito, siempre es algo útil, siempre algo bello y bienaventurado, incluso antes de la muerte y después de ésta, antes del matrimonio y después de éste. Dime, ¿qué matrimonio engendró a Adán? ¿Qué dolores de parto dieron a luz a Eva? No puedes responderme. ¿Por qué tiembles en vano y temes que, desaparecido el matrimonio, cese la generación de los hombres? Miríadas de miríadas de ángeles sirven a Dios, miles de millares de arcángeles le asisten⁶² y ninguno de ellos ha nacido por generación, ninguno por parto, por dolores, por concepción. ¿Acaso no podría haber creado a los hombres sin matrimonio? Así creó a los primeros, de donde proceden todos los hombres.

XV. El matrimonio no aumenta nuestra descendencia

1. La fuerza del matrimonio no aumenta nuestra descendencia, sino la palabra de Dios pronunciada al principio, que dice: *Creced y multiplicaos y llenad la tierra*⁶³. Dime, ¿qué le

ofreció el matrimonio a Abraham para engendrar hijos? Se sirvió de él durante muchos años, pero ¿no exclamó después: *Señor, ¿qué me vas a dar? ¿Voy a morir sin hijos?*⁶⁴. De la misma forma que en ese momento Dios tomó principio y raíz de cuerpos sin vida para miríadas semejantes, así también Adán y Eva⁶⁵, obedientes a sus preceptos, si hubieran dominado el deseo que en ellos despertaba el árbol, no hubieran necesitado un medio a través del cual creciera el género humano. El matrimonio –si Dios no lo quiere– no puede hacer que sean muchos los hombres que existan, ni tampoco la virginidad disminuir el número de los mismos, si Dios quiere que sean muchos. Mas así lo quiso –afirma [la Escritura]– por nosotros y por nuestra desobediencia⁶⁶.

2. ¿Por qué no existió el matrimonio antes del engaño? ¿Por qué no hubo relaciones sexuales en el paraíso? ¿Por qué no hubo dolores de parto antes de la maldición? Porque en ese momento todo esto era superfluo; después, por nuestra debilidad, fue necesario, y no sólo esto, también todo lo demás: ciudades, arte, vestidos y muchas cosas imprescindibles. La muerte lo trajo consigo como cortejo. No estimes en más lo permitido por tu debilidad a la virginidad, ni mucho menos lo pongas en un plano de igualdad, porque, de acuerdo con ese criterio, dirás que tener dos mujeres es mejor que contentarse sólo con una, porque así lo permitió la ley de Moisés⁶⁷, y preferirás la riqueza a la pobreza voluntaria, el desenfreno a la vida templada y la venganza a soportar con ánimo magnánimo al que obra injustamente.

XVI. El matrimonio es condescendencia

1. Tú –dirás– lo desapruebas. De ninguna manera lo desapruebo. Dios lo permitió y en su momento fue útil. Digo, no obstante, que es algo de poca importancia, propio de niños más que de hombres. Por eso Cristo, con el deseo de hacernos perfectos, ordenó que nos apartásemos de esas cosas como si se tratara de vestiduras de niños, que no son capaces de vestir a un hombre perfecto ni adornar al que ha llegado a la medida de la plenitud de Cristo⁶⁸; y sin contradecirse, sino conforme a su criterio, nos mandó vestir otras más apropiadas y perfectas.

2. Aunque estas prescripciones son superiores a aquellas, el designio del legislador, no obstante, es el mismo. ¿Cuál es? Acabar con la malicia de nuestra alma y conducirnos a la virtud perfecta. Si se hubiera propuesto no imponernos preceptos superiores a los anteriores, sino dejarnos siempre en lo mismo y permanecer en aquella mediocridad, esto sí que habría sido señal clara de que se contradice a sí mismo. Si desde el principio, cuando el linaje de los hombres se encontraba en un estado infantil, hubiera impuesto esta rigurosa forma de vivir, no habríamos aceptado la moderada, sino que todo lo que hace a nuestra salvación se habría destruido por aquella orden desproporcionada. Mas, si después de tanto tiempo y aprendizaje de la ley, cuando la situación nos instaba a esta celestial sabiduría, Él hubiera permitido que permaneciéramos pegados a la tierra, no habríamos obtenido beneficio alguno de aquella condescendencia⁶⁹, ya que no nos alcanzaría la perfección que ésta conlleva.

XVII. Sobre la condescendencia de Dios

1. Sucede ahora como a los polluelos: cuando la madre los ha criado, los saca del nido. Si ve que les falta fuerza, que vacilan y que necesitan estar más tiempo en el nido, los deja durante unos días, no para que estén allí para siempre, sino para que, bien fortalecidas las alas y conseguido todo el vigor, puedan emprender el vuelo con seguridad. De la misma forma, y desde el principio, nuestro Señor nos atrajo hacia el cielo y nos mostró el camino que conduce hacia allí. Sabía muy bien –no lo ignoraba– que no éramos capaces de un vuelo semejante, pero deseaba mostrarnos que la caída no era por su voluntad, sino por nuestra debilidad. Nos muestra todo lo anterior y, a partir de ese momento, permite que seamos criados por largo tiempo –como en un nido– en este mundo y en el matrimonio.

2. Cuando al cabo del tiempo nos crecieron las alas de la virtud⁷⁰, despacio y poco a poco, vino, nos hizo salir de esa morada y nos enseñó a volar más alto. Los perezosos o los que están sumergidos en un profundo sueño gustan de quedarse en el nido, apegados a las cosas del mundo. Hay otros, en cambio, generosos y amantes de la luz, que abandonan animosos el nido, vuelan hacia las alturas y tocan el cielo, toda vez que han abandonado en esta tierra el matrimonio, la fortuna, las preocupaciones y todo cuanto habitualmente nos atrae a la tierra.

3. No pensemos, por tanto, que permitir el matrimonio desde el principio es una obligación que nos impide evitarlo en el futuro. Que desea que nosotros nos abstenamos del matrimonio, escucha cómo lo dice: *El que pueda entender, que entienda*⁷¹. No te extrañes si no lo dispuso así desde el comien-

zo. Un médico no prescribe a sus enfermos todas las recetas al mismo tiempo, sino que, cuando están aquejados por la fiebre, prohíbe la alimentación sólida, pero, si desaparece la calentura y la debilidad física, a partir de ese momento suprime los alimentos que no son de su agrado y restablece el régimen habitual. De la misma forma que provocan la enfermedad los elementos que están en conflicto, por exceso o por defecto, en el interior de los cuerpos, de igual modo el desorden de las pasiones en el alma arruinan su salud. Ante todo es necesario tener en el momento oportuno el remedio apropiado a las pasiones existentes, porque, sin esta condición, la ley por sí misma no podría corregir el desorden originado en el alma. La fuerza de los fármacos por sí sola no podría curar una herida, y como actúan los medicamentos en las heridas, así actúa la ley en los pecados.

4. Tú, que no inoportunas con preguntas al médico, el cual, para las mismas heridas, corta o cauteriza o no usa ninguno de esos procedimientos y yerra en el tratamiento con alguna frecuencia, en cambio a Dios, que nunca se equivoca, que rige todo conforme a su sabiduría, tú, pese a ser un hombre, ¿le pides cuentas de sus preceptos y no te sometes a su infinita sabiduría? Y ¿cómo no sería ésta una actitud propia de una demencia extrema? Dijo: *Creced y multiplicaros*⁷². Esto es lo que reclamaba ese momento concreto, cuando la naturaleza estaba fuera de sí, no era capaz de sujetar la virulencia de las pasiones y no podía refugiarse en ningún otro puerto en medio de aquella tempestad.

5. ¿Qué era preciso ordenar entonces? ¿Vivir la continencia y la virginidad? Esto habría hecho mayor la caída y más ardiente la llama. En efecto, si alguien se empeñara en que los

niños –que sólo necesitan leche– sustituyeran ésta por el alimento que conviene al hombre, no podría evitarse que murieran enseguida⁷³. Así de nefasta es la falta de oportunidad. Por eso la virginidad no fue dada desde el principio. Por mejor decir, la virginidad se nos dio a conocer desde el principio⁷⁴ y es anterior al matrimonio. El matrimonio apareció después y se creyó algo necesario, pero, si Adán hubiera permanecido obediente, no lo habría necesitado. Y ¿cómo –dices– habrían nacido tantos miles? Te pregunto yo a mi vez, ya que ese temor continúa preocupándote: ¿cómo nació Adán y cómo nació Eva, si no existía el matrimonio? ¿Qué? ¿Así iban a nacer los hombres? De esa forma o de otra, no puedo decirlo. Lo que ahora se examina, sin embargo, es que Dios no necesitaba el matrimonio para crear hombres sobre la tierra.

XVIII. El pecado, no la virginidad, pone en peligro al género humano

Que la virginidad no hace peligrar a la humanidad, sino el pecado y las uniones ilícitas, lo puso de manifiesto en tiempos de Noé la desaparición de hombres y animales, es decir, de todo lo que respiraba en la tierra⁷⁵. Si los hijos de Dios se hubieran resistido a aquel deseo lujurioso, si hubieran honrado la virginidad, si no hubieran mirado con ojos lascivos a las hijas de los hombres⁷⁶, no los habría golpeado una catástrofe semejante. Que nadie crea que culpo al matrimonio de su destrucción. No hablo ahora de eso, hablo de que arruinar y perder a nuestro linaje lo hizo, no la virginidad, sino el pecado.

XIX. Las causas del matrimonio antes eran dos, ahora una

1. El matrimonio fue concedido para la procreación, pero, y ante todo, para apagar el fuego de nuestra naturaleza. Pablo lo testifica cuando dice: *Para evitar la fornicación, que cada uno tenga su propia mujer*⁷⁷, no para tener hijos. Y de nuevo los insta a recuperar la vida en común, no para que fuesen padres de muchos hijos, sino ¿para qué?, *Para que Satanás no os tienta*⁷⁸. Y más adelante no añadió: «Si desean tener hijos», sino ¿qué?, *Si no pueden ser continentes, que se casen*⁷⁹. Al principio –tal y como decía– tuvo estas dos razones, pero después, poblada la tierra, el mar y todo el orbe, quedó un solo motivo para el matrimonio: evitar el desenfreno y el libertinaje⁸⁰.

2. Para los que todavía se revuelcan en las pasiones, desean vivir vida de animales inmundos y corromperse en los lupanares, no es de pequeña utilidad el matrimonio que los aparta de esa impureza y aquella tiranía y los mantiene en santidad y dignidad. Pero ¿hasta cuándo dejaré de luchar contra sombras? Vosotros, que esgrimís esos argumentos, conocéis –no menos que yo– la excelencia de la virginidad, y cuanto habéis dicho son excusas, pretextos y una forma de solapar vuestra intemperancia.

XX. No hay peligro para los que desdeñan la virginidad; no obstante, tiene su riesgo despreciarla

Aun cuando pudieran decirse estas cosas sin correr ningún peligro, ahora sería necesario poner fin a la calumnia. El que desaprueba la belleza de las buenas acciones, junto con mere-

cer otros daños, al emitir un juicio depravado e injusto, da testimonio no pequeño ante todos de su malicia. De esta suerte, aunque no hubiera otro motivo, sino sólo no ser reputados con tan mala fama, sería preciso que contuvieran la lengua, además de considerar que, el que admira a los que brillan en grandes pruebas, aunque ellos no alcancen esos mismos resultados, obtendría la comprensión de todos. Mas el que, además de no tomar parte, critica lo que merece muchas coronas, con justicia será despreciado por todos como enemigo y adversario de la virtud y como más desgraciado que los dementes. En efecto, estos no saben lo que hacen y contra su voluntad padecen lo que les aqueja. De ahí que, aunque ultrajaran a los que ostentan el poder, lejos de castigarlos, son objeto de la compasión de los que han sido injuriados. Ahora bien, si alguno osara hacer voluntariamente lo que aquellos hacen contra su voluntad, sería condenado justamente y con el acuerdo de todos, como enemigo de nuestra naturaleza.

XXI. Grande es el riesgo para los que desprecian la virginidad

1. Sería conveniente –tal y como decía–, aunque esa acusación no conlleve ningún peligro, apartarnos de ella por lo que ya ha sido explicado. Hay un gran riesgo, no obstante, en este asunto, ya que no sólo será castigado *el que tome asiento, hable contra su hermano y ponga en ocasión de caer al hijo de su madre*⁸¹, sino también el que intente calumniar las obras que son buenas a los ojos de Dios. Escucha lo que dice otro profeta cuando se refiere a esto mismo: *Ay del que llama mal al bien y bien al mal, el que hace de la luz tiniebla y de la tiniebla luz, y el que da lo dulce por amargo y lo amargo por dulce*.⁸² ¿Qué

existe más dulce que la virginidad, qué más bello y más luminoso? Despide destellos más resplandecientes que los rayos del sol, nos desvía de todas las cosas de la tierra, nos dispone a contemplar fijamente con ojos limpios al sol de justicia. Eso es lo que clamaba Isaías contra los que mantenían juicios equivocados.

2. Escucha lo que dice otro profeta respecto a los que profieren palabras dañinas. Empieza por la misma exclamación amenazadora: *¡Ay del que da a beber a su prójimo una turbulenta destrucción*⁸³. La expresión «Ay» no es una palabra inofensiva, sino una amenaza que nos anuncia un suplicio inefable y despiadado. En las Sagradas Escrituras esta interjección es empleada a propósito de los que no podrán escapar del castigo inminente.

3. Y otro profeta que reprendía a los judíos decía: *Hicisteis beber vino a los consagrados*⁸⁴. Si hacer beber vino lleva consigo ese sufrimiento a los nazireos, ¿qué castigo merecerá el que arroja una turbulenta destrucción en las almas de los más sencillos? Si uno, al quebrantar una pequeña prescripción legal, sufre un castigo inevitable, ¿qué sanción deberá esperar el que destruye la santidad misma? *Si alguno escandalizara a uno de estos pequeños, más le valiera que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar*⁸⁵. ¿Qué dirán los que con estas palabras escandalizan no a un pequeño, sino a muchos? El que llama a su hermano loco será conducido directamente al fuego del infierno⁸⁶, mas el que infama este tipo de vida semejante a los ángeles, ¿qué cólera atraerá contra su cabeza?

4. En cierta ocasión, María murmuró contra Moisés⁸⁷, y no como lo hacéis ahora vosotros contra la virginidad, sino con palabras más suaves y moderadas. No se burló de Moisés ni ridiculizó la virtud de este bienaventurado, ya que lo admiraba sobremanera. Sólo le dijo que ella también gozaba de los mismos privilegios que él. Y, sin embargo, atrajo sobre sí la ira de Dios hasta el punto de que no le valió la repetida intercesión del mismo que parecía haber sido ofendido, sino que tuvo que sufrir un castigo que se prolongó mucho más allá de lo que esperaba.

XXII. La destrucción de los niños en tiempos de Eliseo fue útil

1. ¿Por qué me refiero a María? Aquellos muchachos que jugaban junto a Belén con el único fin de decir a Eliseo: *Sube, calvo*⁸⁸, irritaron tanto a Dios que, cuando dijeron esas palabras, soltó [dos] osos contra el grupo –eran cuarenta y dos–, y en ese mismo momento todos fueron destrozados por aquellos animales⁸⁹. Ni la edad, ni el número, ni el hecho de que hablaran bromeando protegió a los jóvenes, y con razón. Si los que afrontan trabajos tales fueran objeto de burla de niños y de hombres, ¿quién, entre los más débiles, elegiría soportar trabajos que producen risas y mofas? ¿Quién, entre muchos, tratará de conseguir la virtud si ve que es ridiculizada de esta forma?

2. Todos y en cualquier lugar admiraban la virginidad, los que la practicaban y también los que dejaron de vivirla⁹⁰. Pero

ahora, cuando muchos dudan y se arredran ante ese esfuerzo, ¿quién querría abrazarla si, lejos de admirarla, ve que incluso es censurada por muchos hombres? Los fuertes, dirigidos ya al cielo, no necesitan la aprobación de la multitud, sino que les basta por todo ánimo con la alabanza de Dios. En cambio, a los débiles y recién iniciados en esta práctica los ayuda la opinión de los demás, hasta que, instruidos poco a poco por una y otra parte, llegan a no precisar más de esa ayuda.

3. Sucede esto por aquellos, y también por la salvación de los que la ridiculizan, de suerte que su maldad no vaya a más al comprobar que no son castigados por sus faltas anteriores. Al tiempo que digo estas cosas me viene a la memoria lo que aconteció en tiempos de Elías. Lo que los osos hicieron sufrir a los niños a causa de Eliseo⁹¹, eso mismo sucedió, en dos ocasiones y por el fuego del cielo, a cincuenta hombres con sus respectivos caudillos a causa de su maestro Elías. Se acercaban a él, lo llamaban con ironía justo, lo instaban a bajar hacia ellos, y en su lugar bajó fuego que consumió a todos no menos que aquellas fieras hicieran con los niños⁹².

4. Todos vosotros, enemigos de la virginidad, luego de reflexionar sobre lo anterior, poned puerta y candado a vuestras bocas a fin de que, en el día del juicio, cuando contempléis a los que allí brillan por la virginidad, digáis: *Éstos eran los que, en otro tiempo, fueron objeto de nuestras burlas y objetivo de ultraje. ¡Insensatos de nosotros, que juzgamos locura su vida y su muerte ignominia! ¿Por qué han sido contados entre los hijos de Dios y su suerte es estar con los santos? Erramos el camino de la verdad y no nos alumbró la luz de la justicia*⁹³. ¿Qué valor tienen estas palabras cuando el arrepentimiento pierde su eficacia en esas circunstancias?

XXIII. ¿Por qué no sufren igual castigo los que cometen iguales faltas?

Quizá alguno de vosotros pregunte: ¿Nadie ha injuriado después a estos varones santos? Muchos lo han hecho y en muchas partes de la tierra. Y ¿por qué no han sufrido igual castigo? Lo sufrieron –afirma [la Escritura]– y conocemos a muchos de ellos. Si algunos han escapado, sin embargo no escaparán siempre. Así lo dice el bienaventurado Pablo: *Los pecados de algunos se conocen antes del juicio; los de otros, en cambio, se descubren después*⁹⁴. Los legisladores dejaron escritos los castigos de los que delinquen; de la misma forma, nuestro Señor Jesucristo, después de castigar a uno o a dos pecadores, y como si esculpiera en una estela de bronce con letras sus castigos, nos dice por medio de lo que a ellos sucedió que, aunque en ese momento los que cometen tales culpas no paguen el mismo castigo, sufrirán penas más terribles en el futuro.

XXIV. Los que pecan y no son castigados no deben confiarse; más bien han de temer por ello

1. Si al cometer pecados sin medida no sufrimos mal alguno, no nos confiamos, más bien temamos por ello. Aunque aquí no seamos juzgados por Dios, allí seremos condenados con el mundo. De nuevo, ésta no es una afirmación mía, sino de Cristo, que habla en Pablo. En efecto, al referirse a los que reciben indignamente los misterios⁹⁵, dice: *Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y débiles y muchos dormidos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados. Ahora*

*bien, juzgados, somos instruidos por el Señor a fin de que no seamos condenados con el mundo*⁹⁶.

Hay quienes sólo necesitan el castigo de este mundo, ya que sus pecados son leves, y castigados, ya no vuelven a las andadas, como hace el perro que vuelve sobre su vómito⁹⁷. Hay otros, en cambio, que por la magnitud de su maldad, serán castigados aquí y allá; finalmente, otros que solo allí sufrirán el castigo por haber cometido las faltas más atroces, por lo que no fueron dignos de ser azotados con los hombres. *Y con los hombres* –dice [David]– *no serán azotados*⁹⁸, ya que aguardarán a ser castigados con los demonios. *Apartaos de mí* –dice [Cristo]– *a las tinieblas exteriores, preparadas para el diablo y sus ángeles*⁹⁹.

2. Muchos lograron el sacerdocio con dinero, mas no hubo nadie que hiciera reproches ni oyeron lo que Simón [Mago] escuchó de boca de Pedro¹⁰⁰. Pero no por eso escaparon al castigo, sino que sufrirán una pena mucho más dura que la de aquí por no haberse corregido con el ejemplo. Muchos se atrevieron a lo mismo que Coré¹⁰¹, aunque no padecieron lo de Coré, mas sufrirán en el futuro una pena mayor. Otros, después de imitar la impiedad del Faraón¹⁰², no fueron sumergidos como él, pero los espera el piélago del infierno. Los que llamaron necios a los hermanos no recibieron en ese momento su merecido, pero allá los aguarda el castigo¹⁰³.

3. No creáis, por tanto, que las palabras de Dios son únicamente sentencias. Algunas las puso por obra, como en el caso de Safira o de Carmí o de Aarón¹⁰⁴ y de otros muchos, a fin

de que, los que no creen en sus palabras, confundidos con la evidencia de los hechos, dejen de engañarse a sí mismos como si no hubieran de cumplir un castigo, y aprendan que la clemencia de Dios está en dar un tiempo a los que yerran, no en no castigar a los que persisten en sus faltas.

4. Podría decir más cosas para poner de manifiesto cuán terrible fuego atraen sobre sí los que desprecian la belleza de la virginidad. Lo detallado es suficiente para los juiciosos, pero a los incorregibles e insensatos muchas palabras más no podrían apartarlos de su locura. Dicho esto, dirijamos todo el discurso a los sensatos con referencia una vez más al bienaventurado Pablo: *Acerca de lo que me escribisteis –dice– bien está al hombre no tocar mujer*¹⁰⁵. Que se avergüencen ahora ambos, los que vituperan el matrimonio y los que lo ensalzan más de lo necesario. A unos y a otros el bienaventurado Pablo los hace callar con estas palabras y con las consignadas a continuación.

XXV. Los débiles necesitan el matrimonio

Bueno es el matrimonio porque mantiene al hombre en la templanza y le impide morir revolcado en la concupiscencia; por tanto, no lo difames. Es muy útil, ya que no permite que los miembros de Cristo se conviertan en miembros de meretriz¹⁰⁶ e impide que el templo santo¹⁰⁷ sea profanado y manchado. Por eso es bueno, porque sostiene y levanta al que va a caer. Pero ¿qué tiene que ver con el que ya es firme y no necesita su ayuda? En ese caso no es útil ni necesario; más bien

es un impedimento para la virtud, porque genera muchos obstáculos y minimiza parte de sus méritos.

XXVI. El que puede vivir la virginidad y, sin embargo, se casa, se daña a sí mismo

El que arma al que puede luchar y vencer a cuerpo descubierto no lo beneficia; lo perjudica gravemente, por el contrario, ya que le priva de admiración y de espléndidas coronas. No permite, en efecto, que brille todo su valor y que su trofeo sea aclamado. En el caso del matrimonio hay un daño mayor, porque se les priva de la estimación de los demás y también de las recompensas reservadas a la virginidad. Por esto *es bueno al hombre no tocar mujer*¹⁰⁸. ¿Por qué lo permites entonces? *Para evitar la fornicación, que cada uno tenga su propia mujer*¹⁰⁹. Temo –dice– elevarte a la cima de la virginidad para que no caigas en el abismo de la fornicación. Todavía no tienes alas tan ligeras que puedan elevarte hacia esa altura. Esos, sin embargo, han elegido los riesgos de esta competición y se han lanzado hacia la belleza de la virginidad. ¿Por qué temes y tiembles, bienaventurado Pablo? «Porque éstos –es posible que dijera–, desconocedores de esa realidad, muestran celo, mientras que mi experiencia y la práctica que tengo en esta lucha me hacen cauto en orden a aconsejar a los demás».

XXVII. La virginidad es un gran bien y fuente de innumerables bienes

1. Conozco la dificultad de la empresa, conozco el esfuerzo que estas luchas suponen, conozco la dureza de la guerra. Se

necesita un alma belicosa, constante y que combata contra toda esperanza frente a las pasiones. Es preciso caminar sobre ascuas sin quemarse y sobre filos de espadas sin herirse¹¹⁰. La fuerza de la concupiscencia es tan grande como la del fuego y la del hierro. Y si el alma no ha sido preparada para no estremecerse ante los dolores, al punto sucumbirá. Necesitamos un corazón diamantino, un ojo que jamás se cierre, mucha paciencia, muros firmes, contrafuertes exteriores y cerrojos, centinelas vigilantes y valientes, y, ante todo, la fuerza de lo alto: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano velan sus centinelas*¹¹¹.

2. ¿Cómo obtendremos esta ayuda? Cuando pongamos todo lo que de nosotros depende: pensamientos sensatos, constancia en ayunos y viglias, observancia rigurosa de los mandamientos, respeto a los preceptos y –lo más importante de todo– no confiar en nosotros mismos. Si hubiéramos realizado buenas obras, sería necesario que constantemente nos dijéramos a nosotros mismos: *Si el Señor no edifica la casa, en vano se esfuerzan los que la construyen*¹¹². *No mantenemos una lucha contra la sangre y la carne, sino contra los principados, contra las potestades, contra los príncipes de este mundo de tinieblas, contra los espíritus del mal extendidos por los espacios celestes*¹¹³. Es necesario mantener firmes nuestros pensamientos día y noche y que muestren temor ante las pasiones indecorosas, ya que, si se relajaran un poco, el diablo está allí, fuego en mano, para arrojarlo e incendiar el templo de Dios. Es preciso que estemos pertrechados. Menester es que nuestra lucha sea contra la naturaleza, que nuestro celo tenga como objeto la vida de los ángeles, que nuestra carrera esté junto a las potencias incorpóreas. La tierra y la ceniza rivalizan por igualar a los que habitan el cielo, y la corrupción entabla batalla contra la incorrupción.

3. ¿Alguien se atrevería –dime– a comparar el matrimonio y el placer con algo tan sublime? ¿No sería el colmo de la estulticia? Pablo, que conocía todo esto, dijo: *Que cada uno tenga su mujer*¹¹⁴. Se resistía, no se atrevía a hablarles desde el principio de la virginidad, y prolongaba su discurso acerca del matrimonio con el deseo de apartarlos poco a poco de este. Hacía breves razonamientos acerca de la continencia, los intercalaba con otros –que eran mucho más extensos–, y así no hería sus oídos con la austeridad de la exhortación. El que compone su discurso en términos duros de principio a fin se hace molesto al oyente, y a menudo obliga al alma a retraerse, ya que no soporta la gravedad de sus palabras. Por el contrario, el que introduce variedad y mezcla términos arduos con fáciles –más abundantes estos últimos–, oculta la aspereza del tema, da un respiro al oyente, lo convence y se lo gana sin dificultad. Esto es lo que hizo el bienaventurado Pablo.

4. Dijo: *Bueno es al hombre no tocar mujer*¹¹⁵, pero, al punto, abordó la cuestión del matrimonio: *Que cada uno tenga su mujer*¹¹⁶. Hizo sólo esta alabanza y añadió: *Bueno es al hombre no tocar mujer*¹¹⁷. Acerca del matrimonio, lo aconseja y lo prescribe, y añade el motivo: *por la fornicación*¹¹⁸. Parece justificar la concesión al matrimonio, pero, en realidad y de forma velada, elogia los méritos de la continencia en la justificación que da acerca del matrimonio; no lo expone claramente con palabras, sino que lo insinúa en la conciencia de los oyentes. El que se da cuenta de que se le aconseja casarse –no porque el matrimonio sea la mejor de las manifestaciones de la virtud, sino porque Pablo advierte en él una lascivia tan grande que no podría librarse de ella sin el matrimonio–, ruborizado y

avergonzado, se esfuerza en abrazar la virginidad y en apartar de sí tal deshonor.

XXVIII. Lo expresado acerca del matrimonio es una exhortación a la virginidad

1. ¿Qué añade a continuación? *Que el marido otorgue a la mujer el afecto debido, y la mujer actúe de igual modo con el varón*¹¹⁹. Lo explica seguidamente, lo clarifica, y añade: *La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido, e, igualmente, el marido no es dueño de su cuerpo, sino la mujer*¹²⁰. Parecen palabras favorables al matrimonio, mas, en realidad, como un anzuelo disimulado bajo el cebo habitual, las arroja a los oídos de los discípulos y, con esas mismas palabras acerca del matrimonio, desea apartarlos de él. El que oye que, después del matrimonio, no será dueño de sí mismo, sino que estará a merced de la mujer, al instante se esforzará por librarse de esta amarga esclavitud, o –por mejor decir– se esforzará en no caer desde el principio en ese yugo, porque, una vez sometido, no tendrá más remedio que permanecer sujeto hasta que a la mujer le pareciere.

2. Que no formulo una simple conjetura a partir del pensamiento de Pablo es fácilmente comprensible por la actitud de los discípulos. Ellos no juzgaban una carga pesada y molesta el matrimonio hasta que oyeron al Señor, que los sometía a la obligación que Pablo también impuso a los corintios. Las palabras: *El que repudia a su mujer, excepto en caso de fornicación, la expone al adulterio*¹²¹, y *El varón no es dueño de su cuerpo*¹²², con términos distintos, expresan un mismo pensamiento.

3. Si alguien examina las palabras de Pablo, verá que aumenta la tiranía y que la esclavitud es más difícil de soportar. El Señor no permite que el marido eche a su mujer de casa. Pablo, en cambio, le quita hasta el dominio de su propio cuerpo, confiere a la mujer todo el poder sobre él y lo somete más que un esclavo que se compra con dinero. En efecto, a éste le es posible recuperar la libertad si, conseguido el dinero, puede pagar al dueño su rescate. El marido, sin embargo, aunque tuviera la mujer más insufrible de todas, tiene la obligación de soportar esa esclavitud y no puede liberarse de su dominio.

XXIX. Las palabras No os rechacéis el uno al otro¹²³ son una exhortación a la virginidad

1. Después de haber dicho: *La mujer no es dueña de su cuerpo*¹²⁴, añade: *No os rechacéis el uno al otro si no es de común acuerdo y por algún tiempo, a fin de que os dediquéis a la oración y al ayuno; después volved a lo mismo*¹²⁵. Pienso que muchos de los que han profesado la virginidad quizá se ruboricen y avergüencen por la gran condescendencia de Pablo. Pero no temáis ni sufráis por algo que carece de importancia. Parece que fuera condescendiente con los que están casados, pero si alguien lo examina con detalle, verá que se trata de la misma opinión de antes. Si alguien analizara estas palabras fuera de contexto, creería que son palabras propias de una casamentera más que de un apóstol. Pero si examina el contenido en su conjunto, encontrará una exhortación conveniente y digna de un apóstol. ¿Por qué vuelve más ampliamente sobre este tema? ¿No habría bastado limitar a ese punto la amonestación, luego de señalar la importancia de la materia con todo lo anterior?

¿Qué añaden las palabras *No os rechacéis el uno al otro si no es de común acuerdo y por algún tiempo*¹²⁶ a *Que el marido otorgue a la mujer el afecto debido*¹²⁷, y *El varón no es dueño de su cuerpo*¹²⁸? Nada, sin duda. Lo dicho aquí de forma breve y velada, allí lo expone más clara y explícitamente.

2. Actúa así e imita al santo de Dios, Samuel¹²⁹. Éste explicó minuciosamente las leyes del reino ante el pueblo, no para que las aceptasen, sino para que las rechazaran. Parecía una instrucción, pero era una forma de disuadirlos de sus desatinados deseos. De la misma forma, Pablo retoma el tema de la tiranía del matrimonio con más insistencia y claridad, deseoso de apartarlos de él con las palabras. *La mujer no es dueña de su cuerpo*¹³⁰, dice, y añade: *No os rechacéis el uno al otro si no es de común acuerdo, a fin de que os dediquéis a la oración y al ayuno*¹³¹. ¿Ves cómo, sin sospecharlo ellos y sin inquietarlos, conduce a los que viven en matrimonio al ejercicio de la continencia? Primero se limitó a elogiarla con las palabras *Es bueno al hombre no tocar mujer*¹³²; después los exhorta al decirles: *No os rechacéis el uno al otro si no es de común acuerdo*¹³³.

3. ¿Por qué presentó como exhortación y no como precepto lo que deseaba imponer? No dijo: «Rechazaos el uno al otro de común de acuerdo, a fin de que os dediquéis a la oración», sino ¿qué? *No os rechacéis el uno al otro si no es de común acuerdo*. Son palabras más suaves, y ponen de manifiesto el pensamiento del maestro, que no reclama esa conducta con rigor, si se responde con generosidad. Anima así a sus oyentes, y también lo hace con un tratamiento conciso de temas escabrosos, y, antes de que el que escucha se queje, aborda argumentos más agradables y se entretiene más tiempo en ellos.

XXX. Si el matrimonio es honesto, ¿por qué el Apóstol exhorta a los que ayunan a que sean continentes?

1. Es interesante abordar este tema: si el matrimonio es honesto e inmaculado el lecho conyugal¹³⁴, ¿por qué no lo autoriza en tiempo de ayuno y de oración? Porque sería absurdo que los judíos –sumergidos en las cosas corporales, a quienes les fue permitido tener dos mujeres, repudiar a unas y tomar en su lugar a otras– fuesen en este asunto tan comedidos que, dispuestos a escuchar las palabras divinas, se abstuvieran de las relaciones íntimas lícitas, y no por un día o por dos, sino por varios¹³⁵, mientras que nosotros, que hemos disfrutado de la gracia divina, que hemos recibido el Espíritu Santo, que hemos muerto y resucitado con Cristo¹³⁶, que hemos sido juzgados dignos de la adopción divina¹³⁷, que hemos sido elevados a tan alta dignidad, después de tantos y tales beneficios no tengamos el mismo celo que aquellos niños.

2. Si alguien insistiera en preguntar por qué Moisés apartó a los judíos de estas uniones, le diría que el matrimonio es honesto y que podría no mancillar al que hace uso de él, si bien, contribuir a la santidad no es obra del matrimonio sino de la virginidad. Moisés y Pablo lo proclamaron, pero escucha también lo que dijo Joel: *Promulgad el ayuno, anunciad la oración, convocad la asamblea, convocad a los ancianos*¹³⁸. Quizá pregunte: Y ¿cuándo prescribe apartarse de la mujer? *Salga el esposo de su cámara –dice– y la esposa de su tálamo*¹³⁹. Este mandato es mayor que el de Moisés. En efecto, si al esposo y a la esposa, cuya pasión es plena, para quienes la juventud está en todo su vigor y en quienes el deseo es irresistible, no les es po-

sible tener relaciones en tiempo de ayuno y de oración, ¿cuánto más al resto que no precisa esa unión? El que reza y ayuna ha de desechar todo deseo terreno, toda preocupación y motivo de disipación, y –recogido en sí mismo– acercarse a Dios. Por eso es bueno el ayuno, porque elimina las inquietudes del alma, disipa la negligencia que atenaza la mente y concentra en sí toda la atención. Pablo lo insinúa, disuade de la unión conyugal y utiliza palabras adecuadas al respecto. No dijo «para que no os manchéis», sino *para que os dediquéis al ayuno y a la oración*¹⁴⁰, puesto que la unión con una mujer no es impureza sino ocupación.

XXXI. Es necesario apartar de las relaciones carnales a los que van a dedicarse a la oración

El diablo, pese a la defensa, intenta ponernos impedimentos en tiempo de oración, pero si sorprendiera al alma disipada y ablandada por la pasión que despierta la mujer, ¿qué no haría si distrae constantemente los ojos del espíritu? Para que no lo experimentemos y no irriteamos a Dios con una oración vacía, puesto que nos esforzamos en que Él nos sea propicio, dispo-
ne abstenerse de la unión sexual en ese momento.

XXXII. Si rezamos con tibieza, no aplacamos a Dios, lo irritamos

1. Si los que se acercan a reyes, ¡qué digo a reyes!, si los que hablan a humildes magistrados, si los siervos que se presentan ante sus señores, sea para quejarse por haber sido injuriados,

sea para recibir algún beneficio o para apaciguar su ira, fijan en ellos sus ojos y les prestan atención, ya que si descuidaran algo, no sólo no obtendrían lo que suplican, sino que se granjearían algún daño, si los que desean calmar el enojo de los hombres ponen tanto esfuerzo, ¿qué será de nosotros, miserables, que nos acercamos a Dios, Señor de todo, con negligencia, sobre todo cuando somos deudores de su ira en tan gran medida? Ni el siervo a su señor, ni el vasallo a su rey podrían irritar tanto como nosotros a Dios cada día.

2. Cristo lo pone de manifiesto y simboliza las deudas para con el prójimo en cien denarios y para con Dios en diez mil talentos¹⁴¹. Nos acercamos a Dios para aplacar con nuestra oración su ira y para reconciliarnos con aquel que a diario ofendemos. Por eso Pablo nos disuade de aquellos placeres como si dijera: «Se trata del alma, queridos, y el peligro es extremo. Es preciso temblar, temer y estremecerse. Nos aproximamos a un Señor temible, injuriado por nosotros en muchas y grandes cosas y que puede hacernos muchos reproches». No es tiempo de abrazos ni de placeres, sino de lágrimas y gemidos amargos, de postración, de confesión diligente, de súplica ferviente, de oración. Hemos de considerarnos afortunados si, con tanto celo, logramos apaciguar su ira, no porque nuestro Señor sea cruel e intratable –es manso y bondadoso, sin duda–, sino que la magnitud de nuestras faltas no le permite a Él –bueno, clemente y misericordioso¹⁴²– perdonarnos al punto.

3. Por eso dice: *Para que os entreguéis al ayuno y a la oración*¹⁴³. ¿Qué podría ser más acerbo que esta esclavitud? ¿Quieres –pregunta– crecer en virtud, elevarte al cielo, borrar la mancha del alma, entregado sin descanso al ayuno y a la ora-

ción? Mas si la mujer no quisiera aceptar esa determinación, preciso será que te sujetes a su incontinencia. Por eso decía al comienzo: *Bueno es al hombre no tocar mujer*¹⁴⁴. También por ello los discípulos decían al Señor: *Si tal es la condición del hombre con la mujer, no le conviene casarse*¹⁴⁵. Consideraron que era necesario asumir uno de los dos inconvenientes y, turbados por esas reflexiones, hicieron esta exclamación.

XXXIII. Referirse por segunda vez a lo mismo es propio de quienes imitan a Cristo

Pablo vuelve constantemente sobre este tema a fin de llevar a los corintios a esta reflexión: «Tenga cada uno su mujer; el marido otorgue a la mujer el debido afecto; la mujer no es dueña de su cuerpo; no os privéis el uno del otro; volved de nuevo a lo mismo». Tampoco aquellos bienaventurados quedaron persuadidos cuando lo oyeron por primera vez; lo oyeron una segunda y entonces comprendieron la necesidad de ese precepto. Cristo, cuando predicó sentado en el monte, después de haberse referido a otras muchas cosas, les habló una vez más de esto. Así los condujo al amor a la continencia¹⁴⁶. Efectivamente, los argumentos repetidos varias veces son mucho más eficaces. Por eso el discípulo que imita al Maestro habla de lo mismo constantemente, y no da su conformidad sin explicación, añade siempre un motivo: *Por la fornicación* –dice–, *por las tentaciones satánicas, por la incontinencia*¹⁴⁷. De esta forma, sin nadie sospecharlo, realiza un encomio de la virginidad al tiempo que habla sobre el matrimonio.

XXXIV. *La virginidad es admirable y merece muchas coronas*

1. Si Pablo teme separar por mucho tiempo a los casados para que el diablo no los acose solapadamente, ¿de qué coronas serán dignas las que, desde el principio, no han necesitado este alivio y han permanecido invictas hasta el final? El diablo no recurre a las mismas artimañas con unos y otros. A los casados –según creo– no les asecha tanto porque sabe que tienen refugio próximo, y, si percibieran un ataque violento, les es posible refugiarse instantáneamente en el puerto. Tampoco el bienaventurado Pablo les permite largas navegaciones, los exhorta a que regresen cuando se sientan cansados, y los invita de nuevo *a volver a lo mismo*¹⁴⁸. La virgen, en cambio, ha de permanecer en el mar siempre y surcar un piélago sin puerto, y si se levantara una terrible tempestad, ni siquiera le está permitido llevar la nave a puerto y descansar¹⁴⁹.

2. Los piratas del mar, allí donde hay una ciudad o un arsenal o un puerto, no atacan a los navegantes porque sería correr un peligro en vano, mas si sorprenden al barco en alta mar, convierten en audacia propia la ajena falta de socorro, saquean todo y no cejan hasta acabar con la tripulación o sufrir ellos este mismo destino. Así y de igual modo, este terrible pirata levanta contra la virgen una tempestad enorme, una insufrible borrasca y encrespadas olas, lo trastoca todo a fin de que, con violencia e ímpetu, la nave vuelque. Oyó que la virgen no dispone de ese *volver a lo mismo*¹⁵⁰, sino que ha de luchar siem-

pre, que siempre ha de librar batallas contra los espíritus del mal hasta arribar a puerto verdaderamente tranquilo.

3. Como a un soldado valiente que hace guardia fuera de las murallas, Pablo cierra las puertas a la virgen; aunque el enemigo la acose, no permite que se abran, y es más violento precisamente porque su adversario no tiene tregua posible. No es solo el diablo; el aguijón del deseo asecha, y mucho más a los no casados, y es algo evidente a todos. El deseo de aquello que podemos disfrutar no nos domina, porque el alma, que tiene seguridad, está despreocupada. Un proverbio popular lo ratifica certeramente: «Lo que está en nuestro poder —dice— no suscita un deseo impetuoso». Sucede todo lo contrario si se nos priva de lo que poseíamos con anterioridad, y las mismas cosas que habíamos desdeñado cuando las teníamos, éstas mismas, al carecer de ellas, excitan violentamente nuestro deseo.

4. Por este motivo, la serenidad entre los casados es mayor. También, y en segundo lugar, porque, aunque la llama luce por elevarse muy alta, la unión carnal la sofoca al instante. La virgen, en cambio, no tiene con qué apagar ese fuego. Ve cómo éste se eleva y las llamas ascienden, y puesto que no puede sofocarlo, se ocupa en una sola cosa: en no abrasarse en su combate contra él. ¿Existe algo más extraño que tener toda una hoguera en el interior y no quemarse? ¿Llevar la llama en los escondrijos del alma y mantener firme la resolución tomada? No se le permite arrojar fuera esas brasas; por el contrario, lo que el autor de los Proverbios dice que es imposible para la naturaleza del cuerpo, la virgen se ve obligada a soportarlo en el alma. ¿Qué dice? ¿*Quién andará sobre brasas de fuego y no se quemará los pies?*¹⁵¹. He aquí que ésta anda y soporta esta prueba. ¿*Quién pondrá fuego en su seno y no quemará los ves-*

tidos?¹⁵² Ella, no en sus vestidos, sino en su interior, lleva fuego ardiente y fragoroso, y soporta y aguanta la llama.

5. ¿Alguien se atreverá –dime– a comparar la virginidad con el matrimonio? ¿Acaso a enfrentarlos? El bienaventurado Pablo lo impide después de señalar la diferencia entre ambos: *El célibe se afana por las cosas del Señor, el casado por las del mundo*¹⁵³. Después de unir a los casados y de honrar la virginidad, observa cómo de nuevo los reconviene: *Volved a lo mismo* –dice– *para que Satanás no os tienta*¹⁵⁴. Quería poner de manifiesto que todo no depende de las tentaciones de aquel sino, sobre todo, de nuestra indolencia, y añadió la razón principal cuando dijo: *Por vuestra incontinencia*¹⁵⁵.

6. ¿Quién, al escuchar estas palabras, no se sonrojará? ¿Quién no se esforzará por evitar la acusación de incontinencia? Esa exhortación no va dirigida a todos, solo a los que están sujetos a las cosas de la tierra. «Si eres esclavo de los placeres –dice–, si eres tan muelle que estás entregado al placer carnal y siempre ávido de él, únete a tu mujer». Esta concesión no la hace el que aprueba y alaba, sino el que se mofa y censura. Si no hubiera querido causar vergüenza en el alma de los voluptuosos, no habría utilizado la palabra *incontinencia*, que es muy expresiva y está cargada de reproche. ¿Por qué no dijo «por vuestra debilidad»? Porque este término refiere indulgencia, y la palabra incontinencia incluye intemperancia. En efecto, lo propio de la incontinencia es no poder abstenerse de la fornicación, no poder apartarse en ningún momento de la mujer y disfrutar siempre de la unión conyugal.

7. ¿Qué dicen al respecto los que afirman que la virginidad es algo superfluo? Ésta merece más alabanzas en la medida en

que se vive. El matrimonio, en cambio, cuando alguien hace de él un uso excesivo, pierde toda su estimación. *Digo esto* –afirma– *como concesión, no como precepto*¹⁵⁶. Donde hay concesión, no hay lugar para la alabanza. Al referirse a las vírgenes, dijo: *Precepto del Señor no tengo, pero doy un consejo*¹⁵⁷. ¿Iguala, acaso, una cosa a la otra? De ninguna manera. En lo referente a la virginidad da un consejo, en lo relativo al matrimonio hace una concesión. No prescribe ninguna de las dos opciones, pero no por el mismo motivo: aquella para que nadie, deseoso de salir de la incontinencia, encuentre dificultad como si estuviera atado necesariamente por el precepto, y esta para que quien no es capaz de volar hasta la virginidad, no sea condenado como infractor de un precepto. No prescribo –dice– guardar la virginidad porque temo la dificultad de tal empeño. No ordeno que haya un contacto constante con la mujer ya que no deseo ser legislador de incontinencias. Dije *volved a lo mismo*¹⁵⁸ para evitar que lleguéis a algo más bajo, no para obstaculizar el deseo de ascender a algo más alto.

8. En primer lugar formula como deseo que no se dé una relación constante con la mujer, ya que la incontinencia de los ávidos de placer originó esta norma. Si deseas conocer la voluntad de Pablo, escucha sus palabras: *Quiero* –dice– *que todos los hombres sean como yo*¹⁵⁹, esto es, que vivan la continencia. Luego, si quieres que todos vivan la continencia, lo que deseas es que nadie se case. No, ni lo prohíbo a los que lo quieran ni lo censuro; pido y deseo, no obstante, que todos estén como yo, aunque consiento a causa de la fornicación. Por eso dije desde el comienzo: *Bueno es al hombre no tocar mujer*¹⁶⁰.

XXXV. Por qué se puso como ejemplo de continencia

1. ¿Por qué se menciona a sí mismo y dice: *Quiero que todos los hombres sean como yo*¹⁶¹? Si no hubiera añadido las palabras: *Si bien cada uno tiene su propia gracia*¹⁶², habría evitado la referencia a su persona. ¿Por qué añadió *como yo*? Sin duda no para alabarse, ya que él es quien, luego de aventajar a todos los apóstoles en el trabajo de la predicación, se tenía por indigno hasta del nombre de apóstol. Había dicho: *Yo soy el menor de los apóstoles*¹⁶³, y como si se hubiera atribuido un mérito superior, al instante se corrige y dice: *No soy digno de ser llamado apóstol*¹⁶⁴. ¿Por qué en esta exhortación se pone como ejemplo? No sin razón y por casualidad: sabía que los discípulos se ven movidos a imitar el bien cuando tienen el ejemplo de sus maestros. El que instruye sólo con palabras independientemente de sus obras, no ejerce ninguna influencia en sus oyentes, pero el que puede mostrar sus consejos después de haberlos puesto en práctica, conduce a su auditorio mejor que nadie. Se manifiesta además libre de envidia y orgullo, desea que los discípulos participen de ese privilegio, no busca tener nada mayor que ellos y quiere que sean igual a él en todo.

2. Puedo añadir una tercera razón. ¿Cuál? Parecía una empresa difícil y no fácilmente soportable por todos. Con el deseo de manifestar que se trataba de algo factible, presenta al que la ha llevado a cabo para que no la juzguen ardua, sino que, al contemplar al que los guía, ellos mismos emprendan con confianza el mismo camino. Actuó así también en otra situación. Cuando escribió a los gálatas, en el intento de quitarles el miedo a la ley por el que habían vuelto a sus antiguas costumbres y observaban muchas de las cosas allí contenidas,

¿qué les dice? *Sed como yo, porque también yo soy como vosotros*¹⁶⁵. Pretende decir lo siguiente: no podríais afirmar que, recién convertido y sin miedo a la inobservancia de la ley, me atreva a tratar de estas cosas con vosotros impunemente. En efecto –viene a decir– yo como vosotros me vi sometido en otro tiempo a esta misma esclavitud, estuve bajo el dictado de la ley y observé sus preceptos, pero, tan pronto como se manifestó la gracia, cambié aquella por esta ley. Y no es una transgresión. «Hemos venido a parar al dominio de otro varón¹⁶⁶, de suerte que nadie podría decir que, pese a hacer una cosa, aconsejo otra, ni que, mientras procuro mi seguridad, os arrojo a vosotros al peligro. Si en este asunto hubiera algún riesgo, no me habría entregado a él y no habría descuidado mi salvación». Allí se puso de ejemplo e hizo que el miedo desapareciera, aquí se muestra ante todos y quita la inquietud.

XXXVI. Por modestia, el Apóstol llama don a la virginidad

1. *Cada uno tiene –dice– su propia gracia, este una, aquel otra*¹⁶⁷. Observa la huella de la humildad del Apóstol, en ningún momento borrada, en todo lugar con brillo radiante. Llama favor divino a su conducta virtuosa que tanto esfuerzo le costó. Todo lo atribuye al Señor. ¿Por qué admira que actúe así con respecto a la continencia, si hace lo mismo al referirse a la predicación, por la que soportó innumerables trabajos, tribulaciones constantes, sufrimientos inefables, muertes diarias? ¿Qué dice a este respecto? *Más que todos he trabajado, pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo*¹⁶⁸. No dice que una parte le corresponda a él y otra a Dios, sino que todo es de Dios. Esta es la actitud de un buen siervo, que no juzga na-

da suyo, sino todo de su señor, que no cree que lo que le es propio sea suyo, sino todo del Señor.

2. Actúa también así en otro lugar. Dice: *Teniendo carismas distintos según la gracia que se nos ha dado*¹⁶⁹, y a continuación, en el curso de la exposición, enumeró el don de gobierno, las obras de misericordia y el de la distribución de los bienes. Que son virtudes y no carismas es algo evidente a todos. Lo digo para que cuando oigas que afirma *Cada uno tiene su propio carisma*¹⁷⁰, no te desanimes ni te digas a ti mismo: no es necesario mi esfuerzo personal, Pablo lo llamó carisma. Habla así por modestia, no porque quiera incluir la continencia en el grupo de los carismas. No podría entrar en contradicción consigo mismo y con Cristo: con Cristo, que dice *Hay eunucos que se han hecho eunucos a sí mismos por el reino de los cielos*, y añade: *El que pueda entenderlo, que lo entienda*¹⁷¹; y consigo mismo, que condena a las que, luego de elegir vivir viudas, no perseveraron en su propósito. Si es un carisma, ¿por qué amenaza con las palabras: *Tienen sentencia de condenación porque violaron la primera fe*¹⁷²? Cristo nunca castigó a los que no tienen carismas, sino a los que nunca llevaron una vida recta. Esto es lo que él reclama: una vida perfecta y acciones irreprochables. La distribución de los carismas no depende de la disposición del que los recibe, sino del juicio del que los concede. Por este motivo, Cristo nunca alaba a los que hacen milagros; a los discípulos que sentían orgullo por ello les arrebató ese gozo cuando les dice: *No os alegréis de que los demonios os obedezcan*¹⁷³. Bienaventurados son los que siempre son misericordiosos, los humildes, los mansos, los limpios de corazón, los pacíficos, los que hacen estas cosas y las semejantes a ellas¹⁷⁴.

3. El mismo Pablo, al enumerar sus actos virtuosos, mencionó entre ellos la pureza. Cuando dice: *En mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en persecuciones, en angustias, en prisiones, en tumultos, en fatigas, en sediciones, en desvelos, en ayunos*¹⁷⁵, añadió *en pureza*¹⁷⁶, que no habría incluido si no se tratara de un carisma. ¿Por qué? Observa que a los que no la viven los llama incontinentes. ¿Por qué actúa mejor el que no casa a su hija virgen?¹⁷⁷ ¿Será, acaso, más feliz la viuda que permaneciese en ese estado? Ya lo dije cuando afirmé que las bienaventuranzas las merecen no los milagros, sino las obras, algo que también sucede cuando se trata de los castigos. ¿Por qué insiste entonces en su exhortación si no depende de nosotros, si, con la ayuda de Dios, no es necesario nuestro esfuerzo? Dice: *Quiero que todos los hombres estén como yo*¹⁷⁸, en continencia, y añade: *Hablo a las personas que no están casadas y a las viudas; es mejor para ellos si permanecen como yo*¹⁷⁹. Se pone de ejemplo una vez más por lo mismo. En efecto, si tienen un ejemplo cercano que les influya, afrontarán mejor los embates de la virginidad. Si antes dijo: *Quiero que todos sean como yo*¹⁸⁰, y ahora: *Es mejor para ellos si permanecen como yo*¹⁸¹, y no explica en ningún momento el motivo, no te extrañes. No es arrogancia; creyó, no obstante, que bastaba su parecer como guía en la práctica de la virtud.

XXXVII. Hay muchos inconvenientes en los segundos matrimonios

1. Si alguien quisiera escuchar las razones, examine primero la opinión de todos los hombres, y después lo que sucede en esa

circunstancia¹⁸². Los legisladores no condenan estos matrimonios, los permiten y autorizan; sin embargo, tanto dentro de las casas como en las plazas públicas, muchas son las murmuraciones de los que los critican, censuran y rechazan. Los rehúyen no menos que –por así decirlo– a los perjuros, no se atreven a tenerlos como amigos, no firman con ellos contratos y no se fían de ellos. En efecto, cuando ven que con tanta facilidad echan de su alma el recuerdo de esa relación íntima, amistad y trato, les viene al pensamiento algo que les impide acercarse con confianza a ellos, como a personas inconstantes y veleidosas. Los reprueban por este motivo, también por lo deplorable de su conducta.

2. ¿Qué hay –dime– más sorprendente que, después de lamentos, gemidos, lágrimas, el cabello despeinado y negras vestimentas, de repente surjan aplausos, tálamos nupciales y un alborozo tan distinto a lo anterior, como si fueran actores en escena que ora representan una cosa, ora otra? En el teatro puedes ver a la misma persona que de pronto es rey y de pronto es el más menesteroso de todos. Aquí sucede lo mismo. El que poco antes se estremecía junto al sepulcro, de repente se convierte en esposo; el que se arrancaba los cabellos, ahora sobre la misma cabeza lleva una corona; el que antes, abatido, apenado y entre lágrimas encomiaba a la esposa difunta en presencia de los que lo consolaban, el que decía que la vida se tornaba algo insoportable y se irritaba con los que intentaban disuadirlo de su lamento, éste, ante las mismas personas, se compone y arregla y, con los ojos antes llenos de lágrimas, con estos los mira entre risas, y con la boca que antes rechazaba todo consuelo, muestra cortesía y acoge con afecto.

3. Lo más lamentable de todo es la guerra que se declara contra los hijos, la leona que se instala en la casa junto a las hi-

jas, que es en lo que siempre se convierte una madrastra. La discordia y el conflicto surgen en esa convivencia: de ahí aquella saña y una animosidad inaudita contra la esposa, que no ocasionó ningún problema. Los vivos se envidian y son envidiados, a los muertos incluso los enemigos los respetan. Aquí no es así, sin embargo. El polvo y la ceniza son objeto de odio, un odio inefable a la que ya está sepultada; vituperios, burlas y acusaciones contra la que ya se ha convertido en tierra¹⁸³, una guerra sin tregua contra la que ya nada puede sentir. ¿Hay algo peor que esta demencia, algo peor que esta crueldad? Ningún agravio ha recibido de la esposa difunta. ¿Por qué digo agravio? Disfruta de sus esfuerzos, se aprovecha de sus bienes, pero no deja de luchar contra su sombra. A la que en nada contristó y posiblemente no vio jamás, a diario la cubre de burlas, castiga en sus hijos a la que ya no vive, y cuando ella misma nada puede, arma pertinazmente a su marido contra ellos. Todo esto parece fácil y soportable a los hombres con el único fin de no sobrellevar la tiranía de la concupiscencia.

4. La virgen no se amedrenta ante este combate ni rehúye el ataque que a muchos parece insoportable; por el contrario, resiste con coraje y soporta la guerra con sus fuerzas. ¿Cómo no sería admirada —ella lo merece— cuando otros han necesitado segundos matrimonios para no consumirse, y ella, sin conocer uno, permanece siempre pura e intacta? Por esto, y sobre todo por las recompensas prometidas a la viudedad en los cielos, dijo el que tenía a Cristo que le hablaba en su interior: *Es bueno para ellos si permanecen como yo*¹⁸⁴. ¿No pudiste subir a la cima más alta? No caigas, después de aquella, en la siguiente. Que la virgen no tenga sobre ti más ventaja que el hecho de que la concupiscencia no la venciera ni una sola vez. A ti, aunque te derrotara al principio, no te tuvo constantemente sometida. Después de

la derrota, venciste. La victoria de la virgen no conoce el fracaso, y se asemeja a ti en el término, solo te supera en el principio.

XXXVIII. Por qué da alivio a los casados y no cesa en las pruebas a la virgen

1. Pero, ¿cómo? [Pablo] alivia a los que se han casado, de suerte que, si uno de los cónyuges voluntariamente se abstiene, no los priva de ese derecho, si bien no permite que la separación por mutuo acuerdo se prolongue demasiado. Si lo desean, consiente en un segundo matrimonio *para que no se abrasen*»¹⁸⁵. A los que han escogido la virginidad no les concede alivio alguno, pero a los casados, luego de una interrupción, de nuevo los insta a volver a lo mismo. A la virgen, sin embargo, no le da ni un momento de respiro, le urge a mantener la lucha constantemente, a ser zaherida por el deseo, y no le concede un pequeño descanso. ¿Por qué no dijo también a ella: «Si no se contiene, cásese»? Nadie diría al atleta, después de dejar su ropa, de ungir su cuerpo, de entrar en el estadio y cubrirse de polvo: «retírate, huye de tu adversario». En ese momento puede optar por salir coronado o por salir vencido y avergonzado. En el gimnasio y en la palestra, donde el ejercicio es con los de casa y amigos, como si fueran contrincantes, el atleta es dueño de combatir o no combatir. Pero, una vez que se ha inscrito en el certamen, está lleno el lugar del espectáculo, el presidente del evento está presente, los espectadores han ocupado su sitio y el adversario se presenta y se pone ante él, el reglamento de los juegos no permite la retirada.

2. Para la virgen que se cuestiona si debe o no casarse, el matrimonio no es un peligro. Mas cuando ha hecho la elección y se inscribe en el certamen, ella misma entra en el estadio. El

lugar del espectáculo prorrumpe en aplausos, los ángeles desde el cielo son espectadores, Cristo es el que preside el combate, el diablo está furioso y rechina los dientes, y cuando ya se ha lanzado a la lucha y tiene cogido a su adversario, ¿quién, puesto en medio, se atrevería a decir: huye del enemigo, renuncia al esfuerzo, no llegues a las manos, no lo derribes, no le pongas la zancadilla, cédele la victoria?

3. ¿Qué digo a las vírgenes? Nadie se atrevería a hablar así a las viudas, sólo les recordaría aquella terrible sentencia: «Si el deseo sexual las aparta de Cristo y quieren casarse, serán juzgadas por haber quebrantado la primera fe»¹⁸⁶. El mismo dice: *A las solteras y a las viudas les digo que es mejor para ellas que permanezcan como yo, pero si no pueden ser continentes, cásense*¹⁸⁷. Y también: *Si su marido muriese, es libre para casarse con quien quiera, sólo en el Señor*¹⁸⁸.

XXXIX. ¿A qué viuda y a qué virgen permite Pablo casarse?

1. ¿Por qué a la que deja libre, luego recrimina, y el matrimonio contraído según el Señor dice después que es contra la ley? No temas, no habla de éste sino de otro. Cuando dice: *Si la virgen se casa, no peca*¹⁸⁹, no se refiere a la que ha renunciado al matrimonio, ya que sería evidente para todos que habría cometido pecado, y un pecado intolerable. Se refiere a la que todavía no se ha casado, no ha elegido todavía y está indecisa entre una cosa y otra. De la misma forma, aquí alude a una viuda que, ya sin marido, todavía no ha elegido la viudedad perpetua y puede escoger uno u otro estado. En aquel otro pasaje¹⁹⁰ ha-

blaba de la que no es dueña de entregarse a otro esposo, sino que ya se ha lanzado a la lucha de la continencia.

2. Es posible, en efecto, ser viuda y no ser contada en la categoría de las viudas, si todavía no la ha profesado¹⁹¹. Por eso también dice: *Elíjase a una viuda no menor de sesenta años, mujer de un solo hombre*¹⁹². A la simple viuda le permite contraer matrimonio si lo desea, pero a la que ha prometido a Dios permanecer viuda siempre, si luego se casa, la condena con vehemencia porque ha quebrantado el pacto hecho con Dios. Por tanto, no es a estas sino a aquellas a las que dice: *Si no son continentes, cásense, pues mejor es que casen que se abrasen*¹⁹³. ¿Observas que nunca alaba al matrimonio por sí mismo, sino a causa de la fornicación, las tentaciones y la incontinencia? Emplea todos estos términos en un pasaje anterior; aquí, en cambio, puesto que les había dirigido violentos reproches, les habla de lo mismo, pero con expresiones más suaves: habla de incendio y fuego.

3. Tampoco aquí deja de dirigirse al auditorio sin reprenderlo. No dijo si son violentados por el deseo, si se ven arrasados, si no pueden. No dijo nada de lo que caracteriza a los que sufren y merecen compasión. ¿Qué dijo entonces? *Si no son continentes*¹⁹⁴, esto es, si no quieren por negligencia. Manifiesta que, aunque son capaces, no lo hacen por no esforzarse. Pero, pese a todo, no las castiga ni las hace acreedores de

tormento, sólo las priva de alabanza y es vehemente en el reproche. En ningún momento menciona la procreación de los hijos –esa hermosa y noble causa del matrimonio–, habla de ardor, de incontinencia, de fornicación y de tentación satánica. Y para que nada de esto suceda, permite el matrimonio.

4. «Y esto ¿qué importa? Mientras el matrimonio nos aparte del suplicio, soportaremos gustosos la condena y los insultos. Que sólo esto sea posible: gozar de los placeres y disfrutar constantemente del deseo». «Pero, amigo, ¿y qué si no se puede gozar de los placeres y el fruto que obtengamos sólo sea el desnudo?». «¿Y cómo no va a ser posible gozar de los placeres si afirma: *Si no se contienen, cásense?*».

5. Escucha lo que sigue a continuación. Aprendiste que es mejor casarse que abrasarse. Abrazaste lo agradable, lo creíste conveniente, admiraste al Apóstol por su condescendencia, pero no te quedes ahí, acepta lo que sigue, ya que ambas prescripciones proceden de la misma persona. ¿Qué dice entonces a continuación? *A los casados mando –no yo, sino el Señor– que la mujer no se separe del marido. Pero, si se separa, que no se case o reconcíliese con su marido, y el marido no repudie a su mujer*¹⁹⁵.

XL. La esclavitud del matrimonio es grande, y es inevitable

1. ¿Qué sucederá si el marido es afable y la mujer malvada, maldiciente, locuaz, derrochadora –mal común a todas ellas– y tiene otros muchos defectos? ¿Cómo sufrirá este desgraciado, día tras día, esta molestia, soberbia y desvergüenza? Pero ¿qué pasaría si, por el contrario, ella es modesta y dócil, y él adusto, orgulloso, iracundo, está lleno de engreimiento por las

riquezas y por la autoridad, tiene a la que es libre como si fuera esclava, y su actitud con ella no es mejor que la que tiene con las sirvientas? ¿Cómo soportará esta violencia y dureza? ¿Y si la rechaza constantemente y permanece en esa actitud siempre? Aguanta –dice– esta esclavitud. Cuando él muera, sólo entonces serás libre, pero mientras viva, una de estas dos cosas es posible: o amansarlo con suavidad y hacerlo mejor a él, o, si esto fuera imposible, sobrellevar con coraje la guerra implacable y la lucha sin tregua.

2. Antes dijo: *No os separéis el uno del otro si no es de común acuerdo*¹⁹⁶. En este punto, separada ella contra su voluntad, la insta a vivir la continencia: *Permanezca –dice– sin casarse o reconcíliese con su marido*¹⁹⁷. ¿Ves cómo está presa entre dos fuegos? O bien tendrá que soportar la violencia del deseo, o, si no quiere, habrá de adular al insolente, ofrecerse a él para lo que desee, para golpearla, cubrirla de injurias, exponerla al desprecio de la servidumbre o para cualquier otra cosa semejante.

3. Las formas ideadas por los hombres para castigar a sus mujeres son muchas. Si ella no lo soporta, tendrá que ejercitarse en una continencia estéril. Y digo estéril porque no tiene el principio que la promueve, es decir, no la vive por el deseo de santidad, sino por resentimiento a su marido. *Permanezca –dice– sin casarse o reconcíliese con su marido*»¹⁹⁸. ¿Y si él no quiere reconciliarse? Tienes una segunda solución y salida. ¿Cuál? Espera su muerte.

4. A la virgen no le es posible casarse nunca; tampoco a las casadas les es lícito hasta que su marido muera. Cuando todavía vive el marido, si estuviera permitido juntarse con otro, y dejado éste, con otro, ¿para qué habría necesidad de matrimo-

nio, si los maridos pueden utilizar a las mujeres de unos y otros indistintamente y todos unirse con todas sin dificultad? ¿Cómo sería posible la convivencia con los vecinos cuando hoy uno, mañana otro y después un tercero conviven con la misma mujer? Con razón el Señor llamó a esta conducta adulterio¹⁹⁹.

XLI. Por qué Dios permitió a los judíos repudiar a sus mujeres

1. ¿Por qué consintió eso a los judíos? Evidentemente, por la dureza de su corazón²⁰⁰, para que no mancharan sus casas con la sangre de sus parientes. Dime, ¿qué es mejor: arrojar fuera a la mujer detestada o degollarla dentro? Lo habrían hecho si no hubieran podido repudiarlas. Por eso dice: «Si la odias, mándala a su casa»²⁰¹. Cuando dirige sus palabras a personas moderadas, a quienes insta a no encolerizarse²⁰², ¿qué dice [Pablo]? *Si se separa, permanezca sin casarse*²⁰³. ¿Ves la necesidad, la esclavitud inevitable, el vínculo que a ambos rodea? El matrimonio es un vínculo no sólo por los muchos cuidados y molestias cotidianas que conlleva, sino porque obliga a los esposos a algo más duro que a cualquier esclavo: a someterse el uno al otro.

2. *Domine* –dice– *el hombre a su mujer*²⁰⁴. Y ¿qué ventaja se deriva de este dominio? Lo hace esclavo de la que es dominada, ya que ideó un extraño y extraordinario trueque de servidumbre. De la misma forma que los esclavos fugitivos son encadenados por sus dueños, sujetos los unos a otros, amarrados por una pequeña cadena sujeta a sus pies que desde un ex-

tremo se une con la de los demás para que no puedan caminar sueltos, obligados a seguir el uno al otro, así las almas de los cónyuges cargan con su propio desvelo personal y sobrellevan la angustia del otro por el vínculo mutuo que los amarra más fuerte que una cadena, que suprime la libertad de los dos para no conceder la autoridad a ninguno, sino repartir esa autoridad entre ambos. ¿Dónde están los que están dispuestos a soportar esta condena por la satisfacción que produce el placer?

3. Los disgustos y los enfados que a menudo se prolongan por mucho tiempo disminuyen no poco la parte de placer. Y esta esclavitud –aguantar la miseria del otro cónyuge y soportar todo lo del otro sin que acompañe la voluntad– es más que suficiente para ensombrece el placer. Por eso este bienaventurado reprendió primero con palabras ásperas el impulso del deseo, y dijo: *Por la fornicación, por la intemperancia, por el fuego del deseo*²⁰⁵. Cuando vio, sin embargo, que esta forma de condena impresionaba poco a muchos, añadió un argumento de persuasión más eficaz, esto es, que entre los casados ninguno es dueño de sí mismo, motivo por el que los discípulos exclamaron: *No conviene casarse*²⁰⁶. Y no lo expone a modo de exhortación y consejo, sino como una orden y un precepto imperativo²⁰⁷. Casarse o no casarse depende de nosotros, pero soportar esa esclavitud no es voluntario, sino involuntario: no está en nuestras manos.

4. ¿Por qué? No porque sin conocerla la escogimos desde el principio, sino que, con completo conocimiento de sus reglamentos y leyes, voluntariamente nos sometimos a su yugo. A continuación, luego de hablar de los que conviven con mujeres paganas, exponer con minuciosidad todas las leyes del

matrimonio, intercalar la cuestión de la servidumbre²⁰⁸, reconfortarlos oportunamente con que su nobleza espiritual no se verá afectada por esta esclavitud, continúa con la exposición acerca de la virginidad que lo inquietaba y se esforzaba por sacar a la luz. Y lo hace ahora, aunque no había podido silenciarla en sus comentarios acerca del matrimonio.

5. En efecto, brevemente y como de paso, lo añade ingeniosamente en aquella exhortación. Preparó sus oídos, dispuso su ánimo e hizo un perfecto bosquejo de su discurso. Exhortó a los siervos y dijo: *A gran precio fuisteis comprados, no os hagáis siervos de hombres*²⁰⁹, y a continuación nos recuerda los beneficios del Señor. Levanta así el ánimo de todos, los eleva hasta el cielo, y de esta forma aborda el tema de la virginidad con las palabras siguientes: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy consejo, como quien ha recibido del Señor ser fiel ministro suyo*²¹⁰. No tenía precepto del Señor acerca del matrimonio de fieles con infieles; sin embargo, legisla al respecto con autoridad y escribe como sigue: *A los demás les digo yo, no el Señor, si un hermano tiene mujer pagana y ésta consiente en vivir con él, no la despida*²¹¹.

6. ¿Por qué no hace lo mismo al referirse a las vírgenes? Porque Cristo habló de ello claramente cuando dispuso que no se diera al asunto el carácter obligatorio de un precepto: «El que pueda comprender, que comprenda», palabras que evidencian que el oyente es dueño de elegir. Habla de continencia: *Quiero –dice– que todos los hombres sean como yo*²¹², esto es, que vivan la continencia. Y también: *Digo a los célibes y a las viudas que es mejor si permanecen como yo*²¹³. Mas cuando habla de la virginidad nunca se pone como ejemplo.

Se expresa con reserva y cautela, porque él mismo no había vivido esa virtud²¹⁴. «Precepto –dice– no tengo»²¹⁵.

7. Le permite elegir, predispone la benevolencia del oyente y así le ofrece consejo. La virginidad lleva implícito el esfuerzo; por eso no pasa inmediatamente a su exhortación, sino que prepara primero al discípulo en la aceptación de un precepto, predispone su alma a ser dócil y sumisa y comienza la exposición a continuación. Has oído la palabra virginidad, término que encierra esfuerzo y sudores. Pero, no temas, no es algo que se imponga ni que conlleve la obligación de un precepto, sino que, a los que voluntariamente y de buen grado la acogen, se les recompensa con los bienes que le son propios, es decir, ciñen sus cabezas con una corona brillante y abundante; sin embargo, a los que la rechazan y no quieren ceñirla no los castiga ni les obliga a hacerlo contra su voluntad.

8. Su discurso es asequible y agradable; pone de manifiesto, además, que este favor no es imputable a él, sino a Cristo. No dijo, en efecto, «acerca de las vírgenes no legislo», sino *no tengo precepto*²¹⁶, como si dijera: si yo lo recomendara movido por razonamientos humanos, no habría que fiarse, pero, como es voluntad de Dios, es garantía segura de confianza. Carezco de autoridad para prescribir sobre esta materia, mas si queréis escuchar al que es como un compañero de servicio de Cristo: *Os doy un consejo –dice– como quien por misericordia de Dios es fidedigno*²¹⁷.

9. Es admirable en este punto la habilidad y sagacidad de este bienaventurado: cómo, atrapado entre dos extremos inevitables y contrarios, esto es, puesto como ejemplo, resolvió la disyuntiva en pocas palabras, de suerte que su consejo fuera bien acogido, o no decir nada sobre sí mismo para permanecer al margen de esta virtud. Así es, al decir *como quien por misericordia de Dios*, en cierto modo se pone como ejemplo, mas se humilla y rebaja como si no tuviera parte en ello.

XLII. Sobre la humildad de Pablo

1. No dijo: «Os doy un consejo como a quien se le ha confiado el Evangelio, como a quien ha sido digno de ser predicador de los pueblos, como a quien se le ha encargado vuestra dirección, como vuestro maestro y guía», sino ¿qué [dijo]? *Como quien por misericordia de Dios es fidedigno*. Recurre a una razón menos importante. Ser sólo un fiel es inferior, sin duda, a ser maestro de fieles. Expone otro motivo más de humillación. ¿Cuál? No dijo: «Como quien es digno de fe», sino *como quien por misericordia es fidedigno*. No creas que sólo el apostolado, la predicación y la enseñanza son dones del Señor; también creer me ha sido dado por su misericordia. «No porque fuera digno –viene a decir– alcancé la fe, sino sólo porque recibí esa misericordia». La misericordia, en efecto, es obra de la gracia, no de los méritos.

2. De suerte que, si Dios no hubiera tenido compasión, él no habría sido apóstol, y ni siquiera fiel. ¿Ves los sentimientos buenos del siervo y un corazón humillado? ¿Ves cómo no se atribuye nada mayor a los demás, sino que, incluso lo que es común a él y a los discípulos –esto es, la fe– no dice que sea algo suyo, sino que procede de la misericordia y gracia de Dios? Y lo pone de manifiesto en sus palabras, como si dijera: «No rechacéis recibir de mí un consejo, Dios no me privó de

su misericordia, sobre todo, si se trata de un parecer, no de un precepto. Yo lo aconsejo, no lo ordeno. No habría ley que prohibiera exponer a cada uno lo que le conviniera y fuera útil, si sucede a petición de los oyentes, como es en vuestro caso». *Creo* –dice– *que esto es bueno*²¹⁸. ¿Compruebas una vez más la flexibilidad de sus palabras, lejos de toda autoridad? Le habría sido posible decir: «Puesto que el Señor no ha prescrito la virginidad, tampoco yo lo hago. Os la aconsejo, no obstante, y, ya que soy vuestro apóstol, os exhorto a que con celo la practiquéis».

3. A continuación, les habló como sigue: *Si para otros no soy apóstol, al menos para vosotros sí lo soy*²¹⁹. Pero en este punto nada de esto dice, sino que usa palabras llenas de miramiento, y, en lugar de decir «os aconsejo», dice *os doy un consejo*²²⁰, y no añade «como un maestro», sino *como quien por misericordia de Dios es fidedigno*²²¹. Y como si no fuera suficiente para atenuar sus palabras, de nuevo, al comienzo de su consejo, minimiza su autoridad, no hace una mera exposición, sino que añade el motivo: *Creo que esto es bueno por la necesidad presente*²²². Cuando habló de la continencia no dijo «creo» ni dio una explicación, sino simplemente: *Es bueno para ellos permanecer como yo*²²³. Aquí, en cambio: *Creo que esto es bueno por la necesidad presente*²²⁴. Obra así no porque tuviera duda al respecto –¡ni mucho menos!–, sino porque deseaba que todo quedara a juicio de los oyentes. Esto es ser consejero: no ser él mismo quien toma la decisión al hilo de sus palabras, sino quien permite que todo quede a criterio de las personas que lo escuchan.

XLIII. Qué entiende Pablo por «necesidad presente»

¿De qué necesidad habla? ¿De la que procede de la naturaleza? De ninguna manera. En primer lugar, si se refiriera a esta, al mencionarla conseguiría lo contrario de lo pretendido, pues los que desean casarse hablan de ella una y otra vez. En segundo lugar, no la habría llamado presente, ya que no ahora, sino hace ya mucho tiempo, está impresa en la naturaleza humana. Antes era más violenta e indómita, pero con la venida de Cristo y mayor virtud ha llegado a ser más fácil de dominar. No habla de esa necesidad, por tanto; insinúa otra distinta de formas y clases variadas. ¿Cuál? El cambio de las cosas de esta vida. Tal es la confusión, tal la tiranía de las preocupaciones, tal la multitud de situaciones en que, involuntaria y habitualmente, el casado se equivoca y yerra.

XLIV. La virginidad alcanza más fácilmente el reino de los cielos que el matrimonio

1. Antiguamente no se nos proponía un grado tan alto de santidad, sino que era lícito vengarse del que ultrajaba²²⁵, devolver injuria por injuria, interesarse por las riquezas, jurar con verdad, sacar ojo por ojo²²⁶, aborrecer al enemigo²²⁷; y no estaba prohibido llevar una vida lujuriosa, encolerizarse, repudiar a la mujer y tomar otra²²⁸. La ley permitía incluso tener dos mujeres al mismo tiempo²²⁹. En esto y en todo lo demás era grande la condescendencia. Después de la venida de Cristo, el camino se hizo más estrecho²³⁰, tanto por el hecho de que

esa dispensa –inefable y grande– no estuviera a nuestro alcance, como también porque la mujer –que nos persuade con frecuencia y, contra nuestra voluntad, nos lleva a pecar– siempre está dentro de casa, y si se la echa, se convertiría en objeto de adulterio²³¹.

2. Por eso nos resulta difícil esta virtud, también porque, aunque la que conviviera con nosotros tuviera un carácter apacible, la cantidad de preocupaciones que por ella y sus hijos invaden nuestro entorno no nos permiten ni siquiera por poco tiempo dirigir la mirada al cielo, como un torbellino que rodeara y sumergiera nuestra alma. Si el marido quisiera tener una vida segura y tranquila, como cualquier otra persona, al ver a los hijos que hay a su alrededor y a la mujer que reclama grandes gastos, aunque no lo quisiera se lanzaría a la agitación de los asuntos públicos. Inmerso en ese mundo, no es posible referir en cuántas cosas habría de errar, enojado, desbordado, entre juramentos, injuriado, con fingimientos, y con actuaciones realizadas sea para complacer, sea para ofender. ¿Cómo es posible que, metido en esa tempestad y en ella deseoso de estar bien considerado, no se contamine con la suciedad de los pecados? Si se analizaran los quehaceres domésticos, se encontrará que está cargado de las mismas y mayores dificultades a causa de la mujer.

Es necesario, sin duda, cuidar muchas cosas y preocuparse por otras muchas por las que no sería preciso ocuparse si dependieran del hombre. Y esto siempre y cuando la mujer sea comedida y dócil. Si fuera malvada, molesta e insoportable, no hablaríamos de necesidad, sino de suplicio y castigo. ¿Cómo podría recorrer el camino del cielo –que requiere pies sin ataduras y veloces, y un alma dispuesta y en alerta– quien carga con el peso de tantos asuntos, que está encadenado con grillos

tales, que anda amarrado continuamente a la tierra por cadena semejante –me estoy refiriendo a la malicia de la mujer–?

XLV. No se recompensa a los que inventan dificultades superfluas

1. ¿Cuál es la respuesta sabia de muchos hombres a estas cuestiones que nosotros hemos planteado? ¿No merecerá acaso un reconocimiento mayor el que actúa con rectitud en tales dificultades? ¿Cómo, amigo, y por qué? Porque con el matrimonio soporta –dice– un trabajo mayor. Y ¿quién lo obligó a aceptar esa carga? Si el que se casa cumpliera un mandato y no casarse fuera una transgresión de la ley, ese razonamiento sería convincente. Si uno es dueño de no cargar con el yugo del matrimonio, pero voluntariamente, sin que nadie lo obligue, quiere rodearse de esas dificultades porque la lucha por la virtud le resulta mucho más costosa, este hecho no incumbe al Presidente del certamen. En efecto, Él prescribió una sola cosa: entablar la guerra contra el diablo y la victoria sobre el mal. Si uno lo lleva a término casado, entregado a una vida de placer y ocupado en un sinfín de asuntos, o si lo hace por ascetismo, por mortificación y sin preocuparse por otras cosas, a Él nada de esto le interesa. El Señor dijo que el modo de obtener la victoria y el camino que lleva al triunfo era aquel que ayuda a desprenderse de todas las cosas humanas.

2. Pero si tú quieres combatir y luchar con mujer, hijos y todo lo que esa situación lleva consigo, para hacer lo mismo que los que no están involucrados en nada de eso y gozar, por ese motivo, de una admiración mayor, quizá nos taches ahora de engraidos si te decimos que no te es posible alcanzar la misma cima que ellos. El momento de las recompensas te convencerá finalmente de que es mejor la seguridad que la vana ambición, y que es mejor obedecer a Cristo que la vanidad de los

propios razonamientos²³². Cristo afirma que no es suficiente para alcanzar la virtud el renunciar a nuestras cosas si no nos odiamos a nosotros mismos²³³. Tú, por el contrario, dices poder superarlo aun inmerso en todo ello. Pero lo que te dije: comprobarás qué impedimento es para alcanzar la virtud una mujer y las preocupaciones que ésta ocasiona.

XLVI. Si la mujer es un impedimento para una vida perfecta, ¿por qué la Escritura la llama ayuda del marido?

1. Alguno preguntará: ¿cómo llamó *ayuda* a la que es impedimento? *Hagamos al hombre* –dice [la Escritura]– *una ayuda semejante a él*²³⁴. Te pregunto yo también: ¿cómo fue ayuda la que privó al varón de aquella seguridad, después de arrojarlo del estado incomparable del Paraíso y lanzarlo a la agitación de la vida presente? Ésta, sin duda, no es la actitud del que presta ayuda sino del que pone obstáculos. *De la mujer* –dice– *tuvo origen el pecado y por ella morimos todos*²³⁵. El bienaventurado Pablo hace también la siguiente afirmación: *Adán no fue engañado, sino la mujer, que, seducida, incurrió en la transgresión*²³⁶.

2. ¿Qué ayuda es la que somete al hombre a la muerte? ¿Cómo puede ser ayuda la que por su culpa los hijos de Dios, o, por mejor decir, todos los que entonces habitaban la tierra junto con las bestias, las aves y todos los demás animales perecieron en el diluvio? ¿No fue ella la que estuvo a punto de causar la ruina del justo Job²³⁷ si él no se hubiera comportado como un auténtico hombre? ¿No fue ella la que perdió a Sansón²³⁸?

¿Acaso no fue ella también la causante de que todo el pueblo hebreo se consagrara a Belfegor y fuese sacrificado a manos de sus parientes²³⁹? ¿Quién entregó a Acab al diablo, y antes de él a Salomón, dotado de sabiduría y celebridad²⁴⁰? ¿No han persuadido hasta ahora a sus maridos para que ofendieran a Dios? Por este motivo, ¿no dice aquel varón sabio: *Pequeña es toda malicia comparada con la maldad de la mujer*²⁴¹?

3. ¿Por qué Dios le dijo: *Hagámosle una ayuda semejante a él*²⁴²? Dios no miente, ¡lejos de mí que yo afirmara tal cosa! Sucedió, no obstante, que la que fue creada con este fin y por ese motivo no quiso conservar esa su dignidad, como tampoco el hombre la suya. Dios lo hizo a su imagen y semejanza: *Hagamos al hombre* –dijo– *a imagen y semejanza nuestra*²⁴³, y también dijo: *Hagámosle una ayuda*, pero, una vez creado, perdió todo. No conservó aquello de *a su imagen y semejanza*. ¿Cómo? Se abandonó a un deseo insensato, se dejó engañar y no dominó el placer, y el *a su imagen* le fue arrebatado contra su voluntad.

4. Dios le priva de una parte no pequeña de su poder, y al que había hecho señor temible ante todos, como siervo ingrato después de ofender a su Señor, lo hace despreciable ante sus compañeros de servidumbre. Al principio era temido por todos los animales²⁴⁴. Dios sometió todo a él y nadie se atrevió a hacerle daño alguno ni agredirlo, ya que veían resplandecer en él

la imagen divina. Pero cuando esas características quedaron ensombrecidas por el pecado, Dios le arrebató ese poder.

5. No domeñar sobre los que habitan la tierra, sino que sólo algunos tiemblen y teman, no falsea las palabras del Señor que dicen: *Y dominen a los animales de la tierra*²⁴⁵, ya que la merma de su poder no se produjo por el que da, sino por el que recibe. De igual forma las asechanzas de las mujeres a sus maridos no contradicen las palabras del Señor *Hagámosle una ayuda semejante a él*²⁴⁶. Para eso fue creada, aunque no permaneciera en esa dignidad. Puede decirse que es ayuda en la organización de la vida diaria, en la procreación de los hijos y en el deseo físico, pero si no es momento para la vida cotidiana, la procreación y la concupiscencia, ¿por qué mencionas en vano esa ayuda? La que sólo puede colaborar en las cosas pequeñas, cuando se solicita su ayuda en asuntos de importancia, no aporta nada y además carga al marido con preocupaciones.

XLVII. Cómo es la mujer una ayuda en lo espiritual

1. ¿Qué responderemos a Pablo cuando dice: *¿Qué sabes, mujer, si salvarás a tu marido?*²⁴⁷. ¿Y cuando afirma que su ayuda es necesaria también en lo espiritual? También yo lo afirmo, y no la excluyo de la cooperación espiritual. Digo, sin embargo, que lo consigue cuando no se entrega al matrimonio y cuando, aunque físicamente mujer, emula la virtud de hombres bienaventurados. Podrá ayudarlo no con arreglo, ni entregada a una vida de placer, ni con reclamos de dinero a su marido, ni si es pródiga y despilfarradora. Conseguirá ayudarlo cuando esté por encima de todos los asuntos cotidianos, grave en ella la vida de los apóstoles y muestre moderación, modestia, profundo

desprecio de las riquezas y resignación; cuando diga: *Si tenemos alimento y vestido estamos contentos*²⁴⁸; cuando refleje en obras esta sabiduría; cuando se mofe de la muerte y afirme ser nada la vida presente; cuando crea que toda la gloria de esta vida es –al decir del profeta– flor de heno²⁴⁹.

2. No podrá salvar a su marido por tener relaciones con él como mujer, sino por practicar abiertamente una vida evangélica, algo que muchas mujeres realizaron sin llegar al matrimonio. Priscila toma aparte a Apolo –dice– y lo condujo por el camino de la verdad²⁵⁰. Ahora se trata de esposas, por lo que no puede hacerse lo mismo; es posible, sin embargo, mostrar ese celo y recolectar el mismo fruto. Lo he dicho antes: la influencia espiritual de la mujer sobre su marido no depende de que sea su esposa. Nada impide, en efecto, al que tiene mujer fiel permanecer infiel, pues la vida conyugal y en común no produce ese resultado. No es así, sin embargo, no es así, sino que lo que salvará el alma del cónyuge será manifestar sabiduría y paciencia, reírse de las situaciones difíciles del matrimonio, y hacerlo constantemente. Pero si ella insiste en reclamar sus derechos de esposa no lo ayudará en nada y le ocasionará un daño. Respecto a que esas condiciones sean un asunto difícil, escucha lo que dice el Apóstol: *¿Qué sabes, mujer, si salvarás a tu marido?*²⁵¹. Interrogamos de esta forma cuando se trata de cosas que acontecen rara vez.

3. ¿Qué dice después? *¿Estás ligado a una mujer? No busques la separación. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer*²⁵². ¿Ves cómo constantemente pasa de una idea a su contraria y combina ambas exhortaciones? Habla del matrimonio, intercala palabras sobre la continencia y estimula a ella a su auditorio, y

en ese momento también introduce reflexiones sobre el matrimonio para darles un pequeño respiro. Comenzó por la virginidad, y antes de hablar de ella, alude al matrimonio. Aquellas palabras *Precepto no tengo*²⁵³, son palabras de quien autoriza el matrimonio y lo admite. Después, cuando habla de la virginidad y dice: «Creo que esto es bueno» –sabía que el uso reiterado de esta palabra molestaba a un auditorio susceptible– no la menciona, sino que sugiere un motivo más alto que minimice los esfuerzos de la virginidad –me estoy refiriendo a la *necesidad presente*²⁵⁴– pero ni siquiera entonces se atreve a hablar de la virginidad. ¿Qué dice? *Es bueno para el hombre estar así*²⁵⁵. No insiste en el tema; corta e interrumpe el discurso antes de que pareciera inoportuno y habla de nuevo del matrimonio. ¿*Estás ligado a una mujer? No busques la separación*²⁵⁶. Si no fuera porque quería relajar la situación, era innecesario hablar de matrimonio cuando aconsejaba la virginidad. Vuelve después a la virginidad, pero tampoco entonces la llama por su nombre. ¿Qué dice? ¿*Estás libre de mujer? No busques mujer*²⁵⁷.

4. No temas, no expone su opinión ni legisla. Las palabras sobre el matrimonio solicitan de nuevo, alejan el temor y dicen: *Si te casas, no pecas*²⁵⁸. Pero no te desanimes, te conduce otra vez a la virginidad, y éste es su propósito: enseñar que muchas tribulaciones aguardan a los que abrazan el matrimonio. Los médicos que tienen experiencia y atienden bien a sus pacientes, cuando han de recurrir a una terapia dolorosa o a una operación o a una cauterización o a algo parecido, no aplican todo al mismo tiempo, sino que en el proceso permiten que el paciente descanse y después suministran lo que resta. De la misma forma, el bienaventurado Pablo no aconseja la virginidad sólo una vez y en un solo punto, sino que intercala

palabras sobre el matrimonio, tamiza las dificultades de esta virtud y hace una exposición agradable y fácil de comprender. Este es el motivo por el que mezcla argumentos.

5. Conviene que examines estas palabras: *¿Estás ligado a una mujer? No busques la separación*²⁵⁹. No es un simple consejo, es la manifestación del carácter inviolable e indisoluble del matrimonio. ¿Por qué no dijo: «¿Tienes mujer? No la dejes, vive con ella, no la abandones», y llamó a la unión conyugal atadura? Porque pone de relieve la dificultad de esa condición. Todos corren al matrimonio como al estado donde manifestar amor; destaca, por eso, que los que han contraído matrimonio no se diferencian en nada de los que están encadenados. Sucede en el matrimonio que adondequiera se dirija uno ha de seguirlo el otro, y si uno se separa, el otro perecerá con él. Pero –pregunta– ¿y si mi marido vive prendido de las cosas de la tierra y yo deseo ser continente? Necesario será que lo sigas. Efectivamente, aunque no lo quieras a él, te obliga a hacerlo la cadena que por el matrimonio te sujeta, y te arrastra el que desde el primer día quedó atado a ti. Si te resistes y separas, no apartas de ti las cadenas, sino que te precipitas hacia un suplicio peor.

XLVIII. La mujer que es continente contra la voluntad del marido, si éste comete adulterio, ella tendrá un castigo mayor

1. La mujer que contra la voluntad de su marido es continente, se verá privada de las recompensas debidas a la continencia, además será responsable de la conducta adúltera de su marido y pagará penas más duras que él. ¿Por qué? Porque lo arroja al abismo de la lujuria al privarlo de la unión conyugal

tuviera de acuerdo, no le está permitido hacerlo. ¿Qué perdón tendría la mujer que priva constantemente a su esposo de este consuelo? ¿Qué podría ser más duro que esta angustia y agravio? Así también yo lo creo. ¿Por qué cargas con esta pena? Habría sido necesario hacer ese razonamiento antes del matrimonio, no después.

2. Por eso Pablo alude en segundo lugar a la necesidad que deriva del vínculo conyugal y habla después de la separación, cuando dice: *¿Estás ligado a una mujer? No busques la separación*²⁶⁰. Y añade: *¿Estás libre de mujer? No busques mujer*. Lo hace para que, después de examinar y analizar la fuerza de la unión conyugal, acojas más favorablemente las palabras acerca del celibato. *Si te casas –dice– no pecas, y si la virgen se casa, no peca*²⁶¹. He aquí dónde acaba todo el gran mérito del matrimonio: en no ser acusado, no en ser admirado. La admiración la recibe la virginidad; el que se ha casado se contenta con oír que no ha pecado. «¿Por qué exhortas entonces –se podría preguntar– a no buscar mujer?». Porque, una vez ligado, no es posible la separación y porque ese estado padece grandes tribulaciones. Dime, ¿el beneficio de la virginidad es sólo escapar de la tribulación? ¿Quién aceptará vivir la virginidad por una recompensa así? ¿Quién aguantaría lanzarse a ese combate si, pese a tantos esfuerzos, sólo alcanzase esa recompensa?

XLIX. Por qué, a partir de los placeres de esta vida, exhorta a la virginidad

1. «¿Qué dices? ¿Me invitas a luchar contra los demonios –no es nuestra lucha contra la sangre y la carne²⁶²–, me animas

a resistir la fuerza de la naturaleza, me exhortas a mí –hecho de carne y sangre– a realizar lo mismo que las potencias incorpóreas, me recuerdas los bienes de la tierra y afirmas que no sufriremos la tribulación propia de los matrimonios? ¿Por qué no dijo: *si la virgen se casa no peca*, pero se le priva de las coronas reservadas a la virginidad, dones que son excelsos e inefables? ¿Por qué no enumeró los bienes que aguardan a la inmortalidad: cómo con lámparas irán al encuentro del Esposo y, con gloria y seguridad, entrarán con el Rey en el tálamo; cómo brillarán cerca del trono y de las estancias reales?». No alude a nada de esto, y, menciona en cambio una y otra vez la liberación de las miserias de esta vida. «Creo –dice– que esto es bueno». Omite decir «por los bienes venideros», y dice *por la necesidad presente*²⁶³. Afirmar: *Si la virgen se casa, no peca*²⁶⁴, pero silencia los premios del cielo de los que queda privada, y, en cambio, dice: *Sufrirán tribulación en su carne*²⁶⁵.

2. No sólo actúa así hasta este punto; hace lo mismo hasta el final. No aconseja la virginidad por las recompensas futuras, sino que recurre constantemente al mismo motivo: *El tiempo que queda es breve*²⁶⁶. Y en lugar de decir: «Quiero que vosotros brilléis en el cielo y os mostréis mucho más resplandecientes que los que están casados», de nuevo hace hincapié y dice: *Deseo que vosotros estéis libres de preocupaciones*²⁶⁷. No obra sólo aquí de esta forma. Cuando habla de la paciencia en las pruebas, aconseja de la misma manera. Cuando dice: *Si tu enemigo tuviera hambre, dale de comer, si sed, dale de beber*²⁶⁸, prescribe una conducta difícil, exhorta a violentar las exigencias de la naturaleza y a luchar contra un fuego terrible. Y cuando habla de las recompensas, silencia el cielo y los bienes celestiales y fija la recompensa en el daño que sufre el que hizo

la ofensa: *Haciendo esto amontonas carbones encendidos sobre su cabeza*²⁶⁹.

3. ¿Por qué consuela así? No por desconocimiento ni porque no supiera cómo conducir y persuadir al auditorio; más que cualquier otra persona poseía esa facultad, me refiero a la habilidad en convencer. ¿De dónde se colige lo anterior? De sus propias palabras. ¿Cómo y de qué manera? Se dirigía a los corintios –hablaremos primero de la virginidad–, a los corintios digo, ante los que reconocía no saber nada *sino a Jesucristo, y éste crucificado*²⁷⁰; a quienes no podía hablar como a hombres espirituales y daba leche porque todavía eran carnales; a los que, aun cuando les escribía estas palabras, les reprendía como sigue: *Os di a beber leche, no alimento sólido, porque no lo podíais recibir, ni podéis todavía, porque aún sois carnales y procedéis con criterios humanos*²⁷¹.

4. Por esto, a partir de las cosas terrestres, visibles y perceptibles por los sentidos, exhorta a la virginidad y disuade del matrimonio. Sabía bien que a los hombres mezquinos y todavía sujetos a las cosas de la tierra podría atraerlos y persuadirlos mejor con bienes terrenos. Dime, ¿por qué hombres rudos y torpes en cosas pequeñas y grandes, juran por el nombre de Dios y perjuran sin temor, y, en cambio, no se atreverían a un simple juramento por la cabeza de sus hijos? El perjurio y el castigo es mucho mayor en el primer caso, y sin embargo evitan con más facilidad el segundo que el primero.

5. Y las palabras sobre el reino de los cielos, aunque constantemente se las recuerde, no los mueven a ayudar a los pobres, así como los movería esperar alguna ventaja en esta vida para sus hijos o para ellos mismos. Los hombres están más sensibles a prestar su ayuda cuando convalecen de una enfermedad, es-

capan de algún peligro o alcanzan un alto cargo o una magistratura. Es fácil, en definitiva, comprobar que muchos hombres reaccionan ante lo que perciben con claridad. En la prosperidad sienten estímulo y temor en la adversidad, porque lo notan próximo. Por eso habló así a los corintios y, a la vista de las cosas presentes, ejercitó en la paciencia a los romanos²⁷².

6. El alma débil, que ha sido objeto de una ofensa, no renuncia con facilidad ni de la misma forma al veneno de su ira cuando oye hablar del reino de los cielos y escucha esperanzas lejanas y cuando prevé la venganza del que lo ha ofendido. Deseoso de arrancar de raíz el recuerdo de las injurias y quitar el resentimiento, escoge lo más apropiado para consolar al ofendido. No es que lo prive de los honores prometidos para la otra vida; lo conduce del mejor modo posible al camino de la sabiduría y le abre las puertas de la reconciliación. En las buenas acciones lo arduo es comenzar: una vez que se ha empezado, la dificultad no es tan grande.

7. No obró así nuestro Señor Jesucristo cuando habló de la virginidad y de la paciencia en las pruebas. Les propone el reino de los cielos: *Hay eunucos que se hacen eunucos a sí mismos por el reino de los cielos*²⁷³. Invita a rezar por los enemigos²⁷⁴, no habla del daño de los culpables ni menciona los carbones encendidos²⁷⁵, sino que deja todo esto para los débiles y cobardes y exhorta a los discípulos con premios mayores. ¿Cuáles? *Para que seáis –dice– semejantes a vuestro Padre que está en los cielos*²⁷⁶. ¡Observa qué recompensa! Pedro fue el que escuchó estas palabras, también Santiago, Juan y los demás apóstoles, y así los atrae con premios espirituales. Pablo habría hecho lo mismo si sus palabras hubieran sido dirigidas a per-

sonas de condiciones parecidas, pero al hablar a los corintios –lejos de toda perfección– les propone como recompensa el fruto de su trabajo a fin de que emprendan con ánimo la práctica de la virtud.

8. Por el mismo motivo, Dios ofreció a los judíos bienes temporales y no les prometió el reino de los cielos. Por sus malas acciones los amenazó, no con la gehena, sino con las calamidades de esta vida: hambre, peste, enfermedades, guerras, cautiverios y otras muchas cosas semejantes. Ante esto, los hombres carnales se contienen, su temor es mayor y el aprecio por lo que no ven o no tienen cerca es menor. Por eso Pablo insiste en sacudir su abotargamiento. Además quería subrayar que, en esta vida, las virtudes conllevan gran esfuerzo y que el fruto se reserva para la vida futura. La virginidad, sin embargo, nos proporciona no pequeñas recompensas en el momento de vivirla, ya que nos libra de trabajos y preocupaciones. Expresa una tercera idea a continuación. ¿Cuál? No creerla una virtud imposible, sino practicable. Demostró que son mucho mayores, sin comparación alguna, las dificultades del matrimonio. Como si dijera: ¿te parece molesta y trabajosa la virginidad? Digo, no obstante, que es conveniente vivirla, porque es tan fácil que trae consigo cargas menos pesadas que el matrimonio. Ciertamente tengo compasión de vosotros –dice– y no quiero que estéis atribulados; por eso deseo que no os caséis.

9. Quizás alguno preguntara: ¿De qué tribulación hablas? Comprobamos que el matrimonio lleva consigo alivio y placer. No es pequeña cosa para alcanzar bienestar satisfacer con libertad el deseo y no soportar la violencia de la naturaleza. Y además, tener una vida sin tristezas y angustias y disfrutar de ella con buen humor, risas y alegría. Ofrecen [los casados] al cuerpo mesas suntuosas, vestidos livianos, blandos lechos, largos baños, perfumes, vino nada inferior al perfume y otros muchos y diferentes dispendios, y gozan de una vida llena de placer.

L. En el Antiguo, como en el Nuevo Testamento, la vida de placer es contraria a la ley

1. Por supuesto que tampoco está permitida en el matrimonio. Tenemos licencia para las relaciones conyugales, pero no para la vida de placer. Así lo atestigua el bienaventurado Pablo: *La que lleva una vida disipada, aunque viva, está muerta*²⁷⁷. Si esto lo dijo de las viudas, escucha lo que dice también de las casadas: *Que las mujeres se presenten con vestido decoroso, que se arreglen con pudor y modestia, no con cabellos rizados, oro, perlas o vestidos suntuosos, sino con buenas obras, como conviene a mujeres que hacen profesión de piedad*²⁷⁸. En este punto y en otras muchas partes, cualquiera vería que insiste en que no debemos interesarnos en exceso por estas cosas.

2. Si tenemos –dice– alimentos y vestidos, esto nos será suficiente. Los que desean enriquecerse, caen en pasiones insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición²⁷⁹. ¿Por qué menciono a Pablo, quien decía estas cosas cuando había llegado el momento de la sabiduría perfecta y era grande la gracia del Espíritu Santo? El profeta Amós habla a los judíos –todavía en edad pueril– en un tiempo en que la vida de placer, el lujo y todas y variadas superfluidades de la vida estaban permitidas. Escucha cómo increpa a los que están sujetos a la vida de placer: *¡Ay de los que caminan hacia el día del mal; de los que acuden y guardan los falsos sábados; de los que duermen en lechos de marfil y se entregan a la lujuria en sus estancias; de los que comen los cabritos del rebaño y los terneros lactantes sacados de sus establos; de los que dan palmas al son de los instrumentos musicales; de los que be-*

*ben vino purificado y se ungen con perfumes exquisitos! Estos juzgan estos bienes estables y no pasajeros*²⁸⁰.

LI. Aunque se permitiera una vida placentera, las molestias del matrimonio ensombrecen ese placer

Lo decía antes: no está permitido llevar una vida de placer, pero si nada de esto estuviera impedido, sino permitido, existen en el matrimonio muchas otras causas de tristeza y dolor, incluso mayores en número y gravedad, de suerte que no percibiríamos ni la más mínima sensación placentera y todo gozo quedaría excluido.

LII. Qué gran mal es el tener celos

1. Si alguno –dime– tendiera por naturaleza a los celos o por cualquier motivo carente de verdad se viera dominado por este mal, ¿habría algo que mereciera más lástima que ese alma? Si comparamos este hecho con una guerra o con una tempestad, ¿podríamos tener una imagen exacta de ésta? Por doquier hay dolor, sospecha, discordia y desorden. El hombre, dominado por esta locura, no está mejor que los endemoniados o los enfermos mentales. De ahí que constantemente gesticule, salte, se enoje con todos, descargue su ira con el que se le pone delante, aunque no tenga culpa, y da lo mismo que sea siervo, hijo o cualquier otra persona. Desaparece el placer, y todo está lleno de tristeza, aflicción y amargura. Ya se quede en casa, ya vaya a la plaza, ya emprenda un viaje, a cualquier lugar lo acompaña este mal más terrible que la muerte, que agujonea e irrita su alma y no le permite descansar.

Esta enfermedad engendra tristeza, pero también una ira incontrolable. Cualquiera de estas cosas sería suficiente por sí misma para acabar con su víctima, pero si todas atacan al mismo tiempo la presión es constante y no le dan ni un momento de respiro. ¿Qué muerte habría más terrible? Alguno podría hablar de pobreza extrema, de enfermedad incurable, de hierro, de fuego, y diría que nada hay que se compare, pero sólo lo saben bien los que lo han experimentado, y no hay palabras que expresen su extraordinaria gravedad. ¿Qué podría confortarlo cuando, contra su voluntad, carga constantemente con el hecho de sospechar de la persona a la que más quiere y por la que gustosamente daría la vida?

2. Se entregue al sueño, coma o beba, creará que la mesa, en lugar de manjares, está llena de fármacos dañinos. En el lecho no podrá descansar ni un momento, se agitará y turbará como si estuviera sobre carbones encendidos. Ni el trato con los amigos, ni la atención a sus negocios, ni el temor al peligro, ni el exceso de placer podrá apartarlo en nada de este vendaval. Esta tempestad arrastra violentamente su alma en la prosperidad y en la adversidad. Observó todo esto Salomón y dijo: «Los celos son crueles como la muerte»²⁸¹. Y añadió: *Los celos encienden la cólera del esposo, y no perdonará en el día de la venganza, no se contentará con ninguna compensación por su odio ni se aplacará con dones abundantes*²⁸².

3. Tal es la locura de esta enfermedad que, incluso después de haberse vengado del ofensor, el dolor no desaparece. Muchos, aunque se deshicieron del adúltero, no se libraron del resentimiento y de la angustia. Hay quienes mataron a sus mujeres, pero siguieron igual o avivaron más, si cabe, el fuego que los consumía. El hombre convive con todos estos males aunque no haya nada de verdad en ellos. La desgraciada y desafor-

tunada mujer, sin embargo, soporta angustias peores que las del marido. Debería ser él un consuelo para ella en todas sus penas, lugar donde ella encontrase protección, pero cuando ve que se ha convertido en una fiera salvaje y en su principal enemigo, ¿adónde podrá mirar? ¿En quién se refugiará? ¿Dónde encontrará remedio a estos males, si para ella el puerto está cerrado y obstruido por miles de escollos?

4. En estas circunstancias, los siervos y siervas tratan a la mujer más insolentemente que su marido. Son suspicaces y poco agradecidos, y si se les da confianza y observan que sus amos no están bien avenidos, aprovechan ese enfrentamiento como excusa para dar rienda suelta a su maledicencia. Así la situación, les es posible inventar e imaginar cuanto quieran con impunidad y corroborar las sospechas con calumnias. El alma que ha sido dominada una vez por esta perniciosa enfermedad, todo lo acepta con facilidad, presta a todos los mismos oídos, no es capaz de distinguir a los sicofantes de los que no lo son; por el contrario, creen que merecen más crédito los que acrecientan la sospecha que los que procuran hacerla desaparecer.

5. De resultas de todo lo cual, ella no puede dejar de temer y temblar ante estos siervos y sus mujeres, cede su puesto a ellos y toma el de éstos. ¿Cuándo podrá vivir sin lágrimas? ¿Qué noche, qué día, en qué fiesta? ¿Cuándo cesarán los suspiros, las lamentaciones y las quejas? Amenazas, injurias, insultos continuos de su marido –enfadado sin razón– y de los siervos infames, guardianes, vigilantes, todo invadido por el miedo y el temor. Se vigilan sus entradas y salidas, sus palabras, miradas y suspiros se examinan con todo cuidado, ha de permanecer más inmóvil que las piedras, aguantar todo en silencio, permanecer junto al tálamo, su situación es peor que la de un prisionero. Si quisiera hablar, lamentarse o salir de casa, habría de rendir cuentas de todo y dar explicaciones a esos jueces corrompidos –me refiero a las sirvientas y a los criados.

6. Si lo deseas, pon junto a estos males las riquezas inefables, las mesas suntuosas, la turbamulta de criados, el esplendor del linaje, la grandeza del poder, la gloria y reputación de los antepasados. No omitas nada de lo que parece hacer a esta vida envidiable. Luego de haberlo reunido todo y haberlo comparado con ese dolor, no verás ni sombra del placer que aquello promete, sino que todo desaparece, lo mismo que se apaga una pequeña chispa en el inmenso océano. Sucede así cuando el que siente celos es el marido, pero si la enfermedad afecta a la mujer –algo que sucede no pocas veces– la situación de él es más favorable que la de ella, y de nuevo sobre esta desgraciada recae la mayor parte del sufrimiento. Ella no puede utilizar las mismas armas contra el que es objeto de su sospecha, porque ¿quién, si su mujer se lo ordena, aceptará permanecer todo el tiempo en casa?

7. ¿Qué siervo se atreverá a espiar a su señor sin caer al instante en su propia perdición? La mujer no encontrará consuelo con este proceder ni podrá desfogar su ira con palabras. Una vez, quizá dos, el marido aguantará su enojo, mas si insiste en sus reproches, rápidamente le hará entender que es mejor soportar todo y consumirse en silencio. Sucede así si sólo hay sospechas, pero si el mal es cierto, nadie apartará a la mujer de las manos del marido ultrajado; es más, puesto que las leyes lo amparan, la llevará ante el tribunal y acabará con la que fue para él la persona más querida. El hombre escapa al castigo de las leyes, pero no al del cielo, es decir, al juicio de Dios.

Sin embargo, esto no es suficiente para consolar a esta desgraciada. Será necesario que soporte una muerte lenta y dolorosa, la que procede de encantamientos y fármacos que las adúlteras preparan. Ha habido mujeres que no necesitaron trama alguna contra quienes cometieron con ellas injusticia: se adelantaron arrebatadas de esta vida por su extrema tristeza. De esta suerte, si los varones se precipitan al matrimonio, las mujeres no deberían hacerlo. No podrían alegar que la tiranía

del deseo es en ellas tan grande; además –tal y como hemos señalado– son ellas las que cargan con la mayor parte de los sufrimientos del matrimonio.

8. «Y ¿qué?», preguntarás. «¿Esto es común a todos los matrimonios?» Ninguno se libra, y siempre están lejos de la virginidad. La mujer casada, si no cae en la desdicha, cae al menos en el temor de la desdicha. Es imposible que la que va a convivir con un hombre no intuya y tema todo los males que proceden de la vida en común. La virgen, en cambio, vive al margen de esas miserias y también de la perspectiva de vivirlas. No sucede así en todos los matrimonios. No es eso lo que digo, pero aunque no haya ese mal, hay otros muchos, y, si alguno escapara de algunos, no podrá evitarlos todos. De la misma forma que cuando se salta un seto espinoso se clavan pinchos en el vestido, y se arranca uno y se engancha en otro, así, el que huye de esto cae en aquello y el que evita una cosa cae en otra distinta. En resumen: no es posible encontrar un matrimonio libre de pesadumbres.

LIII. Un matrimonio rico no es envidiable, es más desapacible que uno pobre

Si te parece, expongamos y examinemos ahora aquello que parece producir en el matrimonio la mayor felicidad y lo que a menudo muchos –o, por mejor decir, todos– desean conseguir. ¿De qué se trata? De que un hombre pobre, sencillo y modesto tome como esposa a una mujer de familia acomodada, poderosa y adinerada. Encontraremos, sin duda, que esto, que es tan envidiable, lleva consigo calamidades no menores que lo que parece aborrecible. Las mujeres son generalmente orgullosas y más débiles por naturaleza que los hombres, motivo por el que son presa fácil de la pasión de la que hablamos. Y si tienen excusa para dar rienda suelta al orgullo, nada las frena, sino que, como llama que prende en el bosque, se levantan a

una altura indescriptible, cambian el orden de las cosas y mezclan lo de arriba con lo de abajo. La mujer no consiente que el marido ocupe el lugar de la cabeza²⁸³, lo aparta de su sitio con arrogancia y osadía, lo somete y ella se convierte en cabeza y jefe. ¿Qué habría peor que este desorden? Y no hablo de lo más insufrible de todo: de los reproches, afrentas y vejaciones.

LIV. La situación es desagradable aunque pudiera someter a la mujer rica

Si alguno dijera –lo he oído decir cuando ha surgido esta conversación– que, aunque sea rica y tenga fortuna, no costará doblegarla y reducir su presunción. Si alguno lo dijera, ignora primero que ésta es empresa difícil, y, después que, si fuera posible, lleva consigo no pequeño daño. Someter la mujer al varón por obligación, con temor y violencia, será para él más duro y desagradable que si ella tuviera sobre él toda la autoridad. ¿Por qué? Porque la violencia destruye el amor y el placer, y si no hay amor y deseo y en su lugar hay temor y violencia, ¿qué estima merece un matrimonio así?

LV. Casarse con un hombre rico es un mal difícil de soportar

Sucede así cuando la mujer tiene fortuna, pero si ella no tiene nada y el marido es rico, ella se convierte en sirvienta en lugar de esposa, en esclava en lugar de libre. Perdida la libertad que le corresponde, en nada se diferenciará de las que se compran en el mercado. Si él fuera libertino, se embriagara y llevara cortesanas al lecho de su esposa, ella tendría que aguantarlo y aceptarlo de buena gana o habría de abandonar el

hogar. Es algo terrible, pero con ese comportamiento del marido no podrá mandar con autoridad ni a criados ni a siervos, y como si viviera entre extraños, usará lo que no le pertenece, convivirá con un amo más que con un esposo y se verá obligada a hacer todo y soportar todo. Si un hombre decidiera casarse con una mujer de condición semejante a la suya, la igualdad quedaría contrarrestada por la ley de la obediencia, aunque la igual fortuna hiciera creer a la mujer que es igual a su esposo. ¿Qué puede hacerse cuando son tantas las dificultades que surgen por doquier? No me hables de esos matrimonios –pocos y de fácil contar– que se han librado de todo lo apuntado: hay que definir lo que sucede no por lo que es una excepción, sino por lo que es habitual.

LVI. La mujer casada tiene muchos motivos de sufrimiento

1. Que esto suceda en la virginidad es difícil, por mejor decir, imposible. En el matrimonio, sin embargo, lo difícil es que no suceda. Si en las uniones que parecen felices hay enfados y dificultades, ¿qué podría decirse de lo que ya por sí mismo es costoso? No teme sólo por una muerte –aunque ella vaya a morir una sola vez–, ni se preocupa por un alma –aunque ella sólo tenga una–, sino que tiembla por su marido, tiembla por sus hijos, tiembla por las mujeres y niños de éstos, y cuantos más sean sus descendientes, tanto más aumentan sus preocupaciones. En situaciones como pérdida de hacienda, enfermedad y un accidente inesperado, se aflige y lamenta no menos que los afectados mismos. Si desaparecieran todos antes que ella, sería una pena insoportable, pero si unos quedan y otros sufren una muerte prematura, tampoco así encontraría consuelo.

2. El temor por los vivos, que continuamente turba su alma, no es menor que el dolor que siente por los que han desaparecido; es más, aunque sorprendente, diría que es mucho ma-

yor. El tiempo mitiga la tristeza por los que han muerto, pero la preocupación por los vivos, o es preciso hacerle frente constantemente, o sólo cesa con la muerte. Si no controlamos nuestros propios sufrimientos, ¿qué vida será la nuestra, si hemos de cargar con los sufrimientos de otros? Con frecuencia, mujeres nacidas en una familia ilustre y educadas lujosamente fueron entregadas a hombres poderosos y, antes de gozar de la felicidad, les sobrevino un peligro y, como una tempestad o una borrasca, quedaron sumergidas y envueltas en la desdicha del naufragio. Las que antes del matrimonio gozaban de infinitos bienes, recién casadas cayeron en desgracia. «Esto –dirá alguien– no sucede a todas y siempre». Pero tampoco –diré una vez más lo mismo– se libraron todas: unas lo experimentaron; otras, aunque no lo vivieron, sin embargo, la aprensión las atormentó. La virgen, por el contrario, está por encima de esa experiencia y aprensión.

LVII. Acerca de las molestias que acompañan a todo matrimonio

1. Dejando aparte todo lo dicho hasta ahora, si te parece, examinemos a continuación lo que el matrimonio lleva consigo por su propia naturaleza y que nadie puede evitar voluntaria o involuntariamente. ¿De qué se trata? Dolores de gestación, partos e hijos. Retrocedamos y analicemos en lo posible lo que precede al matrimonio, ya que sólo los que lo han vivido lo conocen bien. Llega el momento de los esponsales y al punto surgen distintos y variados interrogantes: qué marido le tocará en suerte, quizá de bajo rango social, de reputación dudosa, petulante, mentiroso, charlatán, osado, celoso, quisquilloso, simple, malvado, brutal, poco viril... Las que van a casarse no siempre piensan en todo esto, si bien es necesario que lo tengan presente y se preocupen. Desconoce qué marido tendrá y por eso está esperanzada y expectante, su alma teme y tiembla y no deja de pensar en nada de lo anterior. Si alguno

dijera que es posible alegrarse con la posibilidad de que acontezca todo lo contrario, sepa bien que no nos consuela tanto la esperanza de los bienes cuanto nos duele el temor de los males. Los bienes, cuando su esperanza es cierta, sólo entonces producen gozo; los males, en cambio, aunque sólo se sospechen, turban y desasosiegan siempre al alma.

2. Sucede a los esclavos que la incertidumbre de quiénes serán sus dueños impide que sus almas tengan sosiego. Ocurre lo mismo a las muchachas jóvenes en el momento de los esponsales. Su alma se asemeja a un barco sacudido por la tempestad cuando, día a día, sus padres aprueban a unos pretendientes y a otros los rechazan. Al elegido ayer, en su lugar hoy otro es el preferido, y a éste a su vez otro lo sustituye. Ha sucedido incluso que, en los umbrales mismos del matrimonio, el novio elegido se ha quedado con las manos vacías y los padres han entregado la joven al pretendiente no esperado. A las mujeres y a los hombres los afligen estas preocupaciones; ellos, no obstante, pueden ocuparse en muchas cosas, mientras que ella —encerrada siempre en casa— ¿quién podría conocer su carácter y conducta? Todo esto por lo que hace al momento de los esponsales, pero cuando tiene lugar el matrimonio, la angustia y el temor son mayores que el gozo, no fuera que, ya esa misma tarde, ella pareciera poco agradable e inferior a lo esperado. Soportable es que la que primero ha sido bien considerada, luego haya sido despreciada, pero si desde la misma línea de partida —como alguno diría— ella resulta repulsiva, ¿cuándo podrá causar admiración?

3. No me digas: «¿Y si es hermosa?». Aun en ese caso no podrá evitar estas preocupaciones. Efectivamente, muchas de extraordinaria belleza no pudieron conquistar el cariño de sus maridos, abandonados y entregados a otras mujeres no tan bellas. Ahora bien, resuelta esta dificultad, surge otra: la irritación que causa el pago de la dote. El suegro que no la da de buen grado, como si de una entrega sin valor se tratara; el ma-

rido, deseoso de tomar posesión de todo, obligado a reclamar con vergüenza la dote; la mujer humillada y sonrojada ante el marido por la tardanza en el pago y, sobre todo, por tener un padre deudor desconsiderado. Ahora, no obstante, no voy a abordar esta cuestión.

4. Resuelto este asunto, al punto sobreviene el temor de no tener hijos, y con éste, el miedo a que sean muchos, y sin estar segura ninguna de esas dos posibilidades, desde el principio andan inquietos por ambas preocupaciones. Si queda embarazada enseguida, la alegría acompaña al miedo, ya que nada hay en el matrimonio exento de temor. Miedo de que se produzca un aborto, que se malogre la criatura y que la madre corra peligro de muerte. Si el tiempo del parto se prolonga, la mujer no se atreve a abrir la boca, como si fuera ella la responsable del alumbramiento. Cuando llega el momento del parto, los dolores golpean y desgarran el vientre ya atormentado; dolores que, por sí solos, son capaces de ensombrear todos los placeres del matrimonio. Junto con éstas, otras preocupaciones la afligen. La desgraciada e infortunada mujer, aunque sobrecogida por esos dolores, los teme menos que la idea de que el hijo salga deforme y contrahecho, y no sano y perfecto, o si será mujer en lugar de varón. Esta angustia las atormenta no menos que los dolores de parto. En las cosas en las que ellas son responsables, y también en las que no lo son, temen a sus maridos, descuidan su propia seguridad en las situaciones de peligro y se preocupan de que no haya nada que no tenga la aprobación de su marido. Cuando el niño ha venido al mundo y ha lanzado su primer gemido, se presentan otros desvelos sobre su cuidado y crianza.

5. Aunque esté bien dotado y tenga buena disposición, los padres tienen nuevas preocupaciones: que no le suceda ninguna desgracia, que no sufra una muerte prematura, que no tenga ningún vicio. Los malos pueden convertirse en buenos, pero también los buenos pueden convertirse en malos y perversos. Si sucediera esta última desgracia, produciría un dolor más di-

fácil de soportar que si hubiera ocurrido desde el principio. Aunque sus buenas cualidades parezcan estables, el miedo a que cambie siempre está presente, tortura el alma de los padres y reduce su dicha. Pero no todos los casados tienen hijos. ¿Conoces, acaso, otro motivo de aflicción? Si tienen hijos, si no los tienen, si son buenos, si malos... Los padres padecen tantos sufrimientos y preocupaciones que ¿podríamos decir que es feliz la vida matrimonial?

6. Los que viven juntos, aunque pasen la vida en armonía, siempre temerán que la muerte trunque su bienestar. Tendrán miedo y esperarán que suceda algo terrible que –de hecho y por fuerza– sucederá. Nadie podría asegurarles que los dos vayan a morir el mismo día y, puesto que es imposible, el que quede tendrá que soportar una vida más dolorosa que la muerte, ya hayan vivido juntos mucho o poco tiempo. Uno, cuanto mejor haya sido su experiencia, tanto más profundo dolor sentirá, ya que una larga convivencia hace insoportable la separación. El otro, en cambio, antes de disfrutar y gustar del amor, todavía encendida la pasión, privado de ella, sufrirá más que el otro. Ambos padecerán iguales amarguras, aunque sea por distintos motivos.

7. ¿Qué podría decirse de las separaciones, de los largos viajes, de las angustias que a éstos se suman, de las enfermedades? ¿Qué tiene que ver todo esto con el matrimonio? Tiene relación, pues muchas mujeres, a causa del matrimonio, contrajeron enfermedades. Desoladas y enojadas, parte por la ira, parte por la tristeza, sufrieron fiebres altísimas. Si el marido está presente, no padecen y disfrutan de una estancia apacible, mas con su ausencia recaen en estos males. Deja aparte todo esto, no reprochemos nada al matrimonio, pero hay algo, no obstante, al margen de lo apuntado, de lo que no lo podremos excusar ¿De qué se trata? Que impida al sano encontrarse mejor que el enfermo, y que le aflija la misma angustia que al que yace postrado.

LVIII. Lo que produce dolor lo evita, pero el matrimonio no ofrece nada más

1. ¿Quieres que dejemos todo esto a un lado, que pensemos en lo que es imposible y convengamos que el matrimonio trae consigo todo tipo de bienes, muchos y buenos hijos, riqueza, prudencia, belleza, inteligencia y buen entendimiento con la mujer y larga vejez? Añade a lo anterior familia bien considerada, poder y que el miedo a que cambie la situación –aunque naturalmente es lo que sucede– no perturbe. Aparta la inquietud, la preocupación y congoja; que nada –ni una muerte prematura– separe al matrimonio, que todos mueran el mismo día o incluso algo mejor –el colmo de la felicidad–: que sus hijos queden herederos y que acompañen a sus progenitores después de una larga vejez. ¿Cuál será el final? ¿Qué fruto obtendrán de ese placer cuando partan de este mundo? Dejar muchos hijos, haber tenido una mujer hermosa, haber gozado de todo lo antes enumerado y haber llegado a edad avanzada. Pero ¿en qué podrá ayudarnos todo esto ante aquel tribunal en relación a los bienes eternos y verdaderos? En nada. Todo es sombra y sueño.

2. Cuando en los siglos venideros, que no tienen término, no podamos beneficiarnos de nada de esto ni siquiera obtener consuelo, tendremos que poner en el mismo plano a los que no poseyeron nada de lo anterior y al que sí lo tuvo. Quien, en miles de años, tuvo en una noche un sueño agradable, no diremos que es más feliz que el que nunca lo tuvo. No he dicho, sin embargo, lo que quería. La diferencia entre sueños y realidad no es la misma que la que existe entre estos bienes y aquellos. La diferencia es mucho mayor. Y en la misma línea, la relación entre esta vida y la venidera no es comparable a lo que significa una sola noche en el conjunto de miles de años. La suerte de la virgen que sale de este mundo con gran beneficio no es ésta. Examinemos, no obstante, el argumento anterior.

LIX. La virginidad no ocasiona ninguna dificultad

La virgen no tiene que recabar información acerca de su esposo y no teme ser víctima de engaño. Dios, en efecto, no es un hombre: es Señor y no compañero de esclavitud. Esta es la diferencia entre los esposos. Observa, además, bajo qué condiciones se unen. La dote de esta esposa no es esclavos, áreas de tierra, tantos y tantos talentos de oro, sino el cielo y los bienes del cielo. La casada teme la muerte por diversos motivos, pero sobre todo porque la separa de su esposo. La virgen, por el contrario, desea la muerte, la vida le resulta costosa, le apremia ver cara a cara al Esposo y gozar de aquella gloria.

LX. La virginidad no necesita nada de nosotros

1. Vivir la pobreza no puede perjudicar a la virgen de la misma forma que si se vive en el matrimonio, la hace, por el contrario, más grata al esposo si la acepta voluntariamente. No le perjudica ser de origen humilde, que el aspecto de su cuerpo no resplandezca ni ninguna otra cosa semejante. ¿Por qué lo digo? Aunque no fuera libre, este hecho no perjudicaría sus esponsales: le es suficiente mostrar un alma bella y alcanzar así la prioridad. No siente celos ni sufre envidia porque otra mujer esté casada con un hombre más brillante. No hay esposo semejante a él, nadie igual ni que se le parezca un poco. En el matrimonio, en cambio, aunque tuviera un marido rico y poderoso, podría encontrar otra mujer que tuviera un marido mejor que ella.

2. El exceso de felicidad disminuye no poco la alegría de los que son menos que de los que son más, pero el bienestar que produce el oro, los vestidos, la buena mesa y otras comodidades son suficientes para seducir y arrastrar al alma. ¿Cuántas mujeres gozan de todo esto? Muchos hombres viven la pobreza,

miserias y fatigas. Si hay mujeres que disponen de estos bienes, son pocas y podrían contarse con los dedos de una mano, y lo hacen contra la voluntad de Dios, ya que, tal y como mostramos páginas atrás²⁸⁴, a nadie le está permitido vivir desordenadamente entre placeres.

LXI. Llevar oro produce más temor que gozo

Supongamos de nuevo que la vida de placer esté permitida y que el profeta y Pablo²⁸⁵ no se hubieran manifestado en contra de las mujeres que ostentan un fasto excesivo. ¿Qué beneficio obtienen de tanto oro? Nada que no sea envidia, preocupación y miedo sin límite. Guardan las joyas en un cofre, es de noche, y la preocupación las turba, pero si salen a plena luz del día la inquietud es mayor. En efecto, en los baños y en las iglesias hay mujeres que roban estos objetos. Aparte de esas situaciones, las que llevan tanto oro, apretujadas y empujadas por la gente, no se dan cuenta cuando se les cae alguna joya. Muchas se han quedado sin collares valiosos engastados con piedras preciosas que les han arrancado o ellas han perdido. Que no haya este temor, que esta preocupación no inquiete.

LXII. Llevar oro deslucе la belleza y destaca la fealdad

1. «Alguno la vio –se dice– y quedó admirado». Pero no admira a la mujer adornada, sino el adorno. A ella se la critica como mujer engalanada, muy al contrario de lo que le corresponde. Si es hermosa, las joyas deslucen su belleza natural. En efecto, el ornato excesivo impide que la belleza se muestre tal cual es ya que oculta parte de ésta. Pero si la mujer es fea y de aspecto poco agraciado, los adornos hacen que parezca más

desagradable. La fealdad, cuando aparece sola, se muestra como es, pero si se ponen junto a ella el brillo de las piedras preciosas y la hermosura de otras joyas, resalta mucho más.

2. El brillo de las perlas hace parecer más sombría la tez, como si resplandeciesen en la oscuridad, y las flores de los vestidos destacan más la fealdad del rostro, hasta el punto de impedir que los que la miran juzguen su aspecto si no es por comparación con aquella belleza artificial y deslumbrante. La derrota así es inevitable. El oro de los vestidos, la variedad de brocados y todos los demás ornamentos se asemejan a un valeroso atleta, vigoroso y robusto, que derrota a un adversario sarnoso, torpe y famélico. El ornato, sin duda, eclipsa la belleza del rostro que adorna, atrae sobre sí las miradas de todos, ridiculiza a la mujer que lo lleva y es admirado en exceso.

LXIII. Cuál es el adorno de la virginidad y su belleza

1. El adorno de la virginidad no es éste. No perjudica a la mujer que con él se cubre, porque no es corporal, sino solo del alma. Si fuera poco agraciada, al punto transformaría su fealdad y participaría de su extraordinaria belleza, y si fuera graciosa y radiante, la virginidad haría que resplandeciera más todavía. No son piedras, oro, vestidos suntuosos, flores costosas de variados colores ni ningún otro bien caduco lo que adornan sus almas, sino ayunos, santas vigiliass, dulzura, moderación, pobreza, valentía, humildad y paciencia. En una palabra, el desprecio de todas las cosas de este mundo.

2. Su mirada es tan bella y graciosa, que atrae el amor no de los hombres, sino de las fuerzas incorpóreas y de su Señor. Es tan pura y perspicaz que puede contemplar las bellezas incorpóreas en lugar de las corporales; es tan suave y serena que, lejos de irritarse y enfadarse con los que constantemente ofenden y atormentan, los contempla con dulzura y amabilidad. Tal es la

modestia que envuelve a la virgen, que incluso los faltos de templanza se avergüenzan, ruborizan y deponen su demencia cuando la observan con atención. De la misma forma que es preciso que la criada que sirve a una mujer honesta se parezca a ella, aunque no lo quiera, así es necesario que el cuerpo de un alma que posee esta sabiduría acompase los movimientos a su ritmo. Los ojos, la lengua, el porte y el andar, todo está en sintonía con su estado interior. Se parece a un rico perfume que, aunque esté dentro del frasco, impregna el aire con su suave olor y deleita a los que viven en la casa y también a los de fuera.

3. La fragancia de un alma virgen penetra los sentidos, manifiesta la virtud interior, impone los áureos frenos de la moderación, mantiene los caballos de las pasiones en un ritmo perfecto, impide que la lengua exprese algo chocante o discordante, que el ojo vea lo vergonzoso y sospechoso y que el oído escuche algún canto inconveniente. Se preocupa también de los pies, de suerte que no ande muelle y disolutamente, sino que su caminar sea sencillo y sin afectación. Rechaza el lujo en el vestir, rectifica constantemente su semblante a fin de no dejar escapar la risa ni esbozar una sonrisa, sino mostrar un aspecto serio y austero, proclive siempre a las lágrimas antes que a la risa.

LXIV. Padecer por Cristo, aunque doloroso, produce gozo

Cuando oigas hablar de lágrimas, no imagines nada triste. A esas lágrimas acompaña una alegría que no proporciona la risa de este mundo. Si no lo crees, escucha lo que dice Lucas al respecto: *Después de ser azotados, los apóstoles se retiraban del Sanedrín contentos*²⁸⁶. Por sí mismos los azotes no produ-

cen gozo ni alegría, sino dolor y sufrimiento. Los azotes –que son lo que son– no producen placer: es la fe en Cristo la que transforma su naturaleza. Si los azotes por Cristo produjeron alegría, ¿por qué te sorprendes de que las lágrimas vertidas por Él tengan el mismo efecto? Por eso, a lo que llama camino estrecho y angosto, a eso mismo también lo denomina yugo suave y carga ligera²⁸⁷. Las cosas son así por naturaleza, pero si hay determinación de afrontar todo y hay esperanza santa en ello, todo se torna ligero. De ahí que cualquiera podría ver que los que han escogido el camino estrecho y angosto en lugar del espacioso y ancho, caminen con mucho más ánimo, no porque no sufran tribulaciones, sino porque se sobreponen a éstas y porque no sufren por ellas como de ordinario lo hacen el resto de los hombres. Esta vida tiene tribulaciones, pero si las comparamos con las del matrimonio, no merecen ese nombre.

LXV. Las pruebas de la virginidad no son comparables a los dolores de parto que acompañan al matrimonio

Dime, la virgen, a lo largo de toda su vida, ¿sufre algo parecido a lo que la casada padece, más o menos cada año, por los dolores de parto y sus lamentos? Tal es la virulencia de ese dolor que la Sagrada Escritura, cuando quiere representar la cautividad, el hambre, la peste y males insoportables, denomina a todo eso dolores de parto. Dios lo impuso como castigo y maldición a la mujer –no me refiero a dar a luz–, sino a hacerlo con esfuerzo y dolor. *Con dolor* –dice– *darás a luz a tus hijos*²⁸⁸. No afectan a la virgen ese dolor y maldición. El que abolió la maldición de la ley, abolió también sus consecuencias.

LXVI. Es más agradable caminar que montar sobre un carro tirado por mulas

1. Pasear por la plaza montada sobre un carro tirado por mulas es agradable, pero sólo es un fasto vacuo que no produce placer. De la misma forma que las tinieblas no son preferibles a la luz, ni estar encerrado a estar libre, ni necesitar muchas cosas mejor que no necesitar nada, tampoco estará mejor la mujer que no utiliza sus pies, y omito las molestias que necesariamente derivan de ese hecho. Cuando lo desean, no pueden salir de casa aunque hubiera un motivo que justificara su salida. Se ven obligadas a quedarse en casa y, como mendigos que tienen mutilados sus pies, no cuentan con nadie que las lleve. Si el marido utiliza los animales, surge la tristeza, la querella y largos silencios. Si la mujer—sin prever qué podría suceder— los utiliza también y no da explicaciones al marido, caerá sobre ella su ira y se afligirá por el disgusto. ¡Cuánto mejor sería que utilizara los pies! Por eso Dios los creó. Así no tendría que soportar estos males ni, aunque quisiera hacer ostentación de lujo, exponerse a dolores y sufrimientos. Más motivos la retienen en casa, ya que sucede lo mismo si los dos animales o sólo uno tienen dañadas las patas. Y cuando van a pastar al campo—algo que ocurre todos los años y durante varios días— de nuevo ha de permanecer en casa como prisionera, y aunque tuviera una necesidad urgente, no podría salir del hogar.

2. Si alguien dijera que de ese modo evita a gente inoportuna y no ha de ser vista y ruborizarse ante quien la conoce, me parece que éste desconoce lo que produce pudor en la naturaleza femenina y lo que no lo ocasiona. Aparecer en público u ocultarse no lo produce: lo quita la impudicia de no guardar el alma en el interior y lo da la modestia y el recato. Por este motivo, muchas de las que estaban libres de ese encierro y que paseaban por la plaza entre la gente, concitaron a sus detractores y tuvieron admiradores de su modestia, porque,

con su actitud, caminar y sencillez en el vestido, irradiaban la luz brillante de su belleza interior. Sin embargo, no pocas que permanecieron en sus casas se granjearon una detestable reputación. Es posible, en efecto, que la mujer que permanece encerrada, más fácil que la que aparece en público, se muestre a los que la miran con petulancia e impudor.

LXVII. Tener muchas criadas ocasiona molestias

Quizá sea agradable tener muchas criadas; no hay nada peor, no obstante, que este gozo, ya que surgen tantas preocupaciones como criadas se tienen. Es inevitable inquietarse y acongojarse por si alguna enferma y muere. Esto, sin embargo, es soportable, ya que hay cosas más difíciles de sobrellevar. Es el caso de corregir a diario su pereza, reprender su malicia, cortar sus disputas y rectificar sus vicios. Lo más terrible que puede suceder entre las sirvientas es que alguna de ellas tenga buen aspecto. No es algo infrecuente, ya que los ricos se esfuerzan por tener muchas criadas y además hermosas. Si una destaca en el grupo, sea porque seduzca al amo, sea porque este simplemente la admire, el dolor de la señora es el mismo, ya que se ve relegada, aunque no en el deseo, sí en la belleza y admiración de su cuerpo. Si lo que parece ser agradable y envidiable trae consigo estas tribulaciones, ¿qué podría decirse de lo que parece doloroso?

LXVIII. Acerca de la tranquilidad del alma que acompaña a la virginidad

1. La virgen no tiene que experimentar nada de esto: su pequeña casa está apartada del barullo, el alboroto está lejos de ella. Como en un tranquilo puerto, el silencio lo llena todo, y más que el silencio, la serenidad de su alma, ya que no se ocupa

de ninguna actividad humana, sino que habla constantemente con Dios y en Él tiene fija su mirada. ¿Podría calcularse la magnitud de este gozo? ¿Qué palabras podrían expresar la alegría de esta alma? No hay palabras. Los que tienen puestas en Dios sus delicias conocen –sólo ellos– la grandeza de este gozo y cómo supera con mucho toda comparación.

2. La plata expuesta por doquier atrae las miradas. ¡Cuánto mejor es, no obstante, contemplar el cielo y disfrutar de ese placer, que es mucho mayor! Cuanto supera el oro al estaño y al plomo, tanto más espléndido y luminoso es el cielo que el oro, la plata y cualquier otro metal. Y esta contemplación no produce preocupación; en cambio a aquella la acompañan muchas inquietudes que frenan el deseo. ¿No quieres ver el cielo? Puedes mirar entonces la plata expuesta en el ágora. *Para vuestra vergüenza lo digo*²⁸⁹ –tal y como afirma el bienaventurado Pablo–, ya que os inquieta tanto el amor por las riquezas. No sé qué decir. Estoy confundido porque no puedo comprender cómo los hombres, cuando les es posible deleitarse con tranquilidad y reposo, no consideran esto un placer, sino que encuentran un gozo mayor en las preocupaciones, inquietudes y angustias.

3. ¿Por qué no le satisface de igual forma el dinero que está en la plaza que el que tiene en su casa? Aquel sin duda es más brillante y no inquieta el alma. «Porque ese –responde– no es mío, y este sí es mío». La avaricia es lo que te complace, no el dinero, porque si así fuera te gozarías igual con ese que con el tuyo. Si respondes que, por la utilidad, mucho mejor es el vidrio, también lo corrobora que los ricos hagan fabricar muchas copas con este material. Y si por ostentación ordenan hacerlas de plata, ponen sin embargo vidrio por dentro y la revisten de plata por fuera. Demuestran así que ese material es más agradable y cómodo para beber y que aquel sólo lo es

para la jactancia y ostentación ¿Qué significa «es mío y no es mío»? Cuando examino con exactitud estas palabras, sólo veo meras palabras.

4. Muchos no pudieron en vida conservar el dinero, que desaparecía de sus manos, y los que lo consiguieron, en el momento de la muerte –quisieran o no–, lo perdieron. Puede verse que, en lo que a la plata y al oro se refiere, y también por lo que hace a los baños, jardines y casas, la expresión «esto es mío, esto no es mío» son sólo palabras. Su uso es común a todos, pero los dueños se preocupan más que los que no lo son. Éstos disfrutan de todo; los dueños, en cambio, se afanan en extremo y disfrutan lo mismo que los que lo tienen sin preocupación.

LXIX. Las mesas suntuosas están llenas de disgustos

1. Si alguno se sorprendiera por tanto refinamiento, por la gran cantidad de carne sacrificada, el gasto excesivo en vinos, la exquisitez de los condimentos, la maestría de jefes culinarios, reposteros y cocineros, y tantos gorriones e invitados, sepa bien que la situación de los ricos no es mejor que la de sus cocineros. En efecto, así como éstos temen a sus amos, también los amos temen que sus invitados critiquen algo de lo que, con tanto trabajo y gasto, han preparado para ellos. En este aspecto se parecen a sus sirvientes, pero en lo demás los superan con mucho. Temen a los que critican, pero también a los envidiosos. Con frecuencia estos banquetes han originado celotipias que no han cesado hasta ponerlos en graves peligros. «Pero comer mucho es muy agradable siempre». ¡En absoluto!

2. Y cuando los frutos terribles e insensatos de esta vida de placer son la embriaguez, el vientre hinchado, dificultad en la respiración, vértigos, vahídos y pérdida de la vista, ¿qué satisfacción tendremos? ¡Y ojalá las consecuencias de esa falta de

moderación e intemperancia sólo se redujeran a las molestias de un día! Pero lo cierto es que las principales enfermedades incurables tienen su origen en estos banquetes: gota, tisis, epilepsia, parálisis y convulsiones que atacan el cuerpo hasta su último respiro. ¿Alguien podría decir algo que compensara tantos males? ¿De qué no se privaría para evitar todo esto?

LXX. Una vida sin placer tiene más ventajas y es más agradable que una vida placentera

1. Pero no así la frugalidad, que, lejos de ocasionar tales problemas, es origen de salud y bienestar, algo que tú encontrarías preferible a la vida de placer. En primer lugar, porque gozará de buena salud y no le aquejarán aquellos males que son capaces, cada uno por sí solo, de apagar y arrancar de raíz todo gozo. Y en segundo lugar, por los alimentos mismos. ¿Cómo? Porque el apetito causa deleite, y el apetito no lo origina la saciedad y la hartura, sino la necesidad y la privación. Esta está presente siempre no en los banquetes de los ricos, sino en la mesa de los pobres, y endulza los alimentos más que la miel de todos los jefes de cocina y reposteros. Los ricos comen cuando no tienen hambre, beben sin tener sed y duermen antes de sentir el peso del sueño. Los pobres hacen todo lo anterior por necesidad, y eso, sin duda, aumenta el gozo.

2. ¿Por qué –dime– Salomón afirma que es dulce el sueño del siervo con las palabras: *Dulce es el sueño del siervo, coma mucho o coma poco*²⁹⁰? ¿Será porque su lecho es blando? Pero si la mayoría duerme en el suelo o sobre paja. ¿Por su tranquilidad, acaso? Pero si no tienen un momento libre. ¿Porque viven con comodidad? Pero si su vida se consume en trabajos

y miserias. ¿Entonces, ¿qué es lo que hace el sueño dulce? La fatiga y entregarse a él vencidos por la necesidad. En cambio, a no ser que estén ebrios, la noche sorprende a los ricos, que la pasan desvelados, que dan una y otra vuelta y andan inquietos acostados sobre sus mullidos lechos.

LXXI. La vida de placer daña también al alma

Se podría mostrar de otra forma lo desagradable, el daño y la indecencia de una vida de placer, enumerar las enfermedades que afectan al alma, mucho más numerosas y terribles que las del cuerpo. Hace que sean muelles, poco viriles, insolentes, fanfarrones, libertinos, iracundos, intemperantes, coléricos, crueles, groseros, ambiciosos, serviles e inútiles para lo que hace falta y es necesario. La frugalidad, en cambio, da ocasión a todo lo contrario. No obstante, nuestro discurso quiere abordar otro asunto. Hagamos sólo una observación y retomemos las palabras de los apóstoles. Si lo que en apariencia es envidiable está lleno de tantos males y acarrea tal tormenta de infortunios al alma y al cuerpo, ¿qué decir de las miserias verdaderas? Por ejemplo, los miedos de los magistrados, las revueltas populares, las maquinaciones de sicofantes y envidiosos que amenazan sobre todo a los ricos, y las que las mujeres sufren en mayor medida, ya que no soportan con coraje estas vicisitudes.

LXXII. Junto con otros males, la vida de placer origina cambios difíciles de soportar

¿Por qué hablo a las mujeres? Porque los hombres se ven apresados miserablemente por estas cosas. El que para vivir se contenta con lo que tiene, no teme ningún cambio de fortuna, pero el que gasta sus días en una vida libertina y disoluta, si

ocurre una desgracia y se ve abocado a la pobreza por no estar preparado ni tener experiencia, habrá de morir antes que soportar ese cambio. Por eso decía el bienaventurado Pablo: *Tendrán tribulación en su carne que yo os evitaría*. Y a continuación añade: *El tiempo es breve*²⁹¹.

LXXIII. El momento presente no es apropiado para el matrimonio

1. Quizá alguno pregunte qué tiene que ver esto con el matrimonio. Tiene mucha relación. Si con esta vida se acaban los matrimonios, ya que en la venidera no se casarán ni serán dadas en matrimonio²⁹², si el tiempo presente llega a su fin y el día de la resurrección está a las puertas, no es éste momento de matrimonios ni de riquezas, sino de pobreza y de aquella sabiduría que nos sea útil en la otra vida. La virgen joven, mientras vive en casa con su madre, se ocupa de lo que es propio de niños: tiene en su alcoba un cofre, guarda ella la llave, deposita allí todas sus pertenencias y pone tanto cuidado en velar por esas pequeñeces y cosas sin importancia como los que administran grandes haciendas. Pero cuando hay que desposarla y el momento del matrimonio la obliga a abandonar la casa paterna —despreocupada ya de aquellas cosas sencillas y sin valor—, ha de ocuparse del gobierno de la casa, de la hacienda, de los sirvientes, del cuidado del marido y de otros muchos más asuntos. Así tenemos que obrar nosotros cuando llegamos a la madurez y a la vida propia de hombres: hemos de abandonar en la tierra todo lo que sean juguetes infantiles y pensar en el cielo, en el esplendor y la gloria de la estancia en aquel lugar.

2. También nosotros estamos unidos a un Esposo que nos exige que lo queramos tanto que renunciemos por Él a las cosas de la tierra y a aquellas cosas insignificantes y sin valor, y también a nuestra propia vida si fuera necesario. Puesto que hemos de partir hacia allí, liberémonos de esa preocupación vana. Si nos trasladáramos de una casa pobre a un palacio, no nos preocuparíamos de la loza, madera, muebles y resto de pobres objetos de la casa. Por eso, no nos inquietemos ahora por las cosas de la tierra: el momento presente nos llama al cielo, como el bienaventurado Pablo decía al escribir a los romanos: *Ahora la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada y el día se aproxima*²⁹³. Y de nuevo: *El tiempo es breve; que los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran*²⁹⁴.

3. ¿Para qué necesitan el matrimonio los que no van a disfrutarlo, pues van a estar en la misma situación que los que no tienen mujer? ¿Para qué las riquezas, para qué las posesiones, para qué los bienes de esta vida si su uso está fuera de lugar y es inoportuno? Si los que han de comparecer ante un tribunal de los nuestros y hayan de rendir cuentas de sus faltas, cuando se acerca el día señalado, se olvidan de la mujer, de la comida, de la bebida y de cualquier otra ocupación y sólo se preocupan de su defensa, más necesario será que nosotros –que para rendir cuentas de nuestras palabras, actos y pensamientos no hemos de comparecer ante un tribunal terrestre, sino ante el trono celestial– prescindamos de las alegrías y las tristezas que originan las cosas de este mundo y temamos sólo aquel tremendo día. *Si alguno viene a mí* –dice el Señor– *y no deja a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, incluso su propia vida, no puede ser discípulo mío. El que no carga con su cruz y me sigue no puede ser mi discípulo*²⁹⁵.

4. ¿Y tú estás allí sentado mientras te entregas a la pasión de una mujer, a la risa, a la vida disoluta y al placer? *El Señor está cerca*²⁹⁶. ¿Y te preocupas y afanas por las riquezas? *El reino de los cielos está al llegar*²⁹⁷. ¿Y tú te preocupas por la casa, el lujo y otros placeres? *Pasa la figura de este mundo*²⁹⁸. ¿Por qué te atormentas con las cosas de este mundo, que no permanecen, que son perecederas, y te despreocupas de las que sí permanecen y son estables? Ya no habrá matrimonios, dolores de parto, placer, cohabitación, abundancia de riquezas, administración de fortunas, lujo, vestidos, cultivo del campo, navegación, ni artes ni construcciones, ni ciudades ni casas, sino otro estado y vida distintos. Todo esto, poco tiempo después, desaparecerá. Este es el sentido de la expresión: *Pasa la figura de este mundo*²⁹⁹. ¿Por qué, como si fuéramos a permanecer aquí durante siglos, manifestamos un celo tan grande y nos preocupamos por unos asuntos de los que nos veremos apartados antes de caer la tarde? ¿Por qué elegimos una vida de fatiga, cuando Cristo nos llama a una vida de sosiego? *Quiero – dice – que estéis libres de preocupaciones. El célibe se preocupa de las cosas del Señor*³⁰⁰.

LXXIV. Si desea que no tengamos preocupaciones, por qué nos invita a que nos preocupemos

1. «¿Cómo quieres que estemos sin preocupaciones si añades otra solicitud?». Porque ésta no produce desasosiego. Sufrir por Cristo no es sufrir; no porque la naturaleza de las cosas cambie, sino porque la elección de soportar todo con alegría está por encima de lo que las cosas son por su propia natura-

leza. El que se inquieta por lo que va a disfrutar por no mucho tiempo, e incluso ni siquiera por poco tiempo, diría con razón que sufre inquietud, pero el que de sus preocupaciones obtuviera grandes frutos, en toda lógica y justamente se contaría entre los libres de preocupaciones. De cualquier forma, es tan grande la diferencia entre estas dos formas de preocupación, que la segunda, comparada con la primera, no merece ese nombre, ya que es más ligera que aquella y más soportable. Todo esto lo hemos demostrado anteriormente: *El célibe se preocupa de las cosas del Señor; el casado se ocupa de las cosas del mundo*³⁰¹, pero el mundo pasa y Dios permanece.

2. ¿No sería esto suficiente para demostrar el alto valor de la virginidad? Cuanto supera Dios al mundo, tanto mayor es esta preocupación que aquella. ¿Por qué permite el matrimonio, que nos agobia con ocupaciones y nos aparta de las cosas espirituales? Por eso –como dije– afirma que los que tienen mujer estén como si no la tuvieran, a fin de que los que ya están encadenados, o los que vayan a estarlo, encuentren el modo de hacer más llevadera esa cadena. No es posible romperla una vez atado por ella; por eso, hazla más soportable. Basta con quererlo, y podríamos cortar con lo superfluo y no añadir por nuestra flojedad mayores preocupaciones a las ya producidas por el matrimonio.

LXXV. Si se tiene mujer, cómo es posible no tenerla

1. Si alguien quisiera saber con claridad qué es no tener mujer aunque se tenga, piense en cómo viven los que no las tienen, los crucificados³⁰². ¿Cómo viven? No se ven obligados a comprar criados, ni necesitan oro y collares, ni magníficas y

grandes casas, ni tantas y tantas superficies de tierra. Se preocupan de todo esto y se ocupan únicamente del vestido y el alimento. El que tiene mujer, no obstante, también puede llevar este tipo de vida. Lo dijo anteriormente: *No os privéis el uno al otro*³⁰³, y se refería a las relaciones sexuales. En este aspecto el Apóstol prescribe a los cónyuges una obediencia mutua y no consiente que ninguno sea dueño de sí mismo. Por lo que hace a la conducta relativa al vestido, al tipo de vida y a todo lo demás, uno no ha de rendir cuentas al otro, si bien los maridos, aunque la mujer no lo quiera, pueden suprimir el lujo y el sinfín de desvelos que lo acompañan. La mujer, si es contra su voluntad, no ha de arreglarse en exceso, vanagloriarse y preocuparse de lo superfluo. El deseo es natural, merece comprensión y, por eso, uno de los cónyuges no ha de privar al otro contra su voluntad. La avidez de lujo, comodidades innecesarias y de cuidados inútiles no tienen su origen en la naturaleza, sino que nacen de la indolencia y la presunción. Por eso no permite que los casados dependan el uno del otro en esto como en aquello.

2. He aquí lo que significa «no tener mujer, aunque se tenga»: no admitir preocupaciones superfluas que proceden del capricho y molicie de las mujeres, sino cargar únicamente con el cuidado que corresponde a quien tiene junto a sí a un alma, y un alma que ha elegido una vida sobria y sencilla. Que quiere significar lo anterior, lo pone de manifiesto al comienzo de sus palabras: «Los que lloran como si no llorasen, los que se regocijan por su fortuna como si no se regocijaran»³⁰⁴. Los que no se regocijan no se preocuparán de haciendas, y los que no lloran no temerán la pobreza ni rehuirán la sobriedad. Esto significa tener mujer y no tenerla, usar el mundo y no abusar.

3. *El casado se ocupa de las cosas del mundo*³⁰⁵. Cuando hay inquietud en un estado y en el otro, aunque en el matrimonio vana e inútilmente, incluso con más dolor –*Sufrirán tribulación en la carne*³⁰⁶– y la virginidad ofrece bienes inefables, ¿por qué no preferimos este cuidado, que nos ofrece tantas y tan grandes recompensas y es, también por naturaleza, más llevadero que el otro? ¿Por qué cosas se preocupa la mujer que no está casada? ¿Por el dinero, sirvientes, administradores, campos y cosas semejantes? ¿Tiene que estar al frente de cocineros, tejedores y del resto de la servidumbre? De ningún modo. Nada de esto le preocupa; sólo se ocupa de una cosa, de edificar su alma, decorar ese santo templo, no con trenzas, oro o perlas, ni con perfumes ni maquillajes ni otras incomodidades y miserias³⁰⁷, sino con la santidad del cuerpo y del alma.

4. *La que está casada –dice– se preocupa de cómo agradar a su marido*³⁰⁸. No descendió a pormenores ni se refirió a todo lo que las mujeres sufren por agradar a sus maridos en el cuerpo y en el alma: en el cuerpo, que torturan, espolvorean³⁰⁹ y atormentan con otros suplicios; en el alma, que llenan de esclavitud, adulación, hipocresía, mezquindad y preocupaciones superfluas e inútiles. Lo sugiere con una sola palabra, deja a la conciencia de los oyentes su consideración, pone de manifiesto así la excelencia de la virginidad, la exalta hasta el cielo mismo y, de nuevo, habla de la permisión del matrimonio ante el te-

mor de que alguno creyera que la virginidad es un precepto. Por eso, no contento con las exhortaciones anteriores, después de decir: *No tengo precepto del Señor*³¹⁰ y *Si la virgen se casa, no peca*³¹¹, aquí dice también: *No para tenderos un lazo*³¹².

LXXVI. La virginidad no es un lazo, lo es nuestra falta de celo espiritual

1. Quizás alguno no entienda esto último: cómo, después de llamar a la virginidad liberación del vínculo, de decir que la aconseja para nuestra utilidad, a fin de que no estemos atribulados e inquietos, y que quería ahorrarnos esfuerzos, por lo que afirma que es fácil y llevadera, aquí dice: *No para tenderos un lazo*. ¿Qué significa? Por supuesto que no llama lazo a la virginidad, sino a elegir este bien con violencia y por la fuerza³¹³. Así es, en efecto. Todo lo que se acepte violentado y sin quererlo, aunque sea liviano, resulta insoportable y ahoga nuestra alma más cruelmente que una cuerda de ahorcado. Por esto dijo: *No para tenderos un lazo*. Es decir, os he referido y explicado todas las ventajas de la virginidad, tras lo cual, la elección es vuestra; y a los que no lo deseen, no los arrastro a la virtud. No quiero que mis consejos os inquieten, sino que la constancia que os conviene no se vea perturbada por el contacto con las cosas de este mundo.

2. Observa en este punto la sagacidad de Pablo, cómo al ruego añade la exhortación y a la permisión el consejo. Al decir: «No fuerzo, sino que aconsejo», y añadir: *Por lo más perfecto y que facilita la familiaridad con el Señor*³¹⁴, pone de re-

lieve lo admirable de la virginidad y el beneficio que recibimos de ella para nuestra vida según Dios. No es posible que la que está llena de preocupaciones temporales –distráida con todo– sea constante, dividida su atención y su tiempo en muchas cosas. Me estoy refiriendo al marido, al cuidado de la casa y a otras muchas cosas que, de ordinario, lleva consigo el matrimonio.

LXXVII. La que se inquieta por las cosas del mundo no podría ser virgen

¿Qué dice cuando la virgen se ocupa en muchas cosas, se preocupa de lo temporal y –¡ojalá no!– la excluye del coro de las vírgenes? No es suficiente no estar casada para ser virgen; se requiere también pureza de espíritu. Entiendo por pureza no sólo estar apartada de malos y vergonzosos deseos, de ornamentos y cosas superfluas, sino también estar limpia de cuidados terrenos. Si no fuera así, ¿para qué le sirve la pureza del cuerpo? De la misma forma que no hay nada más vergonzoso que un soldado que tira las armas y pasa el tiempo en las tabernas, así nada hay más indecoroso que vírgenes que estén ligadas a ocupaciones temporales. En efecto, aquellas cinco vírgenes tenían lámparas y habían vivido la virginidad, pero de nada les sirvió porque, cerradas las puertas, quedaron fuera y fueron rechazadas³¹⁵. Por eso es bella la virginidad, porque evita toda ocasión de preocupaciones vanas y dedica todo su tiempo a las obras de Dios. Si así no fuera, se hace inferior a las entregadas en matrimonio, carga su alma de espinas y ahoga la semilla pura y celestial.

LXXVIII. Por qué se dirige con dureza al que cree faltar a lo que conviene con relación a su hija

1. Si alguno –dice [Pablo]– cree faltar a lo que conviene con relación a su hija, por pasar la edad núbil, y por eso estima casarla, ponga por obra su deseo, cásele³¹⁶. «¿Qué dices, que haga lo que quiera? ¿No corriges esa opinión equivocada y le permites casarla? ¿Por qué no dijiste que si alguno cree faltar a lo que conviene a su hija, es un desgraciado y un miserable por juzgar vergonzoso algo que es admirable? ¿Por qué no le aconsejaste que rechazara ese prejuicio y desaconsejase a su hija el matrimonio?». «Porque esas almas –viene a responder [Pablo]– eran débiles y estaban apegadas a la tierra, y, así dispuestas, no era posible elevarlas de repente a las altas cimas de la virginidad. Un hombre apasionado por las cosas del mundo y que admira la vida presente hasta el punto de que, tras esa exhortación, crea vergonzoso lo que es digno del cielo y está cerca de la vida de los ángeles, ¿cómo admitiría un consejo que lo condujera hasta allí?». ¿Por qué sorprende que Pablo, que hace lo mismo en lo prohibido y es contrario a la ley, actúe así en algo que está permitido?

2. Por ejemplo, hacer distinción de alimentos, aceptar unos, rechazar otros, era una debilidad judía³¹⁷. Había, sin embargo, romanos que también participaban de esa misma debilidad, y no los reprendió con severidad, sino que hizo algo más: deja a los que habían incurrido en falta, y a los que intentaban impedírselo les reprocha de la forma que sigue: *Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano?*³¹⁸. No hizo lo mismo cuando escribió a los

colosenses. Los recrimina con razón y les enseña así: *Que nadie os juzgue por la comida o por la bebida*³¹⁹. Y más adelante: *Si habéis muerto con Cristo a los elementos del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, sentenciáis: no tomes, no gustes, no toques lo que se destruye con el uso?*³²⁰.

3. ¿Por qué actúa así en ese momento? Porque los colosenses eran fuertes en la fe, pero los romanos necesitaban todavía indulgencia. Esperaba que la fe arraigara en sus almas y temía que, por arrancar la cizaña antes de tiempo y más rápido de lo necesario, arrancara al mismo tiempo la raíz de la sana doctrina³²¹. Por eso, ni los amonesta con dureza ni deja de advertirlos, los reprende veladamente –sin que se den cuenta–, cuando amonesta a otros. Cuando dice: *Para su amo está en pie o cae*³²², parece como si silenciara al que reprende, pero en realidad hiere el alma del amonestado y manifiesta que dejarse llevar por estas cosas no es propio de personas seguras y firmes, sino de quienes todavía están indecisos, de los que no se mantienen en pie y corren el peligro de caer.

4. Observa aquí el mismo proceder por la debilidad del que se avergüenza de la virginidad. No se dirige a él abiertamente, sino que, en la alabanza que hace al que conserva a su hija virgen, lo golpea con fuerza. ¿Qué dice? *El que se mantiene firme en su corazón*³²³. Estas palabras aluden, por el contrario, al hombre que se deja llevar con facilidad y complacencia y que no sabe andar con firmeza ni mantenerse en pie con hombría. Cuando entendió que sus palabras podían herir el alma de su interlocutor, observa cómo las atenúa y añade un motivo que no merece reprimenda. Dice: *El que se mantiene firme en su corazón*³²⁴, y añade: *No porque se vea forzado, sino en el ejer-*

*cicio de su voluntad*³²⁵. Era lógico decir: el que se mantiene firme y no la juzga vergonzosa. Sin embargo, porque estas palabras eran demasiado duras, no las dice; expresa otras, anima a su auditorio y le da la posibilidad de rectificar su parecer. No es tan grave oponerse a la virginidad, obligado por las circunstancias, como considerarla algo vergonzoso. Aquella actitud es propia de un alma débil y mezquina; esta, de un alma corrompida e incapaz de juzgar rectamente la naturaleza de las cosas.

5. No era el momento oportuno para esas palabras porque, aunque fuese necesario, no es lícito impedir ser virgen a quien ha escogido serlo; preciso es, por el contrario, luchar denodadamente contra todo lo que se opone a esa buena determinación. Escucha lo que dice Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí*³²⁶. Cuando algo se oponga a la voluntad de Dios, todo lo que suponga un obstáculo, debe ser temido como enemigo o adversario, ya sea el padre, la madre o cualquier otra persona. Pero Pablo, que sufre la imperfección de su auditorio, escribió lo que sigue: *El que se mantiene firme y no se ve forzado*³²⁷. No se detiene aquí, aunque *no verse forzado» y en ejercicio de su voluntad* sean una misma cosa.

6. Pero, con la prolongación de sus palabras y la constancia en las concesiones, conforta al espíritu apocado y mediocre, y seguidamente añade otro motivo: *El que se mantiene firme en su corazón*³²⁸. No basta con ser libre, ni por eso solo verse obligado, sino que, cuando se elige y se ha tomado una determinación, entonces se obra con rectitud. Mas para que no creas que, por la indulgencia con la que los trata, no hay distancia entre la virginidad y el matrimonio, la señala tímidamente, pe-

ro la señala, con las palabras siguientes: *El que casa a su hija hace bien, pero quien no la casa hace mejor*³²⁹. En este punto, y por el mismo motivo, no dijo cuánto mejor es la virginidad, pero si deseas saberlo, escucha a Cristo, que dice: *No se casan ni son desposadas, sino que son como ángeles del cielo*³³⁰. ¿Ves la distancia, cómo la virginidad, siempre y cuando sea verdadera virginidad, eleva al hombre mortal en un momento?

LXXIX. Los que estaban con Elías se asemejaban a los ángeles, y la virginidad los hizo así

1. Dime, ¿en qué se diferenciaban de los ángeles Elías, Eliseo y Juan, auténticos amantes de la virginidad? En nada, salvo en estar sujetos a una naturaleza corpórea. Por lo demás, si alguien lo examinara con detalle, no encontraría nada en lo que fueran inferiores a los ángeles; es más, incluso en lo que parecía que cabría inferioridad, había motivo de alabanza. Para que estos, que habitaban la tierra y estaban sujetos a una naturaleza mortal, pudieran alcanzar esta virtud, observa qué fortaleza y qué sabiduría eran necesarias. Que la virginidad los hizo así es evidente por lo siguiente: si hubieran tenido mujer e hijos no se habrían retirado tan fácilmente al desierto ni habrían despreciado una casa ni otras comodidades de la vida. Desligados de todas las ataduras, como si estuvieran en el cielo, así vivieron en la tierra. No necesitaron paredes, techo, lecho, mesa ni ninguna otra cosa parecida, sino que tenían el cielo como tejado, la tierra como lecho y la soledad como mesa.

2. Lo que a otros causa hambre —la esterilidad del desierto—, para estos santos hombres fue motivo de abundancia. No necesitaron vides, lagares, frutos ni mieses, sino que fuentes,

ríos y lagos les proporcionaron bebida abundante y dulce. A uno de ellos un ángel le preparó una mesa admirable, extraordinaria y más grande que las que son habituales entre los hombres. *Un solo pan –dice– fue suficiente para saciarlo durante cuarenta días*³³¹. A otro lo alimentó la gracia del Espíritu, y no sólo a él, sino también a otros por medio de él³³². Y Juan –que es más que un profeta, el mayor de los nacidos de mujer³³³– no necesitó comida de hombres, ya que no fue pan, vino y aceite, sino langostas y miel silvestre lo que mantuvo su cuerpo. ¿Has visto ángeles en la tierra? ¿Has visto el poder de la virginidad? A estos, formados de sangre y carne, que andaban por la tierra sujetos a las necesidades de la naturaleza mortal, la virginidad consiguió que hicieran todo como si no tuvieran cuerpo, como si ya participaran del cielo, como si hubieran obtenido la inmortalidad.

LXXX. Qué es lo más perfecto y facilita el trato con Dios

1. Todo para ellos era superfluo, no sólo lo que realmente lo es –placer, riquezas, poder, gloria y el resto de ensueños–, sino también lo que parece necesario: casas, ciudades y arte. Esto es *lo más perfecto y facilita el trato con el Señor*³³⁴, es decir, la virtud de la virginidad. Admirable y digno de muchas coronas es dominar la furia de las pasiones y contener la naturaleza desbocada, pero es realmente admirable cuando este tipo de vida la acompaña. Por sí misma, no obstante, es débil e incapaz de mantener a salvo a quienes la poseen. Nos darían testimonio de ello cuantos ahora viven la virginidad, aunque distan tanto de Elías, Eliseo y Juan como la tierra del cielo.

2. Si quitas *lo más perfecto y lo que facilita el trato con el Señor* cortarás los nervios de la virginidad, pero si la vives con una conducta irreprochable, tendrás la raíz y fundamento de todos los bienes. Como una tierra feraz y fértil sustenta la raíz, así una conducta perfecta nutre los frutos de la virginidad o, por mejor decir, la raíz y el fruto de la virginidad es una vida crucificada³³⁵. Esta ungió a aquellos hombres generosos en su admirable carrera, cortó sus ataduras y les permitió correr con pies ágiles y ligeros como las aves por el cielo. Donde no hay cuidado de la mujer y sustento de los hijos es más fácil soportar la pobreza, y la pobreza hace que estemos cerca del cielo y nos aparta de miedos, preocupaciones, peligros y del resto de contrariedades.

LXXXI. Sobre la excelencia del desprendimiento

El que nada tiene, aunque todo lo posea³³⁶ desprecia todo, habla con libertad a magistrados, príncipes e incluso al ceñido por una corona. El que desprecia las riquezas, si sigue este camino, despreciará sin dificultad la muerte; está por encima de estas cosas, habla a todos con libertad, sin temer ni temblar ante nadie. El que se ocupa en acumular riquezas, sin embargo es esclavo de estas, y también de la gloria, de la honra, de la vida presente. En definitiva, de todas las cosas humanas. Por eso Pablo llamó a la pasión por las riquezas *raíz de todos los males*³³⁷. La virginidad, no obstante, es capaz de secar esta raíz y de implantar en nosotros otra mejor de la que broten todos los bienes: libertad, confianza, valentía, celo ardiente, amor fervoroso por las cosas del cielo y desprendimiento de todo

lo terreno. Así surge *lo más perfecto y lo que facilita el trato con el Señor*³³⁸.

LXXXII. A los que afirman que los que viven la virginidad se jactan de entrar en el seno de Abraham

1. ¡Qué sabias palabras están en boca de muchos! El patriarca Abraham tuvo mujer, hijos, fortuna, rebaños de ovejas y bueyes y, pese a ello, Juan el Bautista y el Evangelista –ambos vírgenes–, Pablo y Pedro –que brillaron por su continencia–, desearon entrar en el seno de Abraham. ¿Quién te lo ha contado, querido amigo? ¿Un profeta? ¿Un evangelista? Cristo mismo –responde–. Cuando vio la fe del centurión dijo: *Muchos vendrán de Oriente y Occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob*³³⁹. También Lázaro disfrutó de la compañía del Patriarca y fue visto por el rico³⁴⁰. Pero ¿qué tiene que ver esto con Pablo, Pedro y Juan? Lázaro no era Pablo o Juan, ni la multitud procedente de Oriente y Occidente eran el coro de los apóstoles. Vuestro razonamiento no tiene ni fundamento ni valor.

2. Si quieres conocer los trofeos de los apóstoles, escucha las palabras de quien va a entregárselos: *Vosotros, que me habéis seguido, cuando el Hijo del hombre se sienta en el trono de su gloria, también os sentaréis sobre doce tronos y juzgaréis a las doce tribus de Israel*³⁴¹. Y aquí no aparece Abraham, ni su hijo, ni su descendencia, ni el seno que los acoge, sino una dignidad mucho mayor, porque se han de sentar para juzgar a sus descendientes. No es esta la única diferencia, sino que lo que Abraham obtuvo, muchos lo obtendrán. *Muchos vendrán*

—dice [el Señor]— *de Oriente y Occidente y se sentarán junto a Abraham, Isaac y Jacob*³⁴², pero ningún otro ocupará aquellos tronos; sólo el coro de los santos apóstoles.

3. «Y después de todo —dime—, ¿habláis de rebaños de ovejas y bueyes, del matrimonio y los hijos?». «¿Por qué —viene a preguntar— muchos de los que viven la virginidad con tanto esfuerzo desean ser admitidos allí? Diré algo más importante: muchos de los que han vivido la virginidad no alcanzarán aquel seno ni una recompensa menor, sino que irán a la gehena. Y lo ponen de manifiesto las vírgenes excluidas del tálamo nupcial³⁴³». «De acuerdo con esto, ¿la virginidad es igual al matrimonio o algo peor? Tu ejemplo la hace peor: Abraham, que está casado, goza de descanso y placer, y las que profesaron la virginidad están en la gehena. Ésta es la conclusión que puede colegirse de tu razonamiento». «Pero no es así, no es así en absoluto. No sólo no es inferior la virginidad al matrimonio sino que, con mucho, es superior. ¿Cómo? Porque el matrimonio no hizo santo a Abraham ni la virginidad perdió a aquellas desgraciadas; por el contrario, las virtudes de su alma hicieron resplandecer al Patriarca y la maldad de la vida de estas las arrojó al fuego. Aquel, pese a vivir en matrimonio, se esforzó por vivir las virtudes de la virginidad; me refiero a *lo más perfecto y lo que facilita el trato con el Señor*³⁴⁴».

4. Estas, que eligieron la virginidad, cayeron sin embargo en las tempestades de la vida y en las cuitas propias del matrimonio. ¿Qué impide que pueda guardar *el trato con el Señor*, pese al matrimonio, los hijos, las riquezas y todas las demás cosas? No existe en estos momentos nadie comparable a Abraham, ni siquiera que se le asemeje. Efectivamente, éste, aunque tenía mujer y riquezas, despreció el dinero más que los que

practican la pobreza y dominó el placer más que los que viven la virginidad. Estas se abrasan cada día por la concupiscencia; Abraham, en cambio, había apagado esa llama, no estaba sujeto a pasión alguna, se apartó de su concubina³⁴⁵ y la echó de su casa para evitar ocasiones de lucha y querellas. No es fácil encontrar ahora una conducta semejante.

LXXXIII. El grado de virtud que se nos propone no es el mismo que el requerido a los hombres de la Antigua Ley

1. Lo dije ya al comienzo y lo diré también ahora: no se nos pide a nosotros el mismo grado de virtud que a aquellos. Ahora no es posible ser perfecto si no se vende todo, y no me refiero sólo a las riquezas y a la casa; también a la vida misma³⁴⁶. Entonces no había un ejemplo de exigencia moral semejante. ¿Cómo? ¿Vivimos nosotros con más exigencia que el Patriarca? Debemos y es lo que se nos indica. No lo vivimos, sin embargo, y por eso estamos tan lejos de aquel justo. Que las pruebas que se nos proponen son mayores es evidente. Por eso, cuando la Sagrada Escritura admira a Noé no lo hace sin más, sino que añade lo siguiente: *Noé –dice– hombre justo, perfecto en su generación, agradó a Dios*³⁴⁷. No era solo perfecto, sino perfecto en su generación. Hay muchas formas de perfección según las distintas circunstancias, y, con el paso del tiempo, lo que en un momento pudo ser perfecto, después puede no serlo.

2. Pongo un ejemplo: en otro tiempo era perfecto el que vivía según la ley: *El que los cumpla* –dice [la Escritura]– *encontrará la vida en ellos*³⁴⁸, pero vino Cristo y enseñó que aquella

perfección era imperfecta: *Si vuestra justicia no fuera mayor a la de escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*³⁴⁹. En esos momentos sólo el homicidio parecía un crimen; hoy, la cólera y las injurias enviarían a la gehena. Entonces sólo se condenaba el adulterio; hoy, mirar a una mujer con ojos lascivos no escapa del castigo. Entonces sólo el perjurio procedía del maligno; hoy día incluso jurar. *Lo que pase de esto* –dice [el Señor]– *procede del maligno*³⁵⁰. A los hombres de ese tiempo se les pedía que quisieran a los que amaban; esto ahora –con ser algo grande y admirable– es tan imperfecto que con su cumplimiento no obtenemos nada que no obtengan los publicanos.

LXXXIV. Con razón, los mismos actos virtuosos no merecen la misma recompensa para nosotros que para los hombres de la Antigua Ley

1. ¿Por qué las mismas obras de virtud no tienen la misma recompensa para nosotros que para los hombres antiguos, sino que necesitamos mostrar mayor grado de virtud si pretendemos obtener lo mismo que aquellos? Porque la gracia del Espíritu se ha derramado con abundancia, y grande es el don de la venida de Cristo: de niños nos ha convertido en hombres perfectos. Así como nosotros exigimos a nuestros hijos mejor conducta cuando han crecido, y lo que alabábamos en sus primeros años no lo admiramos de igual modo cuando son hombres, sino que les pedimos hacer obras mejores, tampoco Dios en los primeros tiempos pidió a la naturaleza humana grandes actos de virtud porque todavía era pequeña. Mas cuando oyó a profetas y apóstoles y logró la gracia del Espíritu, aumentó el nivel de perfec-

ción exigido. Y con razón, ya que ahora propone mayores recompensas y triunfos mucho más gloriosos. No es tierra ni las cosas de la tierra, sino el cielo y bienes que superan el entendimiento lo que se ofrece a los que practican la virtud.

2. ¿Cómo no sería absurdo mantenerse en estas pequeñeces pueriles cuando ya se han convertido en hombres? Entonces la naturaleza humana estaba dividida contra sí misma y había una guerra implacable. Pablo lo describe y dice: *Veo en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros*³⁵¹. Ahora, sin embargo, no es así: *Lo que era imposible a la ley por cuanto estaba debilitada a causa de la carne, luego de enviar Dios a su Hijo en carne semejante a la del pecado, por el pecado condenó al pecado en la carne*³⁵². Pablo da gracias por esto y dice: *¡Desdichado de mí!, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Doy gracias a Dios por Jesucristo*³⁵³.

3. Por eso y con justicia se nos castiga, porque, aunque no tengamos ataduras, igual que los que están atados, no queremos correr; es más, aunque corriéramos lo mismo, no nos libraríamos del castigo. Los que gozan de una paz perfecta deben levantar trofeos más grandes y más espléndidos que los que están en el fragor de la batalla. Si todavía nos entregamos al dinero, placer, mujeres y al cuidado de todos estos asuntos, ¿cuándo seremos hombres? ¿Cuándo viviremos en el espíritu? ¿Cuándo nos preocuparemos por las cosas del Señor? ¿Cuándo partamos, acaso, de esta tierra? No será entonces momento de esfuerzos y luchas, sino de coronas y castigos. Entonces, si una virgen no tiene aceite para su lámpara, no podrá tomarlo de otras³⁵⁴, sino que quedará fuera. El que se presente vestido

con un manto sucio no podrá salir a cambiar su indumentaria, sino que será arrojado al fuego de la gehena³⁵⁵, y aunque implorara el auxilio de Abraham, no le serviría de nada³⁵⁶. Cuando llegue el gran día, esté instalado el tribunal, sentado el Juez, mane un río de fuego³⁵⁷ y comience el examen de nuestras acciones, no se nos permitirá expiar nuestras faltas, sino que, querámoslo o no, seremos arrastrados al juicio merecido por estas. No habrá nadie que interceda por nosotros, y aunque alguno tuviera la misma seguridad que grandes y admirables hombres como Noé, Job y Daniel, aunque suplique por sus hijos e hijas, no le servirá de nada.

4. Será necesario que los que han pecado sean castigados con males eternos así como recompensados los que han obrado virtuosamente. Ni para estos ni para aquellos habrá fin, como dijo Cristo cuando afirmó que, de la misma manera que la vida es eterna, eterno es el castigo. Después de acoger a los de su derecha y condenar a los de su izquierda, añadió: *Irán éstos al castigo eterno y los justos a la vida eterna*³⁵⁸. Por eso es conveniente hacer todo aquí: el que tenga mujer, que se comporte como si no la tuviera; el que no la tiene, que se ejercite, junto con la virginidad, en todas las demás virtudes, a fin de que, después de dejar esta vida, no nos lamentemos en vano.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA